

COLECCION UNIVERSAL

N.º 958 a 960

JANE AUSTEN

Orgullo y prejuicio

NOVELA

TOMO I



1,80

Precio: 1,80 pesetas

Published in Spain.

MADRID, 1924

Jane Austen

—

ORGULLO Y PREJUICIO

NOVELA

TOMO I

MCMXXIV

~~9114~~

8-311.2

8-311.2:396

820

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1924.
Published in Spain.



23998926.

R. 4351
JANE AUSTEN

Orgullo y prejuicio

NOVELA

TOMO I

La traducción del inglés ha sido hecha
por José J. de Urríes y Azara



MADRID, 1924



✓ *Jane Austen nació en 1775. Durante su vida, sus libros, mal apreciados, pasaron casi inadvertidos. Sin embargo, su obra señala en la literatura inglesa un cambio completo de orientación y procedimientos. De una profunda psicología, Jane Austen cala las almas y las expone con una sencillez y una ausencia total de aparatos técnicos que hacen de sus novelas narraciones perfectas, de penetrante y suave emoción. Macaulay la ha comparado con Shakespeare, y Walter Scott decla que no había conocido nunca literata de tan prodigioso talento. ✓ La novela que publicamos en este tomo se llama en inglés Pride and Prejudice. Fué publicada en 1816. Anteriormente hemos dado en la Colección Universal una versión de Persuasión (números 110-113) y de La abadía de Northanger (números 383-386).*

ORGULLO Y PREJUICIO

CAPITULO PRIMERO

Es verdad universalmente admitida que un soltero poseedor de buena fortuna tiene que necesitar una mujer.

Aunque los sentimientos y opiniones de un hombre así sean poco conocidos a su llegada a un punto cualquiera, está tan arraigada aquella creencia en las familias que le rodean, que le consideran como propiedad indiscutible de una u otra de sus hijas.

—Querido Bennet—decía a éste cierto día su esposa—, ¿has oído que el parque de Netherfield se ha alquilado al fin?

El señor Bennet contestó que no lo había oído.

—Pues está alquilado—volvió ella a decir—; porque la señora de Long acaba de estar aquí y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no respondió.

—¿No deseas saber quién lo ha tomado en arriendo?—exclamó su mujer con impaciencia.

—Tú eres quien desea decirlo y no puedo oponerme a escucharlo.

Eso bastó para darle pie.

—Has de saber, querido, que la señora de Long

dice que el parque de Netherfield ha sido tomado en arriendo por un joven muy rico del norte de Inglaterra, joven que vino el lunes en una silla de postas con cuatro caballos para verlo, y quedó tan encantado, que se arregló al punto con el señor Morris; tomará posesión antes de San Miguel, y algunos de sus criados estarán en la casa a fines de la semana próxima.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Es casado, o soltero?

—¡Oh!, soltero, querido mío; un soltero de gran fortuna: cuatro o cinco mil libras anuales. ¡Qué propósito para nuestras hijas!

—¿Cómo es eso? ¿Cómo las puede afectar semejante cosa?

—Mi querido Bennet—replicó su mujer—, ¿por qué eres tan posma? Has de saber que pienso casarlo con una de ellas.

—¿Es eso lo que proyecta al establecerse aquí?

—¡Proyectar! ¡Qué majadería! ¿Cómo puedes hablar así? Pero es muy probable que se enamore de una, y por eso debes visitarle en cuanto venga.

—No hallo motivo para hacerlo. Podéis ir tú y las niñas, o las puedes enviar solas, lo que quizá sea lo mejor, pues siendo tú tan hermosa como cualquiera de ellas, podrías parecer al señor Bingley lo mejor de la partida.

—Me lisonjeas, querido. Cierto que he tenido mi tinte de belleza; mas ahora no pretendo ser nada extraordinario. Cuando una mujer tiene cinco hijas

adultas debe prescindir de pensar en su propia hermosura.

—En esos casos la mujer no tiene por lo común mucha belleza en qué pensar.

—Pues bien, querido, has de ir a visitar al señor Bingley cuando venga a nuestra vecindad.

—No me comprometo a tanto, te lo aseguro.

—Piensa en tus hijas. Considera sólo la proporción que sería él para una de ellas. Sir Guillermo y lady Lucas han resuelto ir sólo por eso, pues en general tú sabes que no visitan a los reciénllegados. Has de ir sin falta, porque nos será imposible visitarle si tú no lo haces.

—Eres sobrado escrupulosa a fe mía. Me atrevo a asegurar que el señor Bingley se alegrará mucho de verte, y yo le pondré unas líneas dándole mi cordial consentimiento para que se case con la que elija de las muchachas, aunque tendré que deslizar alguna palabreja en favor de mi Isabelita.

—Espero que no hagas semejante cosa. Isabel no es ni pizca mejor que las otras, y estoy segura de que no es ni la mitad de guapa que Juana ni la mitad de alegre que Lydia. Mas tú siempre le estás dando la preferencia.

—Ninguna tiene mucho de recomendable—repliqué él—; todas son necias e ignorantes como otras jóvenes; pero Isabel posee algo mayor penetración que sus hermanas.

—¡Bennet!, ¿cómo ultrajas de semejante modo a nuestras hijas? Te complaces en molestarme. No tienes compasión de mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida; los respeto grandemente. Son antiguos conocidos míos. Te oigo hablar así de ellos lo menos hace veinte años.

—¡Ah!, no sabes lo que sufro.

—Pero espero que te repondrás, que vivirás para ver llegar a la vecindad a muchos pollos de cuatro mil libras anuales.

—No sacaremos nada aunque vengan veinte si no los visitas.

—Ten por seguro, querida, que cuando estén los veinte los visitaré a todos.

El señor Bennet era tan singular mezcla de viveza, humor sarcástico, reserva y capricho, que la experiencia de veintitrés años no había bastado a su mujer para descifrar su carácter. Ella resultaba más fácil de conocer. Era mujer de mediana capacidad, poca instrucción y temple desigual. Cuando se hallaba descontenta se imaginaba nerviosa. La empresa de su vida la cifraba en casar a sus hijas; sus solaces eran el visiteo y el adquirir noticias.

CAPITULO II

El señor Bennet fué de los primeros que visitaron al señor Bingley. Siempre había pensado hacerlo, aunque siempre también asegurara a su esposa que no lo haría, y hasta la tarde siguiente a la visita no tuvo aquélla conocimiento de la misma. El hecho quedó entonces revelado del modo siguiente: Observando el señor Bennet a su hija segunda ocupada en adornar su sombrero, díjole de pronto:

—Espero que le gustaré al señor Bingley, Isabel.

—No llevamos camino—arguyó la madre con sentimiento—de conocer los gustos del señor Bingley, puesto que no le visitamos.

—Por lo visto olvidas, mamá—dijo Isabel—, que le encontraremos en las reuniones públicas y que la señora de Long ha prometido presentárnoslo.

—No creo que la señora de Long haga tal cosa. Tiene dos sobrinas, es egoísta, hipócrita, y no tengo de ella buena opinión.

—Tampoco la tengo yo—añadió el señor Bennet—, y me congratulo de que no dependas de sus servicios.

La señora de Bennet no replicó; pero, incapaz de contenerse, principió a regañar a sus hijas.

—¡No tosas así, Catalina, por Dios! Compadécete un poco de mis nervios. Los desgarras a pedazos.

—Catalina no tose discretamente—dijo el padre—; no lo hace con oportunidad.

—No toso por divertirme—replicó Catalina con mal humor—. ¿Cuándo es tu primer baile, Isabel?

—De mañana en quince días.

—Así es—exclamó su madre—, y la señora de Long no regresa hasta el día anterior; de modo que le será imposible presentárnoslo, porque ella misma no le conocerá.

—Entonces, querida, puedes adelantarte a tu amiga presentándole tú al señor Bingley.

—Imposible, Bennet, imposible, porque yo tampoco le conoceré. ¿A qué me atormentas así?

—Celebro tu circunspección. Quince días de re-

lación es en verdad muy poco. En realidad no se puede saber al cabo de ellos qué clase de persona es. Pero si no nos aventuramos, otro lo hará; y después de todo, la señora de Long y sus sobrinas han de seguir su suerte. Por consiguiente, como puede ella tomar por acto de delicadeza el que declines el ofrecimiento, yo lo tomo a mi cargo.

Las muchachas clavaron los ojos en su padre. En cuanto a la señora de Bennet, exclamó sólo:

—¿Qué necesidad!

—¿Qué significa esa enfática exclamación?—dijo él—. ¿Tienes por necias las fórmulas de presentación, con la importancia que revisten? No puedo convenir en eso contigo. ¿Qué dices, María? Tú, que eres muchacha reflexiva y, según creo, lees libretos y los extractas.

María quiso decir algo importante, mas no acertó.

—Mientras María concierta sus ideas—continuó él—volvamos al señor Bingley.

—Estoy harta del señor Bingley—exclamó la esposa.

—Siento oírte eso; pero ¿por qué no me lo has dicho antes? Si lo hubiera sabido esta mañana, bien seguro que no habría ido a visitarle. Es una verdadera desgracia; mas habiéndole visitado, no puedo librarme de su relación.

El asombro de las damas fué tal como él esperaba, y el de la señora de Bennet acaso sobrepujó al de las demás; pero cuando hubo pasado el primer raptó de júbilo, comenzó a declarar que eso era lo que había esperado siempre.

—¡Qué bueno eres, querido Bennet! Ya sabía yo que te persuadiría al fin. Estaba segura de que amabas demasiado a tus hijas para perder una relación como ésa. ¡Qué dichosa soy! Y ha sido buena broma que, habiendo ido esta mañana, no hayas dicho una palabra hasta este momento.

—Ahora, Catalina, puedes toser a tu antojo— dijo el señor Bennet; y en diciéndolo se marchó, cansado de los entusiasmos de su mujer.

—¡Qué padre tan excelente tenéis, hijas mías! —exclamó ella cuando se cerró la puerta—. No podéis reprocharle falta de cariño, ni a mí tampoco. A nuestra edad, os lo aseguro, no es grato entablar cada día nuevas relaciones; pero algo hemos de hacer por vosotras. Lydia, amor mío, aunque seas la menor, me atrevo a asegurar que el señor Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh!—repuso Lydia resueltamente—. no me asusta eso, porque aun siendo la más joven, soy la más alta.

El resto de la velada se pasó en conjeturas sobre cuándo devolvería el señor Bingley su visita al señor Bennet y en determinar qué día le convidarían a comer.

CAPITULO III

Cuantas preguntas hizo la señora de Bennet, ayudada por sus hijas, no fueron suficientes para obtener de su marido satisfactoria descripción del señor Bingley. Atacáronle de diversos modos: con

preguntas descaradas, suposiciones ingeniosas, remotas sospechas; mas él superó a la habilidad de todas las damas, las cuales se vieron obligadas a aceptar los informes de segunda mano de su vecina lady Lucas. Las noticias de ésta eran muy halagüeñas: a lord Guillermo le había gustado mucho. Era muy joven, extraordinariamente guapo, por extremo agradable, y, para coronamiento de todo, proyectaba asistir a la próxima reunión con numerosa compañía. ¡Nada podía haber más delicioso! Gustar del baile era escalón para llegar a enamorarse, y por eso se concibieron muchas esperanzas en lo referente al corazón de Bingley.

—Si pudiera ver a una de mis hijas dichosamente establecida en Netherfield—decía la señora de Bennet a su marido—y a las demás igualmente bien casadas no tendría nada que desear.

Pocos días después Bingley devolvió la visita al señor Bennet y permaneció sobre diez minutos con él en su biblioteca. Había aquél alimentado esperanzas de que le fuera permitida una mirada a las muchachas, de cuya belleza había oído hablar mucho; pero sólo vió al padre. Las señoras fueron algo más afortunadas, porque tuvieron la suerte de cerciorarse, desde una ventana alta, de que vestía traje azul y montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para comer; y la señora de Bennet pensaba ya en los platos que habían de acreditar sus cuidados domésticos, cuando se recibió una contestación que difirió todo: el señor Bingley se veía obligado a

marchar a la capital al día siguiente, y en consecuencia no podía aceptar el honor de su invitación, etcétera.

La señora de Bennet quedó por completo desconcertada. No podía imaginar qué asuntos podría tener en la capital tan poco después de su llegada al condado de Hertford, y comenzó a temer que habría de estar siempre de un lado para otro y jamás fijo en Netherfield, como era debido. Lady Lucas aquietó sus temores exponiendo la conjetura de que fuera a Londres sólo para traer numeroso acompañamiento al baile; y se corrió la noticia de que Bingley iba a llevar consigo a la reunión a doce señoras y siete caballeros. Las muchachas se afligieron con semejante número de señoras; pero el día anterior al baile calmáronse oyendo que en vez de doce sólo había traído de Londres seis: sus cinco hermanas y una prima; y cuando la partida penetró en la sala de la reunión constaba no más que de cinco personas en conjunto: Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro joven.

Bingley tenía bueno y caballeroso aspecto, fisonomía agradable y fáciles y no afectados modales. Sus hermanas eran personas distinguidas y muy a la moda. Su cuñado, el señor Hurst, no pasaba de semejar un caballero; pero su amigo el señor Darcy atrajo pronto la atención de la sala por su fina persona, su talle, sus bellas facciones y noble aire, y en cinco minutos se extendió la noticia de que poseía diez mil libras anuales. Los caballeros

afirmaban que tenía figura distinguida, las señoras declararon que era mucho más guapo que Bingley; y así, fué mirado con singular admiración aproximadamente la mitad de la velada, hasta que sus modales disgustaron de tal modo que se disipó la oleada de su popularidad por haberse descubierto que era orgulloso, que pretendía sobreponerse a todos y por todos ser complacido, y ni aun su extenso estado en el condado de Derby pudo ya librarle de tener el más desagradable y odioso aspecto y no valer nada en cotejo con su amigo.

Bingley entró pronto en relación con las principales personas de la sala; era vivo y franco, bailó todos los números, sintió que el baile acabase tan temprano, y habló de ofrecer él mismo uno en Netherfield. Tan amables cualidades se recomendaban por sí mismas. ¡Qué contraste entre él y su amigo! Darcy bailó sólo una vez con la señora de Hurst y otra con la señorita de Bingley, declinó el ser presentado a ninguna otra señora y empleó el resto de la velada en pasearse por la sala y hablar alguna vez con alguno de su partida. Su carácter quedaba juzgado: era el hombre más orgulloso y más desagradable del mundo, y todos suponían que no volvería otra vez. Entre los más adversos a él se contaba la señora de Bennet, cuyo disgusto por el comportamiento de él en general se había aumentado hasta tornarse particular resentimiento por haber menospreciado Darcy a una de sus hijas.

Isabel Bennet se había visto obligada por la escasez de caballeros a permanecer sentada du-

rante dos números del baile, y parte de ese tiempo había estado tan cerca de Darcy que pudo escuchar la conversación entre éste y Bingley cuando el último llegó allí desde donde bailaba para invitar a su amigo a unírsele.

—Ven, Darcy—díjole—; he de hacerte bailar; me carga verte de ese modo estúpido. Obrarías mucho mejor bailando.

—¡Bien seguro que no lo haré! Tú sabes cuánto lo detesto, a no ser que conozca especialmente a mi pareja. En una reunión como ésta eso me sería insoportable. Tus hermanas están comprometidas y no hay en el salón ninguna otra mujer con la cual no me sirviera de castigo el estar.

—Por nada del mundo me aburriría yo como tú —exclamó Bingley—. A fe mía que nunca en mi vida he encontrado muchachas tan simpáticas como las de esta noche, y mira cómo hay varias extraordinariamente bonitas.

—Estás bailando con la única muchacha guapa del salón—repuso Darcy mirando a la mayor de las Bennet.

—¡Oh!, es la criatura más bella que he visto jamás. Pero ahí, justamente detrás de ti, está sentada una de sus hermanas, que es muy bonita, y aun me atrevo a añadir que muy agradable. Déjame suplicar a mi pareja que te presente.

—¿Qué quieres decir?—y volviéndose, contempló un momento a Isabel hasta que sorprendió su mirada; apartó entonces su vista y dijo fríamente: —Es pasadera; pero no lo suficientemente

hermosa para tentarme; y por ahora no estoy de humor de conceder importancia a muchachas desairadas por los otros hombres. Mejor harás en volver a tu pareja y gozar de sus miradas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo.

Bingley siguió el consejo, Darcy se marchó, e Isabel quedó con no muy cordiales sentimientos hacia éste. Sin embargo, entre sus amigas contó la historia con mucho ingenio, porque poseía dotes de viveza y gracia y se complacía en lo ridículo.

En conjunto, la velada transcurrió gratamente para toda la familia. La señora de Bennet había visto a su hija mayor muy admirada por la gente de Netherfield; Bingley había bailado con ella dos veces, y sus hermanas la habían distinguido. Juana estaba tan satisfecha por todo eso como pudiera estarlo su madre, pero con más tranquilidad; Isabel notó la satisfacción de Juana. María misma se había oído llamar por la señorita Bingley la muchacha más completa de la vecindad, y Catalina y Lydia habían sido suficientemente afortunadas para no estar nunca sin pareja, que era cuanto ellas habían aprendido a ambicionar en un baile. Por eso volvieron contentas a Longbourn, lugar donde vivían y en que eran los principales habitantes. Encontraron aún levantado al señor Bennet, quien, con un libro delante, no se cuidaba del tiempo, y en la ocasión presente sentía bastante curiosidad por conocer el resultado de una velada que había despertado tan óptimas esperanzas. Acaso creyera que la opinión de su esposa sobre el forastero fuera

desagradable; mas pronto hubo de oír muy diferente relación.

—¡Oh querido Bennet!—dijo en cuanto entró en el cuarto—. Hemos pasado una velada agradabilísima; ha resultado un baile admirable. Quisiera que te hubieses hallado allí. Juana ha sido tan admirada que no se ha visto cosa igual. Todo el mundo ha confesado lo bien que parecía, y el señor Bingley la ha encontrado bellísima y ¡ha bailado con ella dos veces! Piensa en eso, querido: ¡ya ha bailado con ella dos veces!, siendo la única del salón a quien ha pedido el segundo baile. El primero lo pidió a la señorita Lucas. ¡Estaba yo tan contrariada de verle a su lado!; mas no le gustó nada, y es natural que no le gustase, tú lo sabes; al paso que pareció por completo entusiasmado con Juana cuando ésta salió a bailar. Por eso se informó de quién era; le fué presentado, y la comprometió para el número próximo de baile. Después bailó el tercero con la señorita de Long, y el cuarto con María Lucas, y el quinto otra vez con Juana, y el sexto con Isabel...

—Si hubiera tenido alguna compasión de mí —exclamó impaciente el marido— no habría bailado ni la mitad. ¡Por Dios, no me hables más de sus parejas! ¡Por qué no se habrá lastimado en el primer baile?

—¡Oh querido mío—continuó la señora de Bennet—, estoy satisfechísima de él! Es sobremanera guapo, y sus hermanas son encantadoras. No he visto en mi vida nada más elegante que sus vestidos. Creo que el vestido de la señora de Hurst...

Aquí fué interrumpida de nuevo; el señor Bennet protestó contra toda descripción de adornos. Vióse por ende obligada a tocar otra parte del tema y relató con gran amargura y algo de exageración la ofensiva rudeza de Darcy.

—Pero te aseguro—añadió—que no pierde ella mucho con no ser de su gusto, porque es persona muy desagradable, feo, y que de ningún modo puede gustar; tan altanero y vano, que no había allí quien le pudiera aguantar. Se paseaba de acá para allá creyéndose muy importante. ¡Que no es bastante guapa para bailar con él! Querría que hubieses estado allí, querido mío, para haberle dado una de tus lecciones. Le detesto por completo.

CAPITULO IV

Cuando Juana e Isabel quedaron solas, la primera, que antes había sido cauta en su elogio de Bingley, expresó a su hermana cuánto le admiraba.

—Es exactamente lo que debe ser un joven—le dijo—: sencillo, vivo, de buen humor, y nunca vi tan finos modales, tanto desembarazo, tan exquisita educación.

—Es guapo—añadió Isabel—, lo cual también debe ser un joven, si es posible. Es por consiguiente completo.

—Me envanecí con que me sacase a bailar por segunda vez. No esperaba semejante cumplido.

—¿No? Pues yo lo esperaba. Sino que hay gran

diferencia entre nosotras. Los cumplidos te sorprenden siempre a ti, y a mí nunca. ¿Qué más natural que sacarte de nuevo? No podía él evitar el ver que eras cinco veces más guapa que todas las del salón. No le agradezcas esa galantería. Cierto que es muy agradable, y te permito que te guste. Te han gustado muchos tontos.

—¡Querida Isabel!

—¡Oh! Bien sabes que eres muy dada a que te gusten todos en general; nunca ves defectos en ninguno. A tus ojos, todo el mundo es bueno y agradable; no te he oído hablar mal de un ser humano en toda mi vida.

—Querría no ser dada a censurar a nadie; pero, créelo, siempre digo lo que pienso.

—Sé que lo haces, y eso es lo admirable: ¡poseer tan buen sentido y ser tan modestamente ciega para las locuras y la falta de sentido de los demás! La afectación de candor es bastante común; se halla por doquiera. Pero ser cándida sin ostentación ni propósito, fijarse en lo bueno de cada cual, y aun mejorarlo, y no decir nada de lo malo, es cosa que te pertenece a ti sola. Y ¿te gustan también las hermanas de ese muchacho? Sus modales no son como los de él.

—Cierto que no, al principio. Pero son mujeres muy complacientes cuando él conversa con ellas. La soltera va a vivir con su hermano y cuidar su casa, y me engañaré mucho si no hallamos en ella una encantadora vecina.

Isabel escuchó en silencio, pero no se convenció;

la conducta de aquéllas en la reunión no había sido a propósito para agradar en general; y con más viveza de observación y menor flexibilidad de temperamento que su hermana, así como con juicio sobradamente libre de atenciones a sí misma, se encontraba poco dispuesta a la aprobación. Eran, en efecto, señoras muy finas; no les faltaba buen humor cuando eran complacidas, ni dejaban de resultar agradables cuando lo anhelaban; pero parecían orgullosas y vanas. Eran más bien bellas que otra cosa; habían sido educadas en uno de los mejores colegios particulares de la capital, poseían una fortuna de veinte mil libras, tenían la costumbre de gastar más de lo debido y de juntarse con gentes de alto rango, siendo inclinadas por lo tanto a pensar bien en todo de sí mismas y medianamente de las demás. Perteneían a una respetable familia del norte de Inglaterra, circunstancia más impresa en su memoria que el hecho de que su propia fortuna y la de su hermano habían sido ganadas en el comercio.

Bingley había heredado unas cien mil libras de su padre, el cual había proyectado ya comprar un estado; mas no vivió lo suficiente para poder hacerlo. El hijo proyectaba lo mismo, y más de una vez eligió el condado; pero como ahora se veía con buena casa y con la libertad de un propietario, era dudoso a muchos de los que conocían lo acomodaticio de su carácter que no pasase el resto de sus días en Netherfield, dejando lo de la compra para la venidera generación.

Sus hermanas ansiaban mucho que poseyese un estado; pero, aun hallándose en la ocasión presente establecido sólo como arrendatario, la señorita de Bingley no dejaba de gustar de presidir su mesa, ni la señora de Hurst, que se había casado con un hombre de más elegancia que medios, se veía por aquello menos dispuesta a considerar la casa de su hermano como la suya propia siempre que le conviniese. No hacía sino dos años que Bingley era mayor de edad cuando, por una casual recomendación, se decidió a conocer la posesión en Netherfield. La vió por fuera y por dentro durante media hora, le agradó la situación y las principales piezas de la casa, se dió por satisfecho con lo que el propietario la ponderó, y la alquiló inmediatamente.

Entre él y Darcy reinaba firme amistad, a pesar de la oposición de los caracteres. Bingley era aficionado a Darcy por la facilidad, franqueza y ductilidad de su propio temperamento, aunque ningún otro natural pudiera contrastar más con el suyo y a pesar de no parecer nunca descontento del que él mismo poseía. Bingley hallaba el más fuerte sostén en la firmeza de las opiniones de Darcy y tenía de su juicio la mejor opinión. En entendimiento Darcy era superior. No le faltaba, de ningún modo, a Bingley; pero Darcy era más hábil. Era a la par altanero, reservado y desdeñoso, y, aun estando bien educado, sus modales no resultaban atractivos. En ese particular su amigo le aventajaba notablemente. Bingley tenía asegurado el agra-

dar allí donde se presentase; Darcy ofendía de continuo.

La manera como hablaron de la reunión de Meryton fué suficientemente característica. Bingley jamás se había hallado con gente más agradable ni con muchachas más bonitas; todo el mundo había estado atento y afable con él; allí no había habido etiqueta ni tiesura; y en cuanto a la mayor de las Bennet, no podía concebirse ángel más bello. Darcy, por el contrario, había visto una colección de personas donde aparecía escasa belleza y ninguna elegancia, por ninguna de las cuales sintiera el menor interés, así como de ninguna recibiera atenciones ni satisfacción. Reconocía que la mayor de las Bennet era bonita; pero notaba que se sonreía demasiado.

La señora de Hurst y su hermana concedían que así era; pero admiraban a dicha señorita y les gustaba, declarándola muchacha dulce y de quien no rechazarían mayor intimidad. Así, pues, Juana quedó tenida por muchacha dulce, y Bingley, autorizado con semejante recomendación para pensar en ella a sus anchas.

CAPITULO V

A poca distancia de Longbourn habitaba una familia con la cual las Bennet tenían especial intimidad. Sir Guillermo Lucas había pertenecido primero al comercio de Meryton, y quedó elevado al rango

de caballero por cierta alocución que ejerciendo el cargo de corregidor dirigió al rey. Acaso esa distinción le impresionó demasiado. Disgustáronle los negocios y la residencia en una ciudad mercantil, y, abandonando ambas cosas, se retiró a una casa situada a una milla próximamente de Meryton, llamada desde entonces *Quinta Lucas*, donde podía pensar a su placer en su propia importancia y, libre de los negocios, dedicarse sólo a ser sociable con todo el mundo. Porque, aunque engraido con su rango, no se tornó altivo; al contrario, era la atención misma con todos; además de su natural inofensivo, amigable y atento, su presentación en la corte le había hecho cortés.

Lady Lucas era mujer de buena casta, aunque no sobrado lista para ser vecina útil a la señora de Bennet; tenían varias hijas. La hija mayor, muchacha sensible e inteligente, de unos veintisiete años, era la amiga predilecta de Isabel.

Que las señoritas de Lucas y las de Bennet tuvieran que reunirse para hablar del pasado baile era cosa en absoluto necesaria; y así, la mañana siguiente a la reunión vinieron las primeras a Longbourn para oír y hablar.

—Tú principiaste bien la velada, Carlota—dijo la señora de Bennet con estudiada cortesía a la mayor de las Lucas—: fuiste la primera elección del señor Bingley.

—Sí; pero pareció que le gustaba más la segunda.

—¡Oh! Supongo que te refieres a Juana y porque bailó con ella dos veces. Cierto que parecía que le

agradaba, así lo creo, y hasta oí algo de eso, aunque no lo recuerdo bien; algo referente al señor Robinson.

—Acaso lo que entreoí yo al señor Robinsón y a él; ¿no se lo dije a usted? Al preguntar el primero al segundo cómo encontraba nuestra reunión de Meryton, si creía que había en el salón muchas hermosuras, y quién le parecía más bonita, contestó al punto a lo último: «¡Oh! La mayor de las Bennet, sin duda ninguna; no se puede discutir eso.»

—¡Caramba!

—Bien; pues eso está resuelto; parece que...; pero, no obstante, habrá de quedar en nada; ya lo sabes.

—Lo que yo entreoí al señor Darcy no es tan digno de escucharse como lo de su amigo—añadió Carlota—. Pobre Isabel; ¿fué aquello siquiera tolerable?

—Te suplico que no pienses que a Isabel la molestó aquello, pues es hombre tan desagradable que sería desgracia gustarle. La señora de Long me dijo la noche pasada que había estado sentado a su lado durante media hora sin despegar los labios.

—¿Estás segura, mamá? ¿No hay en eso una pequeña equivocación?—dijo Juana—. Yo vi al señor Darcy hablando con ella.

—¡Ah! Porque al final ella le preguntó si le gustaba Netherfield, y no pudo evitar el responderle; pero la misma señora dijo que parecía molestarse él cuando se le hablaba.

—La señorita de Bingley nos contó—añadió Juana—que nunca habla él mucho, a no ser con

sus amigos íntimos. Con ellos es sumamente agradable.

—No lo creo, querida. Si tan agradable fuera habría hablado con la señora de Long. Mas yo me figuro cómo fué la cosa; todos saben que está repleto de orgullo, y supongo que habría oído que la señora de Long no alquila coche de cochera y había ido al baile en un simón.

—Paso por alto que no hablara con la señora de Long—dijo la señorita Lucas—; pero querría que hubiese bailado con Isabel.

—Yo que tú—dijo a ésta su madre—, no bailaré con él en ninguna otra ocasión.

—Creo, María, poder asegurar que tú nunca bailarás con él.

—Su orgullo—añadió la de Lucas—no me ofende como tal orgullo, porque tiene una excusa. No hay que maravillarse de que un muchacho tan fino, con familia, fortuna y todo a su favor, piense altamente de sí mismo. Si puedo expresarme así, diré que tiene derecho a ser orgulloso.

—Es verdad—repuso Isabel—, y con facilidad perdonaría su orgullo si no hubiera mortificado el mío.

—El orgullo—observó María, que se jactaba de lo sólido de sus reflexiones—es un defecto muy común. Mis lecturas me han convencido de ello, de que la naturaleza humana es por extremo propensa a él, y de que hay muy pocos que no abriguen sentimientos de propia complacencia con motivo de tal o cual cualidad real o imaginaria. La vanidad

y el orgullo son cosas diversas, aunque a menudo se tomen como sinónimas ambas palabras. Una persona puede ser orgullosa sin ser vana. El orgullo se refiere más a nuestra opinión sobre nosotros mismos; la vanidad, a lo que los demás hayan de pensar sobre nosotros.

—Si yo fuera tan rico como el señor Darcy—exclamó uno de los Lucas, que había venido con sus hermanas—no me cuidaría de si era o no orgulloso. Cada día compraría una trailla de perros zorreros y me bebería una botella de vino.

—En ese caso beberías más de lo debido—dijo la señora de Bennet—, y si yo te viera, en derechura te quitaría la botella.

El muchacho protestó, asegurando que no ocurriría eso; mas ella continuó diciendo que sí lo haría, y el tema terminó sólo con la visita.

CAPITULO VI

Las damas de Longbourn visitaron pronto a las de Netherfield, y la visita fué devuelta en debida forma. El grato porte de Juana aumentó la benevolencia hacia ella de la señora de Hurst y de la señorita de Bingley; y aunque ambas encontraban abominable a la madre, y en cuanto a las hermanas menores juzgaban que no valía la pena hablar con ellas, expresaron a las dos mayores su deseo de intimar. Juana recibió semejante atención con el mayor agrado; pero Isabel veía altivez en el

trato de ellas con todo el mundo, con la sola excepción de su hermana, y no le podían gustar, aun teniendo valor para ella la atención que mostraban a Juana, atención debida probablemente a la influencia del hermano. Era evidente a todos que éste admiraba a Juana, y para Isabel era también patente que su hermana iba creciendo en la preferencia que desde el principio había comenzado a mostrar por él, estando en camino de enamorarse de veras; pero consideraba a la vez con placer que eso escaparía a las gentes en general por el hecho de unir Juana a la fuerza de sus sentimientos una moderación de temple y una constante jovialidad de carácter que la habían de librar de las sospechas de los importunos. Así se lo comunicó a su amiga la de Lucas.

—Acaso sea grato—replicó Carlota—poderse imponer al público en un caso así; mas a veces es desventaja llevar eso tan oculto. Si una mujer disimula su afecto con igual habilidad ante el objeto que lo provoca, puede perder la oportunidad de hacer decidirse a éste; y entonces será mezquino consuelo suponer al mundo en igual ignorancia. Hay tanto de gratitud o de vanidad en casi todas las afecciones, que no es cauto abandonarlas a sí mismas. Principiamos con la mayor libertad; una pequeña preferencia es lo más natural; pero hay pocas de nosotras que posean suficiente corazón para enamorarse de veras sin estímulo. En nueve casos de diez, la mujer muestra más bien mayor afecto del que siente. A Bingley le gusta sin duda

tu hermana; pero puede no pasar de ahí si ella no le ayuda.

—Es que ella le ayuda cuanto su modo de ser le perrite. Si yo soy capaz de notar sus miradas hacia él, tendrá él que ser un simple para no descubrirlas.

—Recuerda, Isabel, que él no conoce el natural de Juana como tú.

—Pero si una mujer está interesada por un hombre y no trata de ocultarlo, él lo habrá de descubrir.

—Acaso, si la ve suficientemente a menudo. Mas, aunque Bingley y Juana se vean bastante, no pasan juntos muchas horas, y viéndose sólo en reuniones muy numerosas es imposible que empleen todo el tiempo en hablar entre sí. Por eso Juana debería extremarse siempre que pudiera para llamarle la atención. Cuando esté segura de él, entonces será ocasión de enamorarse tanto como quiera.

—Tu plan es bueno—replicó Isabel—cuando sólo se pretende quedar bien casada; y si yo estuviera determinada a buscar un marido rico, o un marido por lo menos, estoy por decir que lo adoptaría. Pero no son éstos los sentimientos de Juana; no obra por cálculo. No puede estar segura todavía del grado de su propio interés por él ni de su conveniencia. Lo ha tratado sólo durante quince días. Ha hablado con él en Meryton; lo vió una mañana en su casa, y desde entonces han comido juntos cuatro veces. Eso no es bastante para hacerle conocer su carácter.

—No es la cosa como tú la imaginas. Si hubiera

simplemente comido con él, sólo habría descubierto si tiene o no buen apetito; pero debes recordar que han pasado juntos cuatro veladas, y cuatro veladas suponen algo.

—Sí; esas cuatro veladas les habrán podido hacer conocer que ambos gustan más de una danza que de otra; pero su carácter dominante no creo que se haya revelado mucho.

—Bien, pues—contestó Carlota—. Deseo el mejor éxito a Juana con todo mi corazón; y si mañana se casara con él, pensaría que era más dichosa que si estuviera estudiando su carácter durante un año entero. La felicidad del matrimonio es cuestión de suerte. Que las cualidades de cada cual sean recíprocamente bien conocidas o resulten muy semejantes es cosa que en último término no la aumenta. Si guen dichas cualidades desarrollándose después con suficientes diferencias para poseer su tinte molesto; y mejor es conocer lo menos posible los defectos de la persona con quien se ha de pasar toda la vida.

—Me haces reír, Carlota; pero no tienes razón; tú sabes que no la tienes, y que nunca obrarías de ese modo.

Ocupada en observar las atenciones de Bingley hacia su hermana, Isabel estaba lejos de sospechar que ella misma había llegado a ser objeto de cierto interés a los ojos del amigo de aquél. Darcy, al principio, apenas le había concedido el ser bonita; la había visto en el baile, sin admirarla, y cuando se encontraron de nuevo la miró sólo con el fin de criticarla. Mas no bien se percató, y lo comunicó a sus

amigos, de que poseía buenas facciones, comenzó a tenerla por inteligente como pocas por la hermosa expresión de sus ojos negros. A tales descubrimientos siguieron otros análogos. Por más que con ojos de crítico percibía más de un defecto de perfecta simetría en su figura, se vió obligado a reconocer que ésta era esbelta y agradable; y a pesar de sus aseveraciones de que sus modales no eran los del mundo elegante, quedó prendado de su sencillo aire juguetón. De todo eso era ella por completo desconocedora. A sus ojos, él era sólo el hombre que no se hacía simpático en ningún sitio y que no la había juzgado bastante bella para bailar con él.

Comenzó Darcy a desear conocerla mejor, y como preparación para conversar con ella se fijaba en su conversación con los demás. Ese proceder no escapó a Isabel. Estaban una vez en casa de sir Guillermo Lucas, donde había mucha concurrencia.

—¿Para qué querría el señor Darcy—dijo a Carlota—escuchar, como ha escuchado, mi conversación con el coronel Forster?

—Eso es cosa a que sólo él puede contestar.

—Es que si lo hace otra vez le haré comprender que sé que lo hace. Tiene una mirada muy burlona, y si no principio por ser yo misma impertinente, pronto me causará temor.

Al aproximarse él después, aunque no revelando intención de hablar, la de Lucas provocó a su amiga a tratar de ese asunto con él; y en cuanto Isabel se vió así provocada, volvióse a Darcy y le dijo:

—¿No cree usted, señor Darcy, que me exprese

sobremanera bien hace un momento al insistir con el coronel Forster en que diese un baile en Meryton?

—Sí; con gran energía; pero ése es un tema que siempre da energías a las damas.

—Es usted muy severo con nosotras.

—Pronto te va a tocar el verte molestanda—dijo la de Lucas—. Voy a abrir el piano, y ya sabes lo que eso quiere decir.

—¡Eres extraña criatura para amiga!; ¡siempre necesítandome para tocar y cantar ante todos! Si a mi vanidad le hubiera dado por la música no habrías tenido precio; mas ya que es así, cree que preferiría no sentarme ante quienes tienen costumbre de escuchar mejores ejecutantes.

Y al insistir la de Lucas, ella añadió:

—Bien; si es preciso, sea. —Y mirando con gravedad a Darcy añadió: —Hay un discreto dicho antiguo que aquí a todos es familiar: «Toma aliento para enfriar tu sopa», y yo voy a tomarlo para hinchar mi canción.

La ejecución fué aceptable, aunque de ningún modo extraordinaria; tras una o dos canciones, y antes de poder contestar a los ruegos de algunos para que cantase más, fué reemplazada en el instrumento por su hermana María, quien, habiendo trabajado mucho para procurarse conocimientos y perfección, estaba siempre ansiosa de ostentarlos.

María no tenía ni genio ni gusto, y aunque la vanidad le había prestado aplicación, la había dotado también de cierto aire pedante y de modales afectados, capaces de obscurecer mayores excelencias de

las que alcanzaba. Isabel, fácil y sin afectación, había sido escuchada con mayor agrado, aun no tocando ni la mitad de bien; y María, al fin de un largo concierto, se tuvo por feliz con escuchar elogios por los aires escoceses e irlandeses tocados a ruegos de sus hermanas menores, quienes, con alguna de las Lucas y dos o tres oficiales, se habían reunido ansiosamente para bailar en un extremo del salón.

Darcy permaneció cerca de ellos en silencio, indignado con semejante manera de pasar la velada, prescindiendo de toda conversación; y se hallaba demasiado embebido en sus propios pensamientos para notar que sir Guillermo Lucas era su vecino, hasta que este señor comenzó a decirle así:

—¡Qué encantadora diversión para los jóvenes, señor Darcy! Después de todo, no hay nada como bailar. Tengo el baile por uno de los primeros refinamientos de las sociedades cultas.

—Cierto, señor; y posee también la ventaja de estar en boga entre las menos cultas del mundo. Todos los salvajes saben bailar.

Sir Guillermo se limitó a sonreír.

—Su amigo de usted lo hace deliciosamente—siguió diciendo tras una pausa, al ver a Bingley en el grupo—, y no dudo de que usted mismo, señor Darcy, será aficionado a ese ejercicio.

—Me parece que me vió usted bailar en Meryton.

—Cierto, y me satisfizo no poco el verle. ¿Baila usted a menudo en St. James?

—No, señor; nunca.

—¿No cree usted que sería un acto muy oportuno en ese sitio?

—Es uno que no ejecuto en ninguna parte si lo puedo evitar.

—¿Supongo que tiene usted casa en la capital? Darcy lo afirmó con una inclinación de cabeza.

—Algunas veces he pensado en establecerme en la capital, porque me gusta la sociedad distinguida; pero no estaba seguro de que Londres pudiese agradar a lady Lucas.

Detúvose esperando contestación; mas su interlocutor no se hallaba dispuesto a darla, y al dirigirse en aquel momento Isabel a ellos se le ocurrió una galantería y, llamándola, dijo:

—Querida Isabel, ¿por qué no bailas? Señor Darcy, permítame usted que le presente a esta señorita como una pareja muy apetecible. Estoy seguro de que no podrá usted rehusar el bailar teniendo cerca semejante hermosura.

Y tomando la mano de ella, íbasela a dar a Darcy, quien, aunque en extremo sorprendido, no la rechazaba, cuando Isabel se volvió de pronto y dijo, algo descompuesta, al propio sir Guillermo:

—La verdad, señor, es que no tenía la menor intención de bailar. Suplico a usted que no se figure que he venido aquí para pescar pareja.

Darcy, con grave cortesía, rogó que le hiciera el honor de su mano; pero fué inútil. Isabel estaba resuelta, y ni sir Guillermo con sus intentos para persuadirla le hizo vacilar en su propósito.

—Sobresales tanto en el baile, Isabel, que es

crueldad negarme la dicha de verte bailando, y aunque este caballero no guste de esa diversión en general, estoy seguro de que no se opondrá a complacernos durante media hora.

—El señor Darcy es la misma cortesía—dijo Isabel riéndose.

—Lo es en efecto; pero habida consideración al estímulo, querida Isabel, no hemos de admirar su complacencia, porque ¿qué se puede reprochar a una pareja así?

Isabel miró con gracia y se marchó. Su resistencia no la había indispuerto con el caballero en cuestión, y hallábase éste pensando en ella con cierta complacencia, cuando fué abordado por la señorita de Bingley:

—¿A que adivino lo que piensa usted?

—No lo creo.

—Está usted pensando en cuán insoportable sería pasar todas las veladas de este modo, entre semejante sociedad, y soy en absoluto de su opinión. ¡Jamás he estado más aburrida! ¡Qué insípidas son estas gentes, y, a pesar de ello, qué ruido meten!; ¡qué insignificantes son, y, con todo, qué tono se dan! ¡Qué daría por oír sus juicios de usted acerca de ellos!

—Está usted por completo equivocada, se lo aseguro a usted. Mi mente estaba ocupada de modo más grato. Pensaba en el placer que procuran dos hermosos ojos en el rostro de una mujer bonita.

La señorita Bingley le miró con atención, mani-

festándole su deseo de que le dijese qué dama había logrado inspirarle semejantes reflexiones.

—La señorita Isabel Bennet.

—¡La señorita Isabel Bennet!—repitió la de Bingley—. Estoy asombrada en absoluto. ¿Desde cuándo ha empezado a ser su favorita de usted?; y dígame, ¿puedo felicitarle?

—Esa es precisamente la pregunta que yo esperaba de usted. La imaginación de la mujer es muy viva; salta de la admiración al amor, del amor al matrimonio, todo en un momento. He conocido que usted deseaba darme la enhorabuena.

—Si lo toma usted en serio daré el asunto por completamente resuelto. Tendrá usted una suegra encantadora de veras, y, por de contado, estará siempre en Pemberley con usted.

El la escuchó con absoluta indiferencia mientras ella trató de divertirse así, y cuando la tranquilidad de él convenció a ella de que todo estaba a salvo, prodigó su ingenio tratando del tema durante largo tiempo.

CAPITULO VII

Casi toda la fortuna del señor Bennet consistía en un estado de dos mil libras anuales, que, desgraciadamente para sus hijas, estaba vinculado, a falta de herederos varones, a favor de un pariente lejano; y la de su madre, aunque considerable para su clase, con dificultad podía suplir la falta de la de aquél; su

padre había sido procurador en Meryton y le había dejado cuatro mil libras.

Tenía ella una hermana casada con el señor Philips—el cual, habiendo sido dependiente del padre, le había sucedido en el cargo—, y un hermano, avecindado en Londres, a respetable altura en el comercio.

El lugar de Longbourn distaba sólo una milla de Meryton, distancia conveniente para las muchachas, las cuales iban de ordinario al último punto tres o cuatro veces a la semana a cumplimentar a su tía y a casa de una modista que estaba justamente en el camino. Catalina y Lydia, las dos más jóvenes de la familia, eran en especial dadas a esas ocupaciones; sus espíritus estaban más ociosos que los de sus hermanas, y cuando no se les deparaba nada mejor, se imponía para las mismas un paseo a Meryton a fin de entretener las horas de la mañana y procurarse conversación para la tarde, y aunque el campo era en general escaso en noticias, siempre hallaban manera de saber alguna por su tía. En la actualidad ambas estaban con buena provisión de noticias y de dicha por la llegada de un regimiento de la milicia a la vecindad, el cual iba a permanecer por allí todo el invierno, siendo Meryton el cuartel general.

Las visitas a la señora de Philips eran, pues, ahora de lo más interesantes. Todos los días aumentaban sus conocimientos de los nombres y parentela de los oficiales; no fueron mucho tiempo desconocidas de ellos sus viviendas, y al fin comenzaron a co-

nocerlos a ellos mismos. El señor Philips los invitó a todos, y eso procuró a sus sobrinas una suerte de felicidad que antes no conocían. No podían hablar sino de oficiales, y la pingüe fortuna del señor Bingley no valía a sus ojos nada en comparación con los uniformes de un abanderado.

Una mañana, tras de escuchar sus entusiasmos acerca de esto, observó fríamente el señor Bennet:

—De cuanto puedo colegir de vuestro modo de hablar, debéis ser ambas las más necias muchachas de la comarca. Hace tiempo que lo sospechaba; pero ahora me convenzo de que es así.

Catalina quedó desconcertada con eso y no contestó. Lydia, con absoluta indiferencia, continuó expresando su admiración por el capitán Carter y su esperanza de verle aquel día, ya que se iba la mañana siguiente a Londres.

—Me asombra, querido—dijo la señora de Bennet—, que estés tan predispuesto a hablar de la necedad de tus propias hijas. Si yo hubiera de despreciar las de alguien, no serían éstas las mías.

—Si mis hijas son necias, habré de conocerlo siempre.

—Sí; pero el caso es que todas son muy listas.

—Me lisonjeo de que éste es el único punto en que no estamos de acuerdo. Creo que nuestros sentimientos coinciden en todo; pero tengo que separarme de ti en pensar que nuestras dos hijas menores están por completo locas.

—Querido Bennet, no has de pretender que unas muchachas así tengan el seso que su padre y su ma-

dre. Supongo que cuando lleguen a nuestra edad no hablarán de oficiales más que nosotros ahora. Yo me acuerdo de los tiempos en que me gustaba mucho un traje rojo, y en verdad que aun me gusta para mis adentros; y si un coronel joven con cinco o seis mil libras anuales pretendiese a una de mis hijas, no se la sabría negar; y tengo para mí que el coronel Forster resultaba muy bien con su uniforme en casa de sir Guillermo.

—Mamá—exclamó Lydia—, mi tía dice que el coronel Forster y el capitán Carter no van a casa de la señorita de Watson tan a menudo como la primera vez que vinieron; ahora los ve con frecuencia en la librería de Clarke.

La señora de Bennet no pudo contestar, por la llegada de un lacayo con una carta para Juana; venía de Netherfield, y el criado aguardaba contestación. Los ojos de la señora de Bennet brillaron de alegría y estuvo silenciosa mientras su hija leyó.

—Bien, Juana, ¿de quién es?, ¿qué dice? Vamos, Juana, apresúrate, dínoslo; date prisa, amor mío.

—Es de la señorita de Bingley—dijo Juana; y la leyó en voz alta:

«Mi querida amiga: Si no es usted tan compasiva que venga a comer hoy con Luisa y conmigo, estamos expuestas las dos a odiarnos recíprocamente por todo el resto de nuestra vida, pues un día entero de *tête-à-tête* entre dos mujeres no puede acabar sino en disputa. Venga usted lo antes que

pueda tras de recibir ésta. Mi hermano y los demás señores están a comer con los oficiales.

De usted afectísima,

CAROLINA BINGLEY.º

—¡Con los oficiales!—exclamó Lydia—; me admira que mi tía no nos haya hablado de eso.

—Comer fuera—dijo el señor Bennet—es una desgracia.

—¿Puedo disponer del coche?—preguntó Juana.

—No, querida mía, y harás mejor en ir a caballo, pues parece que va a llover, caso en el cual tendrás que quedarte allí toda la noche.

—Sería vergonzoso—exclamó Isabel—que no se brindasen a enviarla a casa.

—¡Oh!, pero los caballeros tendrán ocupado el coche del señor Bingley para ir a Meryton, y los Hurst no tienen caballos.

—Mejor iría en el coche.

—Sí, querida; pero estoy segura de que tu padre no puede ceder los caballos. Se necesitarán en la granja, ¿no es así, Bennet?

—Se necesitan allí más veces de las que los puedo enviar.

—Pero aunque los hayas enviado hoy—dijo Isabel—, puedes contestar a mi madre.

Por fin arrancó a su padre la confesión de que los caballos del coche estaban ocupados; Juana se vió obligada por eso a ir montada, y su madre la despidió a la puerta con muy cariñosos pronósticos de mal tiempo. Sus temores se confirmaron; no se ha-

bía alejado mucho Juana cuando ya llovía recio. Sus hermanas estaban inquietas por ella; pero su madre se hallaba satisfecha. La lluvia continuó toda la tarde sin cesar; era, pues, seguro que Juana no podría volver.

—¡Ha sido feliz idea la mía!—exclamó la señora de Bennet más de una vez, como si fuese cosa suya el que lloviese. Pero hasta la mañana siguiente no supo toda la suerte de su treta. Apenas habían acabado de almorzar cuando un criado trajo de Netherfield la siguiente carta para Isabel:

«Mi querida Isabel: Me encuentro hoy muy mediana, lo que supongo poder atribuir a haber llegado ayer mojada. Mis amables amigas no quieren que regrese a casa hasta que esté mejor. También insisten en que me vea el señor Jones; así, que no os alarwéis si sabéis que ha estado a visitarme, pues, excepto notar la garganta resentida y dolor de cabeza, no tengo nada.—Tu...», etc.

—Bien, querida—dijo el señor Bennet cuando Isabel hubo leído la carta en voz alta—; si tu hija cayera enferma, si se muriera, sería un consuelo saber que todo ha sido por perseguir al señor Bingley y bajo tus órdenes.

—¡Oh!, no temo que se muera. No se muere la gente de enfriamientos insignificantes. Buen cuidado tendrá de no morirse. Mientras esté allí, bien irá la cosa. Yo iría a verla si tuviera el coche.

Isabel, que realmente estaba inquieta, se deter-

minó a ir allí aun sin tener coche, y como no montaba a caballo, su único recurso era ir a pie. Declaró su resolución.

—¿Cómo puedes ser tan necia—exclamó su madre—que pienses en eso con semejante barro? No se te podrá mirar cuando llegues allá.

—Estaré muy bien para ver a Juana, que es cuanto necesito.

—¿Es eso, Isabel, una insinuación para que envíe por los caballos?

—No, por cierto. No pretendo ahorrarme el paseo. La distancia no es nada teniendo interés: sólo tres millas. Estaré de regreso para comer.

Admiro lo activa que es tu benevolencia—observó María—; mas todo impulso del sentimiento ha de ser dirigido por la razón; y en opinión mía, el esfuerzo debe ser proporcionado a lo que se pretende.

—Iremos hasta Meryton contigo—dijeron Catalina y Lydia. Isabel aceptó su compañía y las tres jóvenes salieron juntas.

—Sí, vamos aprisa—dijo Lydia mientras caminaban—; acaso veamos algún momento al capitán Carter antes de que se marche.

En Meryton se separaron; las dos menores se dirigieron a casa de la esposa de uno de los oficiales, e Isabel continuó sola su paseo, atravesando tranquila campo tras campo y saltando sobre vallas y lodazales con impaciente viveza hasta encontrarse a la postre a vista de la casa, fatigada, con las medias mojadas y el rostro encendido por el ejercicio.

Presentóse en el cuarto de almorzar, donde estaban todas menos Juana y donde su aparición sorprendió grandemente. Que hubiera caminado tres millas tan temprano, con tiempo tan húmedo y sola era casi increíble para la señora de Hurst y la señorita de Bingley, e Isabel notó que la menospreciaban por ello. Fué no obstante recibida por todas con mucha cortesía, y en los modales de Bingley percibió algo más que galantería; había buen humor y amabilidad. Darcy habló poco, y el señor Hurst, nada en absoluto. El primero fluctuaba entre admirar la brillantez que el ejercicio había comunicado al tinte de Isabel y dudar de si el motivo justificaba que viniese sola desde tan lejos. El último sólo pensaba en su almuerzo.

Sus preguntas acerca de su hermana no fueron contestadas muy favorablemente. Juana había dormido mal, y aunque levantada, tenía bastante fiebre y no se encontraba suficientemente bien para salir de su habitación. Isabel se alegró de que se la condujese al punto a su lado, y Juana, que sólo se había contenido por miedo de alarmar o de pecar de inconveniente expresando en su esquila lo que anhelaba esa visita, alegróse también de su entrada. No estaba, con todo, para mucha conversación, y cuando la señorita de Bingley las dejó solas dijo pocas cosas, excepto expresiones de gratitud por la extraordinaria amabilidad con que se la trataba. Isabel la asistió en silencio.

Cuando acabó el almuerzo se las unieron las hermanas, y a Isabel misma comenzaron a gustarle

al ver el mucho afecto y la solicitud que mostraban por Juana. El médico vino, y tras de examinar a la paciente, dijo, como puede suponerse, que había pescado un fuerte enfriamiento y que debían esforzarse en curarlo; le prescribió que volviese a la cama y algunas pociones. Lo prescrito se cumplió inmediatamente, pues los síntomas de fiebre aumentaban y la cabeza le dolía mucho. Isabel no abandonó la estancia ni por un momento, ni las otras señoras estuvieron ausentes mucho rato; los caballeros salieron de casa, pues, en efecto, nada tenían que hacer en ningún sitio.

Cuando sonaron las tres, Isabel comprendió que debía marcharse, y, muy contra su deseo, lo manifestó así. La señorita de Bingley le ofreció el coche, y sólo aguardaba aquélla ver algo de insistencia para aceptarlo, cuando Juana exteriorizó tal pesar en separarse de ella, que la señorita de Bingley se vió obligada a trocar su ofrecimiento de coche por una invitación a quedarse en Netherfield por el momento. Isabel aceptó muy agradecida, y se despachó un criado a Longbourn para notificar a la familia la situación y traer alguna provisión de ropas.

CAPITULO VIII

A las cinco, las dos señoras de la casa se fueron a vestir, y a las cinco y media fué llamada Isabel para comer. A las corteses preguntas que le diri-

gieron, en las cuales tuvo la satisfacción de entrever la extrema solicitud de Bingley, no pudo responder favorablemente: Juana no estaba mejor de ningún modo. Al oír esto las hermanas, repitieron tres o cuatro veces lo mucho que las apenaba, cuán tremendo era tener un mal resfriado y cuán excesivamente las molestaba el verse enfermas, tras de lo cual ya no pensaron en eso; y así, su indiferencia para con Juana cuando no la tenían delante reavivó en Isabel su primitivo desagrado por ellas.

El hermano era en verdad el único a quien podía mirar con complacencia. Su interés por Juana era patente, y sus atenciones para con ella misma le eran muy gratas, pues le impedían considerarse como intrusa, como creíase tenida por los demás. Escasa fué la conversación que recibió fuera de la de Bingley. La hermana soltera de éste estaba dedicada a Darcy; la otra, poco menos, y en cuanto al señor Hurst, junto al cual estaba sentada Isabel, era hombre indolente, que sólo vivía para comer, beber y jugar a las cartas, y que cuando supo que ella prefería un plato sencillo a un *ragout*, ya no tuvo nada que decirle.

Al acabarse la comida volvió Isabel en derechura a donde Juana estaba, y la soltera de las Bingley comenzó a criticarla en cuanto salió de la estancia. De sus modales dijo que eran muy malos, mezcla de orgullo e impertinencia; no tenía conversación, ni estilo, ni gusto, ni hermosura. La señora de Hurst pensaba lo propio, y añadió:

—No tiene, en suma, nada recomendable, sino

ser excelente danzarina. No olvidaré jamás su aparición esta mañana. Realmente parecía medio salvaje.

—Muy cierto que lo parecía, Luisa. Apenas pude contenerme. ¡Qué necedad, después de todo, el venir aquí! ¿A qué correr por el campo porque su hermana tuviese un resfriado? ¡Traía el cabello tan desordenado, tan revuelto!

—Sí; ¿y la enagua? Supongo que verías su enagua, con seis pulgadas de barro; y el vestido, que debía cubrirla, sin desempeñar su oficio.

—Usted se fijó, señor Darcy—dijo la señorita de Bingley—, y supongo que no desearía usted ver que su hermana daba un espectáculo por el estilo.

—Cierto que no.

—Andar tres millas, o cuatro, o cinco, o las que sean, pisando barro y sola, ¡completamente sola! ¿En qué estaría pensando? Me parece que eso revela una detestable especie de independencia y gran indiferencia por el decoro, propia de gente baja.

—Con ello mostraba afecto hacia su hermana, que es cosa muy hermosa—dijo Bingley.

—Temo, señor Darcy—observó la señorita de Bingley a media voz—, que esta aventura haya disminuído la admiración de usted por sus bellos ojos.

—De ningún modo—replicó él—; estaban abri-llantados por el ejercicio.

Siguió a esta frase una corta pausa, y la señora de Hurst comenzó de nuevo:

—Siento gran interés por Juana, que es en rea-

lidad una muchacha dulce, y desearía de todo mi corazón que se colocase bien. Pero con semejante padre y semejante madre y parientes de tan baja esfera, temo que no sea fácil.

—Creo haber oído a usted que su tío es procurador en Meryton.

—Sí, y tiene otro que vive cerca de Cheapside.

—¡Magnífico!—exclamó su hermana, y ambas se rieron a rienda suelta.

—Aunque tengan suficientes tíos para llenar Cheapside—exclamó Bingley—, eso no las hará menos agradables.

—Pero les disminuirá las probabilidades de casarse con hombres de alguna consideración en el mundo—replicó Darcy.

A eso no contestó Bingley; pero sus hermanas asintieron de corazón y se regocijaron por algún tiempo a expensas de las vulgares relaciones de su querida amiga.

Sin embargo, abandonando el comedor, compa-recieron con renovada ternura en el cuarto de la enferma, sentándose allí hasta que fueron llamadas para el café. Juana estaba muy indispuesta, e Isabel no quiso de ningún modo abandonarla hasta muy avanzada la velada, cuando tuvo el consuelo de verla dormida y cuando, más bien que grato, le pareció obligado el bajar. Al entrar en el salón halló a todos jugando a los naipes y la invitaron a unirse a ellos; mas, sospechando que jugarían fuerte, rehusó, y tomando por excusa a su hermana, dijo que se entretendría sola con un libro

el poco tiempo que pudiera estar abajo. El señor Hurst la miró con asombro:

—¿Prefiere usted la lectura a los naipes?—dijo le—; es bien singular.

—La señorita Isabel Bennet—dijo la de Bingley—desprecia las cartas. Es gran lectora, y no encuentra placer en otra cosa.

—No merezco ni esa alabanza ni aquella censura—exclamó Isabel—; no soy gran lectora, y encuentro placer en otras muchas cosas.

—Estoy seguro de que lo halla usted en cuidar a su hermana—dijo Bingley—, y espero que ese placer se aumentará al verla por completo bien.

Isabel agradeció esto muy de veras, y se dirigió a una mesa donde había libros. Aquél al punto se ofreció para ir a buscar otros, cuantos diese de sí su biblioteca.

—Y aun desearía que mi colección fuera mayor, en beneficio de usted y crédito propio; pero soy un perezoso, y aunque no tengo muchos, tengo más de los que he leído.

Isabel le aseguró que podía pasarse muy bien con los del salón.

—Me admira—dijo la señorita de Bingley—que mi padre dejara tan escaso número de libros. ¡Qué deliciosa biblioteca posee usted en Pemberley, señor Darcy!

—Debe de ser buena—repuso éste—; ha sido obra de muchas generaciones.

—Y además usted la ha aumentado mucho; siempre está usted comprando libros.

—No comprendo el abandono de una biblioteca de familia en estos tiempos.

—¡Abandono! Bien segura estoy de que no abandona usted nada que pueda añadir belleza a aquella morada ilustre. Carlos, cuando edifiques una casa querría yo que fuese la mitad de deliciosa que Pemberley.

—Así lo deseo también.

—Y aun te recomendaría que hicieses la adquisición en aquella vecindad y que tomases a Pemberley como una especie de modelo. No hay en Inglaterra más bello condado que el de Derby.

—Con el mayor gusto; y adquiriré el mismo Pemberley si Darcy me lo vende.

—Hablo de lo que está en lo posible, Carlos.

—¡Por vida mía, Carolina, que creo más posible adquirir Pemberley por compra que por imitación.

Isabel estaba demasiado abstraída por lo que pasaba para dedicar una escasa atención al libro, y así, dejándolo pronto, se encaminó hacia la mesa de juego, colocándose entre Bingley y su hermana mayor para observar la marcha.

—¿Ha crecido mucho desde la primavera la señorita de Darcy?—dijo la de Bingley—. ¿Será tan alta como yo?

—Creo que sí. Al lado de la señorita Isabel Bennet resultaría más corpulenta, o acaso más alta.

—¡Cuánto tiempo sin volverla a ver! Nunca hallé quien me agradase tanto. ¡Qué aspecto, qué modales! ¡Y tan extremadamente instruída para su edad! Su ejecución en el piano es excelente.

—Estoy asombrado—dijo Bingley—de que las muchachas tengan paciencia para hacerse tan completas como son todas.

—¡Completas todas las muchachas! Querido Carlos, ¿qué dices?

—Sí, creo que todas lo son. Todas pintan, cubren biombos y hacen bolsillos de malla. Apenas conozco una que no sepa hacer todas esas cosas, y estoy seguro de no haber oído hablar de una muchacha por primera vez sin quedar informado de que era muy completa.

—Tu lista de la extensión ordinaria de las perfecciones es sobrado verídica—dijo Darcy—. Se aplica aquella palabra a muchas mujeres que no la merecen sino por hacer bolsillos de malla o tapizar un biombo. Pero estoy lejos de convenir contigo en tu apreciación de las muchachas en general. No puedo jactarme de conocer sino una media docena, entre todas mis conocidas, que sean verdaderamente completas.

—Ni yo, a buen seguro—repitió la señorita de Bingley.

—En ese caso—observó Isabel—tiene usted que comprender muchas cosas de su concepto de mujer completa.

—Sí, comprendo muchas cosas en él.

—¡Oh!, cierto—exclamó su fiel asistente—. No debe ser tenida por completa quien no sobrepasa en mucho lo que de ordinario se ofrece. Una mujer debe tener cabal conocimiento de la música, del canto, del dibujo, del baile y de las lenguas moder-

nas para merecer aquel dictado; y además de todo eso, ha de poseer algo indecible en su aire, en su modo de andar, en el tono de su voz, en su trato y en sus expresiones; de otro modo, la calificación no la merecerá sino a medias.

—Todo eso debe poseer—añadió Darcy—, y a todo ello hay que sumar algo más substancial con el desarrollo de su inteligencia por medio de abundante lectura.

—No me extraña ya que sólo conozca usted seis mujeres completas. Antes bien me admira que conozca usted alguna.

—¿Tan severa es usted con su propio sexo que dudo usted de la posibilidad de todo aquello?

—Yo jamás he visto una mujer así; nunca tal capacidad, gusto, aplicación y elegancia como usted dice.

Tanto la señora de Hurst como la señorita de Bingley protestaron contra la injusticia de su desconfianza, y estaban asegurando que conocían muchas mujeres que correspondían al tipo referido, cuando el señor Hurst las llamó al orden, lamentándose con amargura de que desatendiesen lo que estaban haciendo. Como con eso se terminó la conversación, Isabel abandonó la sala poco después.

—Isabel Bennet—dijo la señorita de Bingley cuando se cerró la puerta tras aquélla—es una de esas muchachas que tratan de recomendarse al otro sexo rebajando el suyo propio; y estoy por decir que con muchos hombres se obtiene buen éxito con ese sistema; mas, en mi sentir, eso es una treta mezquina, de baja estofa.

—Sin duda—replicó Darcy, a quien la observación iba principalmente dirigida—es la más ruin de cuantas artes se dignan emplear las damas para cautivar. Cuanto semeja artificio es despreciable.

La señorita de Bingley no quedó suficientemente satisfecha con la contestación para proseguir la materia.

Isabel volvió a ellos de nuevo sólo para decirles que su hermana estaba peor y que no podía abandonarla. Bingley insistió en que se llamase al señor Jones al punto, mientras que sus hermanas, convencidas de la escasa utilidad de la asistencia médica del campo, recomendaron enviar un propio a la capital en busca de uno de los más eminentes doctores. Isabel no quería ni oír hablar de esto último, pero no se oponía a que se siguiese la indicación del hermano; y así, se acordó que se enviase a buscar al señor Jones a la mañana siguiente si Juana no estaba resueltamente mejor. Bingley se encontraba en absoluto desconsolado; sus hermanas manifestaban su sentimiento; mas éstas acallaron su pesadumbre con unos duetos que siguieron a la cena, al paso que aquél no halló mejor alivio a su pesar sino dar órdenes a su mayordomo de que se dispensasen todas las atenciones posibles a la enferma y a su hermana.

CAPITULO IX

Isabel pasó lo más de la noche en la alcoba de su hermana, y a la mañana experimentó la satisfacción de poder contestar con buenas noticias a las preguntas que muy temprano recibió de Bingley por conducto de una sirvienta, y poco después, de las dos elegantes señoras de compañía de sus hermanas. A pesar de la mejoría, pidió que se enviase a Longbourn una esquila, pues deseaba que su madre visitase a Juana y formase juicio de su estado. La esquila se envió inmediatamente y su contenido se cumplimentó con igual presteza; la señora de Bennet, acompañada de sus dos hijas menores, se dirigió a Netherfield poco después de almorzar en familia.

Si hubiera encontrado a Juana con apariencias de peligro, la señora de Bennet se habría tenido por muy desgraciada; pero en cuanto se satisfizo viendo que la enfermedad no era alarmante, no abrigó deseos de que su hija se repusiese pronto, ya que su restablecimiento la tendría que alejar de Netherfield. Por esa razón no quiso dar oídos a la proposición de su hija de ser trasladada a su casa, lo cual, por otra parte, el médico, que llegó al propio tiempo, no lo juzgaba recomendable. Cuando, tras de permanecer un rato con Juana, se les presentó la señorita de Bingley y las invitó a pasar donde estaba la familia, la madre y las tres hijas se entretuvieron con ella en el cuarto de almorzar. Bingley

las saludó, suponiendo que la señora de Bennet no había hallado a su hija tan mal como esperaba.

—Sí que la he hallado así—fué su respuesta—. Está demasiado mal para que se la traslade. El señor Jones dice que no debemos pensar en moverla. Tenemos que abusar aún más de la bondad de usted.

—¡Moverla!—exclamó Bingley—. No hay que soñar en eso. Bien seguro estoy de que mi hermana no quiere tampoco ni oír hablar de su traslado.

—Puede usted contar—dijo ésta con fría solemnidad—con que Juana tendrá toda la asistencia posible mientras permanezca con nosotros.

La señora de Bennet se extendió en frases de reconocimiento.

—Estoy convencida—añadió—de que si no hubiera sido por tan buenos amigos, no sé qué habría sido de ella, pues se siente mal de veras y sufre mucho; aunque, eso sí, con la mayor paciencia del mundo, como hace siempre, porque tiene el temperamento más dulce que conozco. Muchas veces les digo a mis otras hijas que no valen nada a su lado. Tiene usted aquí, señor Bingley, una linda habitación con encantadoras vistas sobre la alameda. No recuerdo en el país un sitio que se pueda comparar con Netherfield. Supongo que no pensará usted en abandonarlo de pronto, aunque no tenga sino corto arriendo.

—Todo cuanto hago lo hago de pronto—replicó él—, y por eso, si alguna vez me decido a dejar Netherfield, me marcharé probablemente en cinco

minutos. Pero por ahora me considero como fijado aquí.

—Eso es exactamente lo que habría yo supuesto de usted—dijo Isabel.

—Empieza usted, pues, a conocerme, ¿no es así?—exclamó él dirigiéndose a ella.

—¡Oh, sí; le conozco a usted perfectamente!

—Querría tomar eso como un cumplido; pero temo que sea una desdicha el ser conocido tan a fondo.

—Según. No hay que sentar que un carácter difícil, intrincado, sea más o menos estimable que uno como el de usted.

—Isabel—exclamó su madre—, recuerda dónde estás y no te propases, como estás acostumbrada a hacer en casa.

—No había conocido hasta ahora—continuó seguidamente Bingley—que fuera usted aficionada a estudiar caracteres. Debe de ser estudio entretenido.

—Sí; pero los caracteres intrincados son los que más divierten. Por lo menos, tienen esa ventaja.

—El campo—dijo Darcy—debe de ofrecer poca materia para semejante estudio. En la vecindad del campo se mueve uno en una sociedad limitada y constante.

—Pero la gente varía tanto que siempre hay algo nuevo que observar en ella.

—Cierto—exclamó la señora de Bennet, ofendida por la manera de hablar de las vecindades del campo—. Le aseguro a usted que hay tanto de eso en el campo como en la ciudad.

Todo el mundo se quedó sorprendido, y Darcy, tras de mirarla por un momento, se volvió silenciosamente. La señora de Bennet, que imaginó haber obtenido completa victoria, continuó, diciendo triunfante:

—Por mi parte, no creo que Londres lleve ninguna ventaja al campo, fuera de las tiendas y los sitios públicos. El campo es mucho más grato. ¿No es así, señor Bingley?

—Cuando estoy en el campo—contestó éste—nunca deseo dejarlo, y cuando me hallo en la capital me sucede lo propio. Cada una de esas cosas tiene sus ventajas, y puedo ser por igual feliz en cualquiera.

—¡Ah!, eso es porque usted posee buen humor; pero aquel caballero—dijo mirando a Darcy—parece que opina que el campo no vale nada.

—Estás muy equivocada, mamá—dijo Isabel, sonrojada por causa de su madre—. No entiendes nada al señor Darcy. Sólo afirma que no hay en el campo tanta variedad de gentes como en la ciudad, lo cual has de reconocer como evidente.

—Cierto, querida; nadie ha dicho que la haya; pero en cuanto a no tener aquí muchos vecinos, yo creo que hay pocas vecindades mayores. Recuerdo haber comido con veinticuatro familias.

Sólo la consideración a Isabel pudo hacer que Bingley se contuviera. Su hermana era menos dedicada, y dirigió su mirada a Darcy con expresiva sonrisa. Isabel, tratando de decir algo que cambiase de rumbo el pensamiento de su madre, le pregun-

tó si Carlota Lucas había estado en Longbourn después de salir ella de allí.

—Sí, nos visitó ayer con su padre. ¡Qué agradable es sir Guillermo!; ¿no es así, señor Bingley? ¡Siempre tan a la moda, tan complaciente y tan sencillo! En cualquiera ocasión tiene algo que decir a todos. Esa es mi idea de la buena educación; yerran quienes se creen muy importantes y jamás abren la boca.

—¿Comió Carlota con vosotros?

—No, se fué a casa; creo que se la necesitaba para el pastel de picadillo. En cuanto a mí, señor Bingley, siempre tomo sirvientas que sepan hacer su oficio; mis hijas están educadas de otro modo. Pero todas deben ser juzgadas por lo que son, y las Lucas son excelentes muchachas, lo aseguro. ¡Es lástima que no sean guapas! A Carlota no la tengo por muy vulgar; pero además es particular amiga nuestra.

—Parece una joven muy agradable—dijo Bingley.

—¡Oh, sí, querido!; pero habrá usted de confesar que es poco sobresaliente. La propia lady Lucas me lo ha dicho, envidiándome la hermosura de Juana. No me gusta elogiar a mis propias hijas; pero es bien cierto que no se ven a menudo muchachas de mejor aspecto que Juana. Cuando sólo tenía quince años había un caballero en la capital, en casa de mi hermano Gardiner, tan enamorado de ella que mi cuñada estaba segura de que se le declararía antes de nuestro regreso. Con todo, no lo hizo. Acaso pensara que era demasiado joven. Pero le escribió unos versos, y muy bonitos.

—Y en eso acabó su afecto—dijo Isabel impa-

ciente—. Yo creo que más de uno ha triunfado por esa senda. Admiró a quien descubrió la eficacia de la poesía para estimular el amor.

—Yo he solido considerar la poesía como el alimento del amor—dijo Dancy.

—Puede que lo sea de un amor verdadero, fuerte y vigoroso. Cualquiera cosa fomenta lo que de por sí ya es fuerte. Pero si se trata de una leve, de una débil inclinación, estoy convencida de que un buen soneto la hará desaparecer de raíz.

Dancy se limitó a sonreírse; mas el silencio general que siguió hizo temer a Isabel que su madre volviese a ponerse en evidencia. Continuó, pues, hablando, pero no se le ocurría nada que decir; y así, tras una corta pausa, la señora de Bennet comenzó a repetir su agradecimiento a Bingley por su amabilidad con Juana, acompañándolo con unas excusas capaces de poner a él y a Isabel en turbación. Bingley le contestó con cortesía y sin afectación, obligando a su hermana menor a ser igualmente cortés y decir lo que la ocasión requería. Representó ésta su papel sin salirle de muy adentro; pero la señora Bennet quedó satisfecha, y poco después pidió su carruaje. A esa señal, la más joven de sus hijas se decidió a hablar. Habían estado las dos muchachas cuchicheando entre sí durante toda la visita, y el resultado fué que la menor recordase a Bingley que había prometido en su primera venida al campo dar un baile en Netherfield.

Lydia era una muchacha de quince años, robusta y crecida, de buena complexión y alegre aspecto.

Era la favorita de su madre, cuyo afecto la había sacado al mundo a tan temprana edad. Tenía viveza y algunas pretensiones, las cuales habían afirmado por completo las atenciones de los oficiales, a quienes las buenas comidas de sus tíos y sus propios fáciles modales la recomendaban. Era muy natural, pues, que se dirigiera a Bingley recordándole su promesa y añadiendo que sería la cosa más vergonzosa del mundo no cumplirla. La contestación a ese repentino ataque sonó deliciosamente a los oídos de la madre.

—Aseguro a usted que estoy por completo dispuesto a cumplir mi compromiso, y en cuanto su hermana de usted esté repuesta, usted misma, si gusta, señalará el día del baile. Pero usted no querrá bailar mientras su hermana esté mala.

Lydia se dió por satisfecha.

—¡Oh!, sí; será mucho mejor esperar a que Juana esté bien, y para entonces el amabilísimo capitán Carter se hallará de nuevo en Meryton. Y cuando usted haya dado su baile—añadió—trataré de que ellos den otro también. Y diré al coronel Forster que será una vergüenza si no lo hace.

La señora de Bennet y sus hijas se fueron entonces, e Isabel volvió al instante al lado de su hermana, dejando su conducta y la de su familia sujetas a las observaciones de las dos señoras y de Darcy, el último de los cuales, sin embargo, no se pudo decidir a unirse a las censuras relativas a Isabel, a pesar de cuantos chistes hizo la señorita Bingley referentes a sus bellos ojos.

CAPITULO X

El día transcurrió lo mismo que el anterior. La señora de Hurst y la señorita de Bingley pasaron algunas horas de la mañana con la enferma, que continuaba mejorando, aunque con lentitud, y por la tarde Isabel se reunió con ellas en el salón. Pero la ordinaria mesa de juego no se puso. Darcy estuvo escribiendo, y la Bingley soltera, sentada junto a él, observaba los progresos de su escritura, llamándole repetidas veces la atención con encargos para su hermana. El señor Hurst y Bingley jugaban al *piquet*, y la esposa del primero contemplaba la partida.

Isabel se entretuvo con cierta labor de aguja, divirtiéndose suficientemente con lo que pasaba entre Darcy y su compañera. Los perpetuos elogios de ésta, ya sobre la letra, ya sobre la igualdad de los renglones o sobre la extensión de la carta, con la absoluta falta de interés con que eran recibidas tales alabanzas, constituían un curioso diálogo y se armonizaban de modo exacto con la opinión que aquélla tenía de cada cual.

—¡Con qué placer recibiré su hermana de usted esa carta!

El no contestó.

—Escribe usted extraordinariamente aprisa.

—Se equivoca usted. Escribo bastante despacio.

—¡Cuántas cartas tendrá usted que escribir du-

rante el año! ¡Además, las cartas de negocios! ¡Qué insoportable debe ser!

—Entonces es una suerte que eso me ataña a mí y no a usted.

—Haga usted el favor de decirle a su hermana que deseo verla.

—Ya se lo he dicho una vez por deseo de usted.

—Temo que no le guste a usted su pluma. Déjemela usted cortar. Corto las plumas admirablemente.

—¡Gracias, pero yo siempre corto la mía!

—¿Cómo puede usted escribir tan igual?

El siguió callado.

—Diga usted a su hermana que me complace mucho oír lo que progresa en el arpa, y haga usted el favor de hacerle saber que estoy admirada de su precioso dibujito para una mesa y que lo tengo por infinitamente superior al de la señorita de Grantley.

—¿Me permite usted diferir sus entusiasmos para cuando escriba otra vez? Ahora no tengo espacio para hacerles justicia.

—¡Oh, no me importa! La veré en enero. Pero ¿siempre le escribe usted cartas tan deliciosamente largas, señor Darcy?

—Por lo general son largas; mas si son siempre deliciosas no es cosa que yo pueda determinar.

—Es para mí regla invariable que quien sabe escribir con facilidad una carta larga no puede escribir mal.

—Eso no es un cumplido para Darcy, Carolina —interrumpió su hermano—, porque no escribe con

facilidad. Se fija demasiado en las palabras de cuatro sílabas. ¿No es verdad, Darcy?

—Mi estilo para escribir es muy diverso del tuyo.

—¡Oh!—exclamó la señorita Bingley—. Carlos escribe con el cuidado menor que se puede imaginar. Deja a medias las palabras y emborrona todo.

—Mis ideas fluyen con tal rapidez que no me queda tiempo para expresarlas, por lo que a veces mis cartas no comunican ideas a mis lectores.

—La humildad de usted, señor Bingley—dijo Isabel—, tiene que desarmar a sus repressores.

—No hay nada más engañoso—dijo Darcy—que la apariencia de humildad. A menudo es sólo una carencia de opinión, y a veces una ostentación indirecta.

—¿De cuál de ambas cosas tildas mi débil rasgo de modestia?

—De ostentación indirecta; porque tú, en realidad, estás orgulloso de tus defectos al escribir, ya que los consideras como debidos a la rapidez del pensamiento y al descuido en la ejecución, lo cual, si no por estimable, lo tienes por muy interesante. La capacidad de hacer algo con presteza es siempre muy elogiada por su poseedor, y con frecuencia sin fijarse en la imperfección que la acompaña. Cuando dijiste esta mañana a la señora de Bennet que si alguna vez resolvías dejar Netherfield te irías en cinco minutos tuviste eso por una especie de panegírico, como un cumplido a ti mismo; y sin embargo, ¿qué hay de laudable en una precipitación que por

necesidad ha de dejar asuntos sin concluir y no puede reportar ni a ti ni a nadie ninguna utilidad real?

—¡Hombre!, es demasiado eso de recordar por la noche todas las locuras que se han hecho por la mañana. Y a fe mía que cuanto dije de mí creía que era verdad, y aun lo creo en este instante. Por lo menos, no iba a asumir el carácter de precipitado superficial para mostrarlo a las señoras.

—Me atrevo a asegurar que lo creías; pero no me convenzo de ningún modo de que te marchases tan aprisa. Tu conducta sería tan dependiente del azar como la de cualquier otro de los que conozco; y si cuando estuvieras montado a caballo te dijera un amigo: «Bingley, mejor harás en quedarte hasta la semana que viene», probablemente lo harías, probablemente no te marcharías, y a otra frase por el estilo seguirías aquí durante un mes.

—Con eso sólo ha probado usted—exclamó Isabel—que el señor Bingley no hizo justicia a su propio modo de ser. Usted lo ha retratado ahora mejor de lo que él mismo lo ha hecho.

—Me complace mucho—dijo Bingley—que convierta usted en un cumplido a mi carácter cuanto mi amigo dice. Pero temo que le dé usted un aspecto que aquel caballero no entenderá de ningún modo; porque es bien cierto que él pensaría mejor de mí si en la circunstancia expresada yo le diera una negativa rotunda y me marchara tan pronto como pudiera.

—¿Consideraría entonces el señor Darcy compen-

sada la presteza de su primitiva intención con su obstinación en seguirla?

—Doy mi palabra de que no sé explicarlo; Darcy tendrá que hablar por mí.

—Tú esperas que yo explique opiniones que tú das en llamar mías, pero que nunca he compartido. Con todo, admitiendo el caso para estar de acuerdo con lo que se alega, debe usted recordar, señorita de Bennet, que el amigo que suponíamos que deseaba que siguiese en su casa Bringley lo deseaba sin más ni más, se lo proponía sin ofrecerle argumento alguno en favor de esa decisión.

—El ceder pronto y fácilmente a la persuasión de un amigo ¿no es mérito para usted?

—El ceder sin convicción no habla en favor del entendimiento de ninguno de los dos.

—Paréceme, señor Darcy, que no concede usted nada a la influencia de la amistad y del afecto. La consideración hacia el suplicante hace a menudo acceder a una súplica sin esperar argumentos que la abonen. No me refiero en particular a este caso, tal como lo ha supuesto usted relacionándolo con el señor Bingley; acaso hayamos de esperar mucho hasta que se ofrezcan las circunstancias supuestas las cuales juzgamos la oportunidad de su conducta. Pero en general, y en los casos ordinarios entre amigos, cuando uno desea que el otro cambie de resolución, ¿pensaría usted mal de quien complaciera ese deseo sin esperar razones?

—¿No sería conveniente antes de proseguir con este tema ponernos de acuerdo con alguna mayor

precisión sobre el grado de importancia que habría de tener la súplica, así como sobre la intimidad subsistente entre las partes?

—Desde luego—exclamó Bingley—; oigamos las particularidades sin olvidar ni el respectivo tamaño de ambos amigos, señorita de Bennet, porque eso hará en el asunto más peso del que usted piensa. Aseguro a usted que si Darcy no fuera tan alto, comparado conmigo, no le habría tenido ni la mitad de consideración. Declaro que en ciertas ocasiones y en ciertos sitios no conozco nada tan terrible como Darcy, y en especial en esta casa y en un domingo por la tarde, cuando no tiene nada que hacer.

Darcy se sonrió; pero Isabel creyó percibir que más bien estaba ofendido, y por eso contuvo su risa. La señorita de Bingley se molestó mucho por el modo como había sido tratado y censuró a su hermano por decir tales tonterías.

—Conozco tu sistema, Bingley—dijo su amigo—. Cuando no te gusta un tema, te es preciso que se termine.

—Tal vez. Esas son discusiones que se parecen mucho a disputas. Si la señorita de Bennet y tú diferís los argumentos hasta que yo esté ausente del salón, lo estimaré mucho, y entonces podrás decir de mí lo que quieras.

—Lo que usted nos pide—dijo Isabel—no es sacrificio por mi parte, y así el señor Darcy terminará mejor su carta.

Darcy siguió su advertencia y acabó la carta que escribía.

Cuando terminó su ocupación solicitó de la señorita de Bingley y de Isabel algo de música. La primera se dirigió veloz al piano, y tras una cortés invitación a Isabel para que comenzara, a la cual ésta se negó con igual cortesía y más seriedad, se sentó.

La señora de Hurst cantó acompañada de su hermana, y mientras ambas se ocupaban en eso, Isabel no pudo prescindir de observar, al hojear unos libros de música que había al lado del piano, cuán frecuentemente se fijaban en ella los ojos de Darcy. Con dificultad podía ella suponer que fuera objeto de admiración para tan elevado personaje, y aun era más extraño que la mirara por el hecho de no gustarle. Sólo, pues, pudo imaginar al fin que despertaba su atención por ofrecerle en su persona algo más reprehensible, en orden a sus ideas, que otra cualquiera de las presentes. La suposición no la apenó. Gustaba de él demasiado poco para cuidarse de su aprobación.

Tras de ejecutar algunas canciones italianas, la señorita de Bingley varió de atracción con un movido aire escocés, y poco después de comenzado, Darcy, acercándose a Isabel, le dijo:

—¿No siente usted tentaciones, señorita de Bennet, de aprovechar semejante ocasión de bailar?

Ella sonrió, sin contestar. Entonces él repitió la pregunta, como sorprendido de su silencio.

—¡Oh!—respondió ella—. Ya le he oído a usted antes; pero no puedo determinar al instante qué debo decirle como contestación. Conozco que usted

quiere que diga que sí para gozar del placer de despreciar mi gusto; mas a mí me agrada siempre impedir tales bochornos y defraudar los desprecios premeditados de una persona. Por eso termino diciendo a usted que no necesito bailar de ningún modo; y ahora, desprécieme usted si se atreve.

—Cierto que no me atrevo.

Como Isabel había pensado encararse con él, quedó confusa con su galantería; pero había en el modo de ser de ella tal mezcla de delicadeza y malicia que se le hacía difícil afrentar a nadie, y por otro lado, Darcy jamás había quedado tan encantado de una mujer como lo estaba de ésta. Creía de veras que, a no ser por la inferioridad de la parentela de ella, corría él algún riesgo.

La de Bingley vió o sospechó lo bastante para ponerse celosa, y su gran ansiedad por el restablecimiento de su cara amiga Juana subió de pronto con el deseo de desembarazarse de Isabel.

Trataba de hacer que a Darcy le desagradase la huéspedada hablándole del supuesto matrimonio y forjando planes sobre la especie de felicidad de semejante unión.

—Espero—le dijo al día siguiente cuando paseaban juntos en el plantío de arbustos—que cuando ese apetecible acontecimiento se realice hará usted a su suegra unas cuantas advertencias relativas a refrenar la lengua, y si también lo puede lograr, evite usted que las hijas menores vayan tras los oficiales. Y, si me es lícito mentar tan delicado asunto, trate usted de reprimir ese algo, lindante

con la vanidad o con la impertinencia, que su dama de usted posee.

—¿Tiene usted más que proponerme para mi felicidad doméstica?

—¡Oh!, sí; deje usted que los retratos de sus tíos Philips se coloquen en la galería de Pemberley. Póngalos junto a su tío abuelo de usted el juez. Tienen la misma profesión, como usted sabe, sino que en diferente categoría. En cuanto a retrato de su Isabel, no debe usted permitir que se lo hagan, porque ¿qué pintor podrá hacer justicia a sus hermosos ojos?

—Cierto que no sería fácil acertar con su expresión; pero su color, su forma y sus pestañas, tan extraordinariamente finas, podrían copiarse.

En aquel momento se encontraron con la señora de Hurst y con la propia Isabel, que venían de otro paseo.

—Ignoraba que ustedes pretendieran pasear—dijo la señorita de Bingley algo confusa por si habían sido oídos.

—Nos tratan ustedes abominablemente mal—contestó la señora de Hurst—marchándose sin decirnos que salían.

Después, tornando al brazo de Darcy, abandonó el de Isabel. El sendero permitía caminar justamente a tres. Darcy conoció lo poco a propósito que era y dijo al punto:

—Este paseo no es bastante amplio para nuestra partida. Haremos mejor en irnos a la avenida.

Pero Isabel, que no tenía el menor deseo de permanecer con ellos, contestó riendo.

—No, no; sigan ustedes ahí. Resultan ustedes deliciosamente agrupados. Lo pintoresco del grupo se perdería con admitir un cuarto. Adiós.

Entonces se marchó contenta, regocijándose, mientras vagaba, con la esperanza de estar en su casa dentro de uno o dos días. Juana se hallaba tan repuesta que se proponía salir de su habitación durante un par de horas por la tarde.

CAPITULO XI

Cuando las señoras se levantaron de la mesa después de comer, Isabel subió a ver a su hermana, y habiéndola hallado bien protegida contra el frío, acompañóla al salón, donde sus amigas le dieron la bienvenida con grandes demostraciones de contento; Isabel nunca las había visto tan agradables como estuvieron entonces durante la hora que transcurrió hasta que entraron los caballeros. Su verbosidad fué grande: pudieron describir con esmero un banquete, relatar con humor una anécdota y reírse con ingenio de sus conocidos.

Pero cuando los caballeros entraron Juana no siguió siendo el objeto más interesante; los ojos de la señorita de Bingley se volvieron constantemente hacia Darcy, y ya tuvo que decirle algo antes de que él diera allí muchos pasos. El mencionado caballero se dirigió en derechura a Juana

felicitándola con cortesía; el señor Hurst también le hizo una ligera inclinación, diciendo que «se alegraba mucho»; pero la efusión y el calor quedaron reservados para la felicitación de Bingley. Estuvo lleno de júbilo y pródigo en atenciones. La primera media hora la pasó avivando el fuego para que Juana no sufriese por el cambio de habitación, y ella se puso, accediendo a deseos de él, junto a la chimenea, más alejada de la puerta. Se sentó después al lado de ella, y casi no habló ya con nadie más. Isabel, mientras trabajaba enfrente, veía todo eso con gran satisfacción.

Cuando concluyeron de tomar el te, el señor Hurst recordó a su cuñada la mesa de juego, pero en vano. Había conocido bien que a Darcy no le gustaban las cartas, y el señor Hurst vió pronto rechazada hasta su clara petición. Aseguróle aquélla que nadie pensaba en jugar, y el silencio general sobre ese punto pareció justificarla. El señor Hurst no tuvo que hacer, por consiguiente, sino tenderse en uno de los divanes y dormirse. Darcy abrió un libro, la señorita de Bingley hizo lo propio, y la señora de Hurst, ocupada a solas en jugar con sus pulseras y sortijas, tomaba parte de vez en cuando en la conversación de su hermano con Juana.

La atención de la señorita de Bingley se dedicaba más a observar los progresos de Darcy en su libro que en leer el suyo propio, y estaba perpetuamente o haciéndole alguna pregunta o mirando la página que él leía. Con todo, no pudo atraerlo

a ninguna clase de conversación; él se limitaba a contestar a sus preguntas y proseguía su lectura. Al fin, agobiada con la perspectiva de tener que entretenerse con su libro, que sólo había cogido por ser el segundo tomo del que leía él, dió un gran bostezo y dijo:

—¡Qué agradable es pasar así una velada! Declaro que no hay placer como la lectura. ¡Cuánto más pronto cansa cualquiera otra cosa que un libro! Cuando tenga casa propia me creeré desgraciada si no poseo una excelente biblioteca.

Nadie replicó. Bostezó entonces de nuevo, arrojó a un lado su libro y lanzó la vista alrededor en busca de entretenimiento, cuando, oyendo a su hermano mencionar a Juana su baile, se volvió de repente hacia él y dijo:

—¿De modo, Carlos, que piensas seriamente en dar un baile en Netherfield? Te aconsejaría que antes de decidirte consultases los deseos de los presentes; mucho me engaño si no hay entre nosotros alguien para quien un baile resultaría más bien castigo que diversión.

—Si lo dices por Darcy—exclamó su hermano—, puede él irse a la cerra, si así lo prefiere, antes de que principie la fiesta; pero en cuanto a dar el baile, es cosa en absoluto resuelta, y tan pronto como Nicolls haya hecho suficiente sopa blanca hará circular las invitaciones.

—Me gustaría muchísimo más los bailes—replicó ella—si fueran de otro modo; pero hay algo pesado hasta lo insufrible en el proceso ordinario

de semejantes reuniones. Sería mucho más racional que la conversación y no el baile fuera lo corriente.

—Más racional, querida Carlota, lo concedo; pero no sería tan íntimo como un baile.

Su hermana no contestó, levantándose poco después y paseando por el cuarto. Su figura era elegante y andaba bien; pero Darcy, a quien todo eso apuntaba, continuó todavía dedicado al libro. En la desesperación de sus sentimientos, resolvió ella un esfuerzo más, y volviéndose a Isabel le dijo:

—Señorita de Bennet, persuádase usted a seguir mi ejemplo y dé una vuelta por el salón. Es cosa saludable tras de permanecer tanto tiempo sentada en la misma actitud.

Isabel quedó sorprendida, pero accedió al punto. De ese modo la señorita de Bingley logró el objeto verdadero de su cortesía. Darcy levantó la vista. Se quedó tan extrañado por la novedad de aquella atención como la propia Isabel podía estarlo, e inconscientemente cerró el libro. Se le invitó de manera directa a unirse a ellas; pero lo rehusó, haciendo valer que no podía imaginar sino dos motivos únicos para que ambas quisiesen pasearse juntas arriba y abajo, con ninguno de los cuales era compatible que se les uniera. «¿Qué querrá decir?», pensó la de Bingley tratando de indagar la significación de aquello, y preguntó a Isabel si podía entenderlo.

—De ningún modo—fué su contestación—; pero

supongo que quiere mostrarse severo con nosotras, y el mejor medio de mortificarle será no preguntarle nada.

Pero la señorita de Bingley era incapaz de mortificar en nada a Darcy, y por eso insistió en pretender que explicara los dos motivos a que él aludiera.

—No he de oponerme a explicarlos—dijo él en cuanto se le invitó a hablar—: ustedes eligen ese modo de pasar el rato o porque tienen que hacerse alguna particular confidencia para tratar asuntos secretos o porque saben que sus figuras resultan mejor paseando; si es por lo primero, me interpondría en absoluto en su camino si me unía, y si es lo segundo, mejor las puedo admirar a ustedes sentado junto al fuego.

—¡Oh!, eso es horrible—exclamó la señorita de Bingley—; nunca he oído nada tan abominable. ¿Cómo le castigaríamos por lo que ha dicho?

—Nada más fácil, con sólo que lo pretenda usted—repuso Isabel—. Todos nos podemos atormentar y castigar. Mortifíquelo usted, búrlese usted de él. Usted, que es su íntima, debe saber lo que conviene que se le haga.

—Pues es bien cierto que no lo sé. Aseguro a usted que mi intimidad aun no me ha enseñado eso. ¡Mortificar a un temperamento tan tranquilo, a la misma presencia de ánimo! No, no; creo que no saldría gananciosa con eso; y en cuanto a burlarnos, no habremos de exponernos a hacerlo sin motivo. Del señor Darcy no se puede una reír.

—¡Que no se puede una reír del señor Darcy! —exclamó Isabel—. Es una ventaja singular, y espero que singular siga siendo, porque sería gran desdicha para mí tener muchos conocidos así. Me gusta mucho reírme.

—La señorita de Bingley—dijo él—me ha concedido más importancia de la que merezco. El más sabio y el mejor de los hombres, mejor dicho, la más sabia y mejor de las acciones puede tornarse ridícula a los ojos de una persona cuyo primer anhelo de la vida sea la risa.

—Cierto—replicó Isabel—que hay gentes así; pero supongo que no soy de ellas. Creo que jamás ridiculizo lo que es cuerdo y bueno. Locuras y necedades, antojos e inconveniencias son lo que me divierte, y de esas cosas me burlo siempre que puedo. Pero de las tales es precisamente—así lo supongo—de lo que usted carece.

—Acaso no sea eso posible a todos. Pero el estudio de mi vida ha sido huir de semejantes debilidades, que a menudo exponen al ridículo a un buen entendimiento.

—Como la vanidad y el orgullo.

—Sí; la vanidad es en efecto una debilidad. Pero en cuanto al orgullo, donde se dé verdadera alteza de entendimiento estará siempre bien regulado.

Isabel volvió de nuevo a ocultar una sonrisa.

—Supongo que habrá usted concluído de examinar al señor Darcy—dijo la de Bingley—, y suplico a usted que me diga qué deduce de su examen.

—Estoy plenamente convencida de que el señor

Darcy no tiene pero. El mismo lo reconoce a las claras.

—No—repuso Darcy—; no he tenido semejante pretensión. Poseo suficientes defectos, mas creo que no proceden del entendimiento. Del temperamento no me atrevo a responder; pero creo que eso importa poco, muy poco, al mundo. No puedo olvidar las locuras y los vicios ajenos tan pronto como debiera, ni sus ofensas a mí. Mis sentimientos no se apaciguan a cualquiera tentativa para cambiarlos. Mi temperamento acaso pudiera llamarse suspicaz. Cuando alguien ha perdido mi buena opinión, perdida la tiene para siempre.

—Cierto que eso es un defecto—exclamó Isabel—. El resentimiento implacable es una verdadera sombra en el carácter. Pero usted ha elegido bien su defecto. Realmente no me puedo burlar de él; está usted libre de mí.

—Creo que en todo natural hay cierta tendencia a una determinada maldad, a un defecto, que es nativo y que no siempre puede vencer la buena educación.

—Y su defecto de usted es la propensión a odiar a todos.

—Y el de usted—repuso él con una sonrisa—es el no entenderlos premeditadamente.

—Hagamos un poco de música—exclamó la señorita Bingley cansada de una conversación en que no tomaba parte—. Luisa, ¿no te importa que despierte a Hurst?

Su hermana no opuso la menor objeción y fué

abierto el piano, y a Darcy, tras breves momentos consagrados al recuerdo, no le pesó. Comenzaba a notar el peligro de dedicarse demasiado a Isabel.

CAPITULO XII

De acuerdo con su hermana, Isabel escribió la mañana siguiente a su madre suplicándole que les enviase el coche aquel día. Pero la señora de Bennet, que había calculado que la estancia de sus hijas en Netherfield duraría hasta el jueves siguiente, en que Juana llevaría allí una semana justa, no se avenía a recibirlas antes de esa fecha. Su respuesta no fué, pues, propicia, o por lo menos no fué a gusto de Isabel, quien estaba impaciente por volver a su casa. La señora de Bennet les decía que no era posible disponer del coche hasta el jueves, añadiendo en la posdata que si el señor Bingley y su hermana las instaban a quedarse más tiempo accedería muy a gusto. Mas Isabel estaba resuelta a no permanecer más allí, sin esperar siquiera que aquello se les propusiera; y temerosa, por el contrario, de que fuesen consideradas molestas, instó a Juana a pedir al punto el coche a Bingley, y al fin decidieron ambas manifestar aquella misma mañana su proyecto de dejar Netherfield y hacer dicha petición.

Esta petición provocó abundantes manifestaciones de sentimiento y que repetidas veces expusieran las Bingley su deseo de que se quedasen ellas

hasta el día siguiente por lo menos, y así, hasta el día siguiente se demoró la partida. Con todo, a la señorita de Bingley no le agradó la dilación, pues sus celos y desagrado por una de las hermanas excedían en mucho a su afecto a la otra.

El dueño de la casa sí que oyó con verdadera pena que Juana proyectara marcharse tan pronto, y con insistencia le hizo presente que no le convendría por no hallarse bastante repuesta; pero Juana era firme en todo cuanto juzgaba bien hecho.

Por lo que toca a Darcy, la noticia fué bien acogida, pues Isabel había estado ya lo suficiente en Netherfield. Le atraía más de lo que él deseaba, y la señorita de Bingley era con ella descortés y con él más molesta que de ordinario. Con buen acuerdo, resolvió tener especial cuidado en que no se le escapase ninguna frase de admiración, nada que pudiera despertar en ella esperanzas de que su persona pudiese influir en la felicidad de él, atento a que si semejante idea había acudido a ella, la conducta que mostrase él el último día debía pesar para confirmarla o ahuyentarla. Fiel a sus propósitos, apenas habló diez palabras en todo el sábado, y aunque se les dejó solos durante media hora, se dedicó a su libro y ni siquiera la miró.

El domingo, tras el servicio religioso de la mañana, se verificó la separación, tan grata a casi todos. La cortesía de la señorita de Bingley para con Isabel subió mucho al final, lo mismo que su afecto por Juana, y cuando partían, tras de asegurar a la última el placer que le causaría siempre el verla,

así en Longbourn como en Netherfield, y de abrazarla tiernamente, apenas dió la mano a la primera. Isabel se despidió de todos con la mayor viveza de ingenio.

No fueron muy cordialmente recibidas por la madre. La señora de Bennet manifestó asombro por su llegada y afirmó que hacían muy mal en ocasionarle semejante disgusto, dando por seguro que Juana volvería a resfriarse. Pero su padre, aunque muy lacónico en sus expresiones de contento, quedó en realidad muy satisfecho de verlas. Había notado lo que significaban en el círculo de la familia; la conversación de la velada, cuando todos estaban reunidos, había perdido mucho de su animación y casi todo el ingenio con la ausencia de Juana e Isabel.

Hallaron a María embebida, como de costumbre, en el estudio de la naturaleza física y humana; podía ofrecer a la admiración de los demás algunos nuevos extractos de sus lecturas y endilgar nuevas sentencias de rancia moral. Catalina y Lydia guardaban para ellas informaciones de muy diversa especie. En el regimiento se había hablado mucho y se habían hecho muchas cosas desde el viernes anterior; varios oficiales habían comido recientemente con su tío, había sido azotado un soldado, y en la actualidad se decía que el coronel Forster iba a casarse.

CAPITULO XIII

—Supongo, querida mía—dijo el señor Bennet a su mujer cuando almorzaban a la mañana siguiente—, que habrás encargado buena comida para hoy, porque tengo razones para esperar cierta adición al número de los de nuestra familia.

—¿Qué dices, querido mío? No sé que venga nadie, a no ser que a Carlota Lucas se le ocurra hacerlo, y creo que *mí*s comidas son suficientemente buenas para ella. No creo que las vea a menudo así en su casa.

—La persona a quien aludo es un forastero.

Los ojos de la señora de Bennet brillaron entonces.

—¿Caballero y forastero? Pues es seguro que se trata del señor Bingley. Juana, ¿por qué no me has dicho una palabra de esto? ¡Ah pícara! Tendré mucho gusto en verlo. Pero, ¡Dios mío, qué desgracia!: no se puede comprar hoy ni un trozo de pescado. Lydia, amor mío, toca la campanilla; tengo que hablar a Hill al instante.

—No se trata del señor Bingley—dijo el marido—; el forastero es una persona a quien no he visto en toda mi vida.

Eso despertó general asombro, y como consecuencia tuvo él el placer de ser interrogado con ansiedad por su mujer y sus cinco hijas a la vez.

Tras de divertirse algún tiempo excitando esa curiosidad, se explicó así:

—Hace como un mes recibí esta carta, y hace quince días poco más o menos la contesté; no antes, pues creí delicado el caso y que requería atención. Es de mi primo Collins, el que cuando yo muera podrá despacharos a todos de esta casa en cuanto le plazca.

—¡Oh querido!—exclamó su mujer—. No puedo sufrir el oírlo nombrar. Te suplico que no hables de un hombre tan odioso. Tengo por la cosa más fuerte del mundo el que tu dominio se haya de transmitir fuera del círculo de tus hijas, y estoy bien segura de que si me viera en tu lugar, hace tiempo que habría tentado algo para evitar eso.

Juana e Isabel trataron de explicarle en qué consistía su vínculo. Con frecuencia lo habían intentado antes; pero era ése un asunto sobre el cual la señora de Bennet evitaba mucho entrar en razón; y así, continuó lanzando frases sobre la crueldad que significaba el arrebatarse una propiedad a una familia con cinco hijas y en favor de un hombre que a nadie importaba.

—Es en verdad muy inicuo—dijo el señor Bennet—, y nada puede justificar a Collins del delito de heredar Longbourn. Pero si quieres escuchar esta carta acaso te ablande algo con su manera de expresarse.

—No, estoy segura de no ablandarme; y después de todo, creo que es una impertinencia el que te escriba, y además mucha hipocresía. Odio a esos falsos amigos. ¿Por qué no continúa pleiteando contigo, como su padre lo hizo en su tiempo?

—Pues porque parece que ha sentido en eso algún escrúpulo, como vas a oír:

«Hunsford, cerca de Westerham, Kent, 15 de octubre.»

«Querido primo: El desagrado subsistente entre ti y mi honorable padre siempre me molestó, y desde que tuve la desgracia de perder a éste he deseado muchas veces que acabase, aunque durante algún tiempo he retardado el procurarlo, temiendo que resultase irrespetuoso a la memoria del mismo el avenirme con uno con quien siempre le plugo estar en discordia. Pero me he decidido ya a eso, pues habiendo recibido órdenes en Pascua, he tenido la suerte de haber sido favorecido con el patronato de la muy honorable lady Catalina de Bourgh, viuda de sir Lucas de Bourgh, cuya bondad y beneficencia me ha preferido para la rectoría en su parroquia, donde habrá de ser mi más firme propósito continuar agradecido y respetuoso hacia Su Señoría y estar siempre dispuesto a celebrar los ritos y ceremonias instituidos por la Iglesia de Inglaterra. Por otra parte, creo que es obligación mía como eclesiástico promover y restablecer las bendiciones de la paz en todas las familias a que se extienda mi influencia; y con ese fundamento, me lisonjeo de que mis actuales preludios de buena voluntad serán altamente recomendables y de que la circunstancia de ser heredero del vínculo de Longbourn será considerada benignamente por ti y no te llevará a

rechazar la ofrenda de la rama de olivo. No puedo menos de sentir el perjuicio de tus amables hijas, y permite que me disculpe por ello y te asegure mi deseo de repararlo en cuanto sea posible en adelante. Si no te opones a recibirme en tu casa, me propongo tener la satisfacción de visitarte, así como a tu familia, el lunes 18 de noviembre, a las cuatro, y acaso prolongue el usar de vuestra hospitalidad hasta el sábado siguiente por la tarde, lo cual puedo hacer sin inconveniente, puesto que lady Catalina de Bourgh está muy lejos de ponerme reparos, ni aun por una ausencia fortuita en domingo, con tal que algún otro eclesiástico quede apalabrado para cumplir las obligaciones de ese día. Quedo, estimado primo, con respetuosos saludos a tu esposa e hijas, tu amigo, que te desea dichas.

«GUILLERMO COLLINS.»

—Por consiguiente—dijo el señor Bennet en cuanto plegó la carta—, a las cuatro debemos esperar a este caballero pacificador. Parece un joven muy instruido y fino, a fe mía, y no dudo de que haremos con él un conocimiento valioso, en especial si lady Catalina fuese tan indulgente que le permitiese volver a vernos.

—Pero hay algo significativo en lo que dice referente a las muchachas, y si está dispuesto a darles alguna reparación, no seré yo quien le desanime.

—Aunque es difícil—apuntó Juana—adivinar de

qué modo puede entender eso de darnos lo que piensa que nos es debido, su buen deseo le abona ciertamente.

Isabel estaba extrañada sobre todo de su extraordinaria deferencia hacia lady Catalina y de su benigna intención de bautizar, casar y enterrar a sus feligreses cuando fuere preciso.

—Me parece—dijo—que debe de ser muy singular. No me lo puedo quitar de la cabeza. Hay algo de pomposo en su estilo. Y ¿qué puede significar eso de excusarse por ser heredero del vínculo? No hemos de suponer que lo evitaría si pudiera. ¿Será, papá, tan delicado?

—No, querida, no lo creo. Tengo grandes esperanzas de que me resulte por completo lo contrario. Hay en su carta tal mezcla de servilismo y presunción que lo hace presentir. Estoy impaciente por verle.

—En cuanto a la redacción—dijo María—, su carta no parece mala. La idea del ramo de olivo no es completamente nueva, pero me parece que está bien expresada.

Por lo que hace a Catalina y Lydia, ni la carta ni su autor las interesaban lo más mínimo. No era probable que su primo viniera con traje rojo, y hacía algunas semanas que no gustaban de la sociedad de hombres con otro color. En lo tocante a la madre, la carta del señor Collins le había quitado mucho de su malquerencia y hallábase dispuesta a verle con un grado de moderación que asombrase a su marido y a sus hijas.

El señor Collins llegó puntual a su hora y fué recibido con gran cortesía por toda la familia. Verdad es que el señor Bennet habló poco; pero las señoras estuvieron bastante propicias a conversar, y el señor Collins no parecía ni necesitado de que se le animase ni inclinado de por sí al silencio. Era un joven alto, de mirada tristonca, y de treinta y cinco años. Su porte era grave y parado, y sus modales, muy ceremoniosos. No llevaba mucho tiempo sentado cuando felicitó a la señora de Bennet por tener tan bellas hijas; manifestó que había oído mucho de su belleza; pero que en ese punto la fama habíase quedado corta al lado de la realidad, añadiendo que no dudaba en haberlas de ver bien casadas a todas a su debido tiempo. La galantería no fué muy del gusto de alguna de las oyentes; pero la señora de Bennet, que no se andaba en cumplidos, contestó al punto:

—Eres muy amable, y de todo corazón deseo que sea como dices, porque de otro modo quedarían bastante desamparadas. De modo tan singular están dispuestas las cosas.

—¿Aludes acaso al vínculo de esta propiedad?

—¡Ah!, ciertamente debes conocer que es asunto muy penoso para mis hijas. No es que te reconven- ga, pues sé que semejantes cosas son debidas a la suerte; no se sabe cómo han de ir las posesiones cuando se vinculan.

—Mucho siento la desgracia de mis lindas primas, y no poco podría hablar sobre esa cuestión; mas no quiero parecer precipitado. Pero puedo

asegurarles que vengo dispuesto a admirarlas. Por ahora no digo más; cuando nos conozcamos mejor...

Fué interrumpido por la invitación para ir a comer, y las muchachas se sonrieron entre sí. No fueron ellas el único objeto de ponderación del señor Collins; el vestíbulo, el comedor y todo su ajuar fueron por él examinados y elogiados, y esos elogios por todo hubiesen llegado al corazón de la señora de Bennet a no ser por la suposición mortificante de que él veía en todo ello su futura propiedad. La comida a su vez fué grandemente ensalzada, suplicando él que se le dijese a cuál de sus hermosas primas correspondía el mérito de su preparación. Pero aquí fué llamado al orden por la señora de Bennet, quien aseguró que ellos podían perfectamente tener un buen cocinero y que sus hijas nada tenían que hacer en la cocina. El se disculpó por haberla disgustado, y aunque ella, en tierno tono, se manifestó como no ofendida, Collins continuó excusándose próximamente durante un cuarto de hora.

CAPITULO XIV

Durante la comida el señor Bennet apenas habló; pero cuando se retiraron los criados juzgó que era ocasión de conversar algo con su huésped, y por eso sacó a colación un tema en que pensaba quedar bien ante éste diciéndole que era muy afortunado con su patrona. La atención que lady Catalina de Bourgh prestaba a sus deseos y la importancia por él conce-

dida a su propio *comfort* fueron cosas que tocó el señor Bennet, y nada pudo haber elegido mejor. El tema condujo a Collins a emplear mayor solemnidad de modales que de ordinario, y con la mayor seriedad afirmó que en toda su vida no había visto conducta igual en una persona de su rango, ni tal afabilidad y condescendencia como él había observado en lady Catalina. Habíase dignado aprobar los dos sermones que ya había tenido el honor de predicar ante ella; le había invitado también a comer dos veces en Rosings, y el mismo sábado anterior había enviado por él para completar su partida de cuatrillo durante la velada. Lady Catalina era tenida por orgullosa por muchos a quienes él conocía; pero él mismo jamás había visto en ella sino afabilidad. Le había hablado siempre como pudiera hacerlo a cualquier otro caballero; no hacía la menor objeción a que él se reuniese con las gentes de su vecindad, ni porque abandonase en ocasiones su parroquia durante una o dos semanas para visitar a sus parientes. Se había dignado recomendarle siempre que se casase lo más pronto posible, con tal que eligiese con discreción, y le había visitado en su humilde abadía, donde aprobara en absoluto cuantas alteraciones hiciera, llegando hasta a sugerirle alguna, entre ellas una relativa a las habitaciones superiores.

—Cierto que todo eso está muy bien y revela cortesía—dijo la señora de Bennet—; tengo desde luego por muy agradable a esa señora. ¡Lástima que las grandes señoras en general no se le parezcan! ¡Vive cerca de ti?

—El jardín donde se alza mi humilde residencia está separado sólo por un camino del parque de Rosings, morada de Su Excelencia.

—Creo que has dicho que era viuda. ¿Tiene familia?

—Sólo una hija, la heredera de Rosings y de otras muy extensas propiedades.

—¡Ah!—exclamó la señora de Bennet sacudiendo la cabeza—. En ese caso, está mejor que ciertas muchachas. Y ¿qué especie de señorita es? ¿Es guapa?

—Es en verdad una muy encantadora señorita. La propia lady Catalina dice que, en cuanto a hermosa, la señorita de Bourgh es muy superior a las más bellas de su sexo, porque hay algo en sus facciones que delata a la joven de distinguida casa. Por desgracia, es de constitución enfermiza, lo cual le ha impedido progresar en ciertos detalles de educación, que de otra suerte no le faltarían, según me ha informado la señora que dirigió su enseñanza y que aun reside con ellas. Pero es muy amable, y a menudo se digna pasar por mi humilde residencia con su faetoncito y sus jacas.

—¿Ha sido presentada en sociedad? No recuerdo su nombre entre las damas de la corte.

—Su desigual estado de salud le ha impedido, por desgracia, residir en la capital, y por eso, como dije un día a lady Catalina, ha privado a la corte británica de su mejor ornato. Su Excelencia pareció complacerse con esta idea mía, y podréis comprender que me considero dichoso en dirigirle en todas las ocasiones pequeños cumplidos por el estilo, que

siempre son gratos a las damas. Más de una vez he dicho a lady Catalina que su encantadora hija parecía nacida para duquesa, y que el más elevado rango, en vez de remontarla, quedaría honrado por ella. Tal es el género de cosillas que agrada a Su Excelencia, y ésa es la clase de atenciones que me considero especialmente obligado a tener.

—Estás en lo cierto—dijo el señor Bennet—, y es fortuna para ti poseer el talento de lisonjear con delicadeza. ¿Puedo preguntarte si semejantes gratas atenciones proceden por impulso del momento o son resultado de previo estudio?

—Brotan por lo general del momento, y aunque a veces me entretengo en idear y preparar esos cumplidos elegantes para poderlos adaptar a las ocasiones que se brindan, siempre anhelo darles tal aire que semejen en lo posible como no estudiados.

Las suposiciones del señor Bennet se habían realizado. Su primo era tan absurdo como él había creído, y por eso le escuchaba con el más perverso gozo, conservando al propio tiempo la más absoluta compostura, y salvo alguna mirada a Isabel de vez en cuando, sin tratar de buscar copartícipes en su placer.

Mas a la hora del te la dosis resultaba ya suficiente, y como el señor Bennet tuvo la satisfacción de ver de nuevo en el salón a su huésped, cuando aquél concluyó, invitó a éste a leer en alta voz a las señoras. Collins accedió al punto y se trajo un libro; mas en cuanto lo vió—conociábase en seguida que era de

una biblioteca circulante—se detuvo, y excusándose, declaró que jamás leía novelas. Catalina le miró con extrañeza y a Lydia se le escapó una exclamación. Presentáronsele otros volúmenes, y tras algunas dudas, eligió los sermones de Fordyce. Lydia comenzó a bostezar en cuanto él abrió el libro, y antes de que con monótona solemnidad hubiera leído tres páginas, la misma le interrumpió de este modo:

—¿Sabes, mamá, que nuestro tío Philips habla de abandonar Richard?; y si es así, el coronel Forster lo alquilará. Mi propia tía me lo comunicó así el sábado. Mañana iré a Meryton a saber más sobre eso y a preguntar cuándo regresa de la capital el señor Denny.

Las dos hermanas mayores suplicaron a Lydia que refrenase la lengua; pero Collins, muy ofendido, dejó a un lado el libro y exclamó:

—Con frecuencia he observado a cuán pocas señoritas interesan los libros de carácter serio, aunque estén escritos sólo para su bien. Confieso que me confunde, pues en verdad que nada puede haber tan ventajoso para ellas como la instrucción. Pero no quiero importunar más tiempo a mi primita.

Volviéndose entonces hacia el señor Bennet, se le ofreció como rival en el juego de *chaquete*. El señor Bennet aceptó el reto, notando que obraba con gran cordura en dejar a las muchachas con sus peculiares entretenimientos de bagatelas. La señora de Bennet y sus hijas excusaron con mucha cortesía la interrupción de Lydia, prometiendo que eso no vuelve-

ría a ocurrir si de nuevo tomaba el libro el señor Collins; mas éste, tras de asegurarles que no se resentía con su primita y que nunca tomaría por ofensa su conducta, se sentó en otra mesa con el señor Bennet y se dispuso a jugar al *chaquete*.

CAPITULO XV

No era Collins hombre delicado, y las deficiencias de la naturaleza habían sido poco suplidas por la educación y la vida social; había pasado la mayor parte de su vida bajo la dirección de un padre avaro y sin cultura, y aunque él perteneció a una de las Universidades, sólo había adquirido en ella los conocimientos indispensables, sin pasar más allá. La sujeción en que su padre le había educado sirvió para proporcionarle en un principio gran modestia en su porte; mas eso se hallaba al presente bastante contrapesado con la presunción propia de una cabeza ligera de vida retirada y los sentimientos consiguientes a una pronta e inesperada prosperidad. Un afortunado azar le había recomendado a lady Catalina de Bourgh al quedar vacante el beneficio de Hunsford, y el respeto que sentía por el rango de aquélla y su veneración a la misma como su patrona, mezclados con muy buena opinión de sí mismo, de su autoridad como clérigo y de sus derechos como rector, habíanle tornado verdadero compuesto de orgullo y amabilidad, petulancia y modestia.

Poseyendo ahora buena casa y más que suficientes ingresos, pretendía casarse, y al buscar la recon-

ciliación con la familia de Longbourn tendía la vista hacia una esposa, por pensar elegir como tal a una de las hijas si las encontraba tan bellas y agradables como le habían sido presentadas por la voz pública. Tal era su plan de reparación y compensación por haber de heredar el patrimonio de su padre, plan que juzgaba excelente, tan elegible como aceptable, a la par que en extremo generoso y desinteresado por su parte.

No varió de plan al ver a las muchachas. El amoroso rostro de Juana le afirmó en sus propósitos, ayudándole a seguir fiel a sus rigurosas ideas sobre lo que se debe a la antigüedad; y así, durante la primera velada ella constituyó su decidida elección. Mas a la mañana siguiente cambió de rumbo, pues en un cuarto de hora de *tête-à-tête* con la señora de Bennet antes de almorzar, en conversación que principió él tratando de su casa, y que condujo de modo natural a la declaración de sus proyectos de buscar en Longbourn señora para la misma, oyó de labios de la mencionada, entre muy complacientes sonrisas y otras demostraciones propias para animarle, cierta advertencia relativa a Juana, en quien se había fijado. «En cuanto a sus hermanas menores, nada podía decir de ellas, no le era dable contestar positivamente; pero no sabía de nadie que se hubiese adelantado. Ahora, por lo que tocaba a su hija mayor, probablemente iba a quedar en breve comprometida, y creía ella conveniente avisárselo.»

Collins no tenía que hacer sino pasar de Juana a Isabel, y eso quedó pronto resuelto mientras la se-

ñora de Bennet atizaba el fuego. Isabel, que así seguía a Juana por nacimiento como por hermosa, la reemplazó por consiguiente.

La señora de Bennet se percató bien de eso, confiando en que no tardaría en tener dos hijas casadas; y así, el hombre de quien no podía sufrir que se hablase el día anterior quedó hoy elevadísimo en su estimación.

El proyecto de Lydia de ir a Meryton no se había desechado; todas las hermanas, a excepción de María, accedieron a ir con ella, y Collins iba a acompañarlas, a ruegos del señor Bennet, quien estaba muy deseoso de desembarazarse de aquél y tener su biblioteca para sí, porque hasta entonces Collins le había seguido desde terminado el almuerzo, y allí habría continuado, ocupado en apariencia con uno de los mayores infolios de la colección, pero en realidad conversando con el señor Bennet, con muy escasas interrupciones, sobre su casa y su jardín de Hunsford. Todo eso descomponía al señor Bennet de modo extraordinario. En su biblioteca había estado siempre cómodo y tranquilo, y aunque preparado de antemano, según había dicho a Isabel, a encontrar locura y vanidad en los otros departamentos de la casa, habíase acostumbrado a verse libre de semejantes cosas allí. Por eso su cortesía se empleó pronto en invitar a Collins a unirse con sus hijas en su paseo, y aquél, que era en efecto más dado a pasear que a leer, se tuvo por feliz en extremo con cerrar su libro y marcharse.

En pomposas expresiones por su parte y corteses

asentimientos por la de sus primas transcurrió el tiempo hasta que entraron en Meryton. La atención de las más jóvenes no se dedicó desde entonces a él. Sus ojos anduvieron recorriendo las calles en busca de los oficiales, y nada, con excepción de algún sombrero de veras elegante o cierta muselina de completa novedad, logró atraerlas.

Pero la atención de todas las señoritas se fijó pronto en un joven a quien antes no habían visto, de muy gentil aspecto y que paseaba con un oficial al otro lado de la calle. El oficial era el propio señor Denny, cuyo regreso de Londres venía Lydia a averiguar, y que se inclinó saludándolas cuando pasaron. Todas quedaron sorprendidas del porte del forastero, todas pensaban con curiosidad en quién podría ser; y Catalina y Lydia, determinadas a averiguarlo si fuera posible, cruzaron la calle bajo pretexto de necesitar algo de la tienda de enfrente, y ganaron la acera cuando ambos caballeros, al volver, llegaban al mismo sitio. Denny se dirigió en derechura a ellas y suplicóles permiso para presentarlas a su amigo señor Wickham, llegado con él de la capital el día anterior, y del cual tenía el honor de decir que había aceptado un destino en su cuerpo. Eso era justamente lo único que faltaba, pues el joven sólo necesitaba pertenecer al regimiento para resultar por completo encantador. Su aspecto le era favorable en gran manera: poseía belleza, finos modales, buena figura y ameno trato. La presentación fué seguida por parte de él con una conversación en que manifestó la más completa soltura, pero acom-

pañada de la más absoluta corrección y sin las menores pretensiones; y toda la partida seguía de pie, comunicándose entre sí gratamente, cuando se hizo notar el ruido de unos caballos, y Darcy y Bingley aparecieron sobre ellos a través de la calle. Al distinguir a las señoras del grupo los dos caballeros se dirigieron hacia ellas y comenzaron los saludos de rigor. Bingley fué quien más habló, y Juana su principal interlocutora. Díjole aquél que se encaminaban a Longbourn con el propósito de adquirir noticias suyas; Darcy lo corroboró con una inclinación; y comenzaba a determinarse a no fijar los ojos en Isabel, cuando quedó de repente detenido por la visita del forastero, y como dió la casualidad de tener Isabel ocasión de ver el aspecto de los dos al mirarse entre sí, fué testigo del asombro que les causara el encuentro. Los dos cambiaron el color, tornándose uno pálido y otro rojo. Wickham, tras un breve momento, se llevó la mano al sombrero, saludo que Darcy se dignó devolver. ¿Qué podía significar eso? Era imposible imaginarlo; éralo también ignorarlo demasiado tiempo.

Un momento después Bingley, que no pareció enterado de lo ocurrido, se despidió y siguió adelante con su amigo.

Denny y Wickham continuaron paseando con las muchachas hasta la puerta del señor Philips, y allí se despidieron, a pesar de los apremiantes ruegos de Lydia referentes a que entrasen, y a pesar también de que la señora de Philips abriera la ventana y secundase en voz alta la invitación.

La señora de Philips se alegraba siempre de ver a sus sobrinas. Las dos mayores, por su reciente ausencia, fueron en especial muy bien recibidas; y estábanles expresando su sorpresa por su rápido retorno a su casa—del cual, por no haber sido su coche propio quien las condujera, nada habría sabido sin darse la casualidad de topar en la calle con un aprendiz del señor Jones, quien le había dicho que no tenían que enviar más medicinas a Netherfield porque las señoritas de Bennet habían regresado—cuando su cortesía fué reclamada para Collins por la presentación que del mismo le hizo Juana. Recibiólo con la más exquisita educación, a la cual él correspondió con otra tanta, disculpando su introducción sin relación previa, lo cual, sin embargo, no impedía que él se enorgulleciese de que resultase justificada por su parentesco con las muchachas que le presentaban. La señora de Philips quedó por completo abrumada con tal exceso de buena educación; pero sus atenciones a semejante forastero acabaron pronto por causa de las exclamaciones y preguntas relativas al otro, del cual, no obstante, ella sólo podía decir a sus sobrinas lo que ya sabían: que Deny lo había traído de Londres y que iba a desempeñar el cargo de teniente en la milicia del condado. Añadióles que se hallaba observando al otro durante la última hora, mientras paseaban arriba y abajo por la calle, cuando vió aparecer a Wickham. Catalina y Lydia habrían continuado en verdad semejante ocupación; pero, por desgracia, en la ocasión presente nadie pasaba bajo las ventanas,

excepto unos pocos oficiales, que al lado del forastero resultaban «camaradas estúpidos y desagradables». Algunos de ellos iban a comer con los Philips al día siguiente, y la tía les prometió hacer que su marido invitase a Wickham y le introdujera también si la familia de Longbourn hubiera de venir por la tarde. Convínose así, y la señora de Philips aseguró que tendrían un ruidoso juego de lotería y tras él su poco de cena caliente. La perspectiva de tamañas delicias era muy grata, y por eso las muchachas se ausentaron con la mayor alegría. Collins repitió sus excusas al salir de la casa, aunque se le aseguró que eran en absoluto innecesarias.

Al volver a casa, Isabel refirió a Juana lo ocurrido entre los dos caballeros; mas aunque Juana sostenía que uno de ellos, o los dos, debían estar equivocados, no pudo explicarse el hecho mejor que su hermana.

Collins, a su regreso, proporcionó mucho agrado a la señora de Bennet ponderando los modales y la educación de la señora de Philips. Aseguró que, excepto lady Catalina y su hija, nunca había visto mujer más elegante; porque no sólo le había recibido con la más extremada cortesía, sino que de hecho le había incluido en la invitación para la próxima velada, aun siéndole totalmente desconocido antes. Suponía que algo de ello podría atribuirse a su parenteseo con ellas; pero aun así, jamás había recibido tanta atención en todo el curso de su vida.

CAPITULO XVI

Como no se hizo ninguna objeción al compromiso de las muchachas con su tía y todos los escrúpulos de Collins por el hecho de dejar solos a los señores de Bennet durante su visita a los mismos por causa de una sencilla reunión quedaron firmemente refutados, el coche le condujo temprano a Meryton, en unión de sus cinco primas, y éstas, al entrar en el salón, tuvieron el gusto de oír que Wickham había aceptado la invitación de su tío y se hallaba entonces en la casa.

Una vez comunicado esto y sentados todos, Collins quedó a sus anchas para mirar a su alrededor y dedicarse a admirarlo todo, y quedó tan sorprendido de las dimensiones y del ajuar de la pieza, que declaró haberse figurado que se encontraba en el pequeño comedor de verano de Rosings, comparación que al punto no produjo gran entusiasmo; mas en cuanto la señora de Philips supo por aquél lo que era Rosings y quién era su propietaria; cuando hubo escuchado la descripción de uno solo de los salones de lady Catalina y tuvo noticia de que tan sólo la chimenea había costado ochocientas libras, conoció todo el valor de aquel cumplido y con dificultad habría lamentado que se comparase su salón con la habitación del mayordomo.

En describirle todas las grandezas de lady Catalina y de su mansión, con digresiones de vez en

cuando en alabanza de su humilde abadía y de las mejoras que ésta iba recibiendo, se ocupó gratamente hasta que los otros caballeros se le unieron, habiendo hallado en la señora Philips una oyente muy atenta, en quien cuanto escuchaba elevaba la opinión que formara de aquél, y que estaba resuelta a repetirlo todo ante sus vecinas tan pronto como le fuera posible. A las muchachas, que no podían escuchar a su primo y no tenían otra cosa que hacer sino ansiar tener a mano un instrumento de música y examinar las insignificantes imitaciones de china de la repisa de la chimenea, el intervalo de espera pareció muy largo. Pero por fin pasó. Los caballeros se aproximaron, y al entrar Wickham en la estancia notó Isabel que ni antes le había visto ni después pensado en él con excesiva admiración. Los oficiales de la milicia del condado gozaban en general mucho crédito, tenían caballerosa apostura, y lo mejor de todos ellos se encontraba en aquella reunión; pero Wickham se alzaba tanto sobre todos los otros en cuanto a su persona, aspecto, aire y modo de andar, como ellos eran superiores al grueso tío Philips, que olía a vino de Oporto y que los había seguido al salón.

Wickham era el hombre dichoso a quien todos los ojos femeniles se volvían, e Isabel fué la feliz mujer junto a la cual él acabó por sentarse; y el grato modo como al punto entró él en conversación, aunque fuera sólo para hablar de que la noche era húmeda y de las probabilidades de una temporada lluviosa, hizo conocer a ella que los tópicos más

comunes, más necios, más usados, pueden resultar interesantes por la habilidad de quien los emplea.

Con rivales para ganar la atención de las bellas como eran Wickham y los otros oficiales, Collins pareció hundido en la insignificancia; para las jóvenes no era nadie; pero encontró aún a intervalos una amable interlocutora en la señora de Philips, y estaba, debido a los cuidados de ésta, muy bien provisto de café y de pastas.

Cuando se puso la mesa de juego vió oportunidad para corresponder a dicha señora sentándose a jugar al *whist* con ella.

—Conozco poco este juego por ahora—díjole—; pero me gustaría progresar en él, habida cuenta de mi situación en la vida.

La señora de Philips quedó muy agradecida de su complacencia, aunque sin poder entender esas razones.

Wickham no jugaba al *whist*, y con verdadero deleite fué recibido en otra mesa entre Isabel y Lydia. Al principio pareció que la segunda iba a acapararle en absoluto, pues era muy resuelta habladora; pero como a la vez era en extremo aficionada a la lotería, pronto se interesó demasiado en el juego y se dedicó sobradamente a hacer apuestas y dirigir exclamaciones, para poder prestar atención a otra cosa cualquiera. Gracias a la conversación general propia del juego Wickham ^{tuvo} vagar para departir con Isabel, y ella estaba deseosísima de escucharle, aunque lo que sobre todo ansiaba oír, o sea la historia de su conocimiento

con Darcy, no tenía esperanza de que se mencionase. Ni siquiera se atrevió a nombrar a dicho caballero. Mas su curiosidad quedó satisfecha de modo inesperado: el propio Wickham comenzó el tema. Preguntó cuánto había de Meryton a Netherfield, y tras de recibir la contestación volvió a preguntar con inquietud cuánto hacía que estaba allí el señor Darcy.

—Un mes poco más o menos—contestó Isabel; y entonces, no queriendo abandonar el tema, añadió: —Creo que es persona de grandes propiedades en el condado de Derby.

—Sí—contestó Wickham—; su hacienda es importante: diez mil libras anuales. No podría usted encontrar a nadie más apto que yo mismo para dar a usted informes verídicos sobre él, porque he estado relacionado con su familia de modo especial desde mi infancia.

Isabel no pudo menos de mirarle con sorpresa.

—Admirará a usted, señorita de Bennet, esta aserción mía después de haber visto, cual lo habrá hecho usted probablemente, la frialdad de nuestro encuentro ayer. ¿Tiene usted mucha relación con el señor Darcy?

—Toda la que deseo tener—repuso Isabel con viveza—. He pasado cuatro días en la misma casa que él y le tengo por muy desagradable.

—Yo no tengo derecho a dar mi opinión—continuó Wickham—en cuanto a si es o no agradable. No me es lícito formarla siquiera. Le he conocido durante demasiado tiempo y sobrado bien para ser

juez conveniente. Para mí es imposible ser imparcial. Pero creo que su opinión de usted sobre él sorprenderá en general, y tal vez no la expresaría usted con tanta claridad en ningún otro sitio. Aquí está usted entre su propia familia.

—A fe mía que no digo aquí sino lo que diría en cualquiera otra casa de la vecindad, menos Netherfield. Todo el mundo está disgustado por su orgullo. No encontrará usted nadie que hable más favorablemente de él.

—No puedo pretender dolerme—dijo Wickham tras una corta pausa—de que ni él ni nadie no sean estimados en más de sus méritos; pero con él no ocurre eso de ordinario. La gente se ciega con su fortuna y con su importancia, o queda sobrecogida por sus distinguidos e imponentes modales, y así, lo ve sólo como él quiere ser visto.

—Yo, a pesar de lo ligero de su relación con él, lo tendría por persona de malas cualidades.

Wickham se limitó a sacudir la cabeza.

—Me maravilla—dijo a la próxima ocasión de tomar la palabra—que parezca que ha de estar mucho en este condado.

—Lo ignoro en absoluto; pero nada oí acerca de su marcha cuando estuve en Netherfield. Supongo que a los planes de usted relativos a la milicia del condado no los afectará el que él se encuentre en la vecindad.

—¡Oh!, no; no he de irme porque el señor Darcy esté aquí. Si desea evitar el verme, él será quien haya de partir. No estamos en buena amistad, y me

molesta el encontrarle; mas no tengo otra razón para huirle sino una que puedo proclamar ante todo el mundo: el creer haber sido muy mal tratado, y los penosos recuerdos de que sea él lo que es. Su padre, señorita de Bennet, el último señor Darcy, fué el mejor hombre que ha existido y el más verdadero amigo que yo tuve jamás; y así, nunca puedo hablar con Darcy sin que mi alma se oprima con mil tiernos recuerdos. Su conducta conmigo ha sido escandalosa; pero confieso sinceramente que cualquiera cosa suya olvidaría mejor que el modo como ha frustrado las esperanzas y deshonrado la memoria de su padre.

Isabel observaba que el interés del asunto crecía, y escuchaba con sus cinco sentidos; mas la índole delicada de aquél le vedó preguntar más.

Wickham comenzó a hablar de lugares comunes: Meryton, la vecindad, la sociedad, mostrándose muy complacido de cuanto había visto, y hablando, sobre todo de lo último, con fina y patente galantería.

—La perspectiva de constante sociedad, y de sociedad buena—añadió—, ha sido mi principal atractivo para entrar en la milicia del condado. Sabía que era un Cuerpo muy respetado, muy agradable, y mi amigo Denny me tentó además describiéndome su actual residencia y contándome las grandes atenciones y relaciones excelentes que Meryton le ha procurado. La sociedad, lo confieso, me es necesaria. He sido un hombre engañado, y mi espíritu no sufre la soledad. Necesito ocupa-

ción y trato. La vida militar no es lo que yo creía; pero las circunstancias me la han hecho hoy ventajosa. Mi profesión debió haber sido la Iglesia; para ella estaba educado, y me hallaría en la actualidad en posesión de muy pingüe beneficio si así hubiera placido al caballero de quien ahora mismo estábamos tratando.

—¡De veras!

—Sí; el último señor Darcy me legó la primera presentación que correspondiese a la familia. Era mi padrino y me quería entrañablemente. No puedo hacer justicia a su bondad. Proyectaba ayudarme en grande, y creyó haberlo hecho; mas cuando la vacante del beneficio sobrevino, éste fué dado a otro.

—¡Cielos!—exclamó Isabel—; pero ¿cómo pudo ser eso? ¿Cómo se pudo prescindir de la voluntad del padre? ¿Cómo no buscó usted reparación legal?

—Había tal informalidad en los términos del legado, que no abrigaba esperanzas de parte de la ley. Un hombre de honor no habría dudado de la intención; pero Darcy prefirió dudar o tomar aquello como una recomendación meramente condicional, afirmando que yo había perdido todo el derecho por extravagancia e imprudencia; en suma, por nonadas. Lo cierto es que el beneficio quedó vacante hace dos años, que yo tenía edad para ocuparlo, y que fué dado a otro; y no lo es menos que no puedo acusarme de haber hecho en puridad nada para merecer el perderlo. Tengo un tempe-

ramento ardiente, soy indiscreto, y acaso haya expuesto algunas veces mi opinión sobre él, y aun a él mismo, con excesiva libertad. No puedo recordar nada peor. Pero el hecho es que somos hombres muy diferentes y que él me odia.

—Eso es verdaderamente espantoso. Merece él quedar desacreditado en público.

—Una vez u otra quedará; pero no por mí. Mientras no pueda olvidar a su padre no puedo provocarle ni comprometerle.

Isabel elogió esos sentimientos y tuvo a su interlocutor por más guapo que nunca cuando los expresaba.

—Pero —continuó ella tras un silencio— ¿qué puede haber dado motivo para eso? ¿Qué puede haberle inducido a conducirse con esa crueldad?

—Un absoluto y firme desagrado hacia mí, que no me es dable atribuir sino hasta cierto punto a los celos. Si el último señor Darcy me hubiera amado menos, su hijo me habría tolerado mejor; pero el extraordinario afecto de su padre hacia mí le molestó, según creo, desde temprana edad. No tenía carácter para sufrir la especie de competencia en que nos hallábamos, la preferencia que aquél me daba a menudo.

—No habría supuesto al señor Darcy tan malo como todo eso; pues aunque nunca me ha gustado, jamás he pensado de él tan mal. Había juzgado que despreciaba a las gentes en general; pero no sospeché que llegara a tan maligna venganza, a tal injusticia, a semejante inhumanidad.

Tras algunos minutos de reflexión prosiguió, con todo, ella:

—Recuerdo que se jactaba un día en Netherfield de lo implacable de sus sentimientos, de tener un carácter que no perdonaba. Su natural debe ser terrible.

—No he de exponer mi opinión—replicó Wickham—; es difícil que pueda ser yo justo con él.

Isabel meditó de nuevo para sus adentros, y tras algún tiempo exclamó:

—¡Tratar de semejante manera al ahijado, al amigo, al favorito de su padre! Y pudiera haber añadido: «A un joven, además, como usted, cuyo solo aspecto garantiza la amabilidad»; pero se limitó a decir: —Y a uno, además, que acaso haya sido su compañero de la niñez, unido con él, según creo que usted ha dicho, del modo más íntimo.

—Habíamos nacido en la misma parroquia, dentro del mismo parque; la mayor parte de nuestra juventud la pasaros juntos, viviendo en la misma casa, participando de los mismos juegos, siendo objeto de los mismos cuidados paternos. Mi padre comenzó por la profesión en que parece que su tío de usted, el señor Philips, ha alcanzado tan subido crédito; pero prescindió de todo para ponerse a la disposición del señor Darcy, y consagró todo su tiempo al cuidado de la propiedad de Pemberley. Era sumamente estimado del señor Darcy, su muy íntimo y confidencial amigo. El propio señor Darcy reconoció a menudo que estaba muy obligado al celo y a la actividad de mi padre, y cuando, poco

antes de la muerte de éste, aquél le prometió de modo espontáneo cuidarme, yo estaba convencido de que lo creía a la par una deuda de gratitud hacia mi padre y de afecto hacia mí.

—¡Qué extraño!—exclamó Isabel—. ¡Qué abominable! Me asombra que el mismo orgullo del señor Darcy no le haya hecho justo para con usted. Si no por otro motivo, por ser lo suficiente orgulloso para no ser honrado, ya que falta de honradez hay que llamar a eso.

—Es raro—replicó Wickham—, porque en casi todas sus acciones se rastrea el orgullo, y el orgullo ha sido de antiguo su mejor amigo. Se ha maridado con la virtud más que otro cualquier sentimiento. Pero en este caso nuestro ninguno de los dos se atuvo a su carácter, y en su conducta conmigo hubo impulsos más fuertes que el orgullo.

—¿Es posible que un orgullo tan abominable haya podido producir en él algún bien?

—Sí; le ha arrastrado con frecuencia a ser liberal y generoso, a dar a porfía su dinero, a mostrarse hospitalario, a ayudar a sus colonos, a socorrer al pobre. El orgullo de familia, orgullo de hijo, porque está muy orgulloso de lo que era su padre, ha obrado todo eso. El deseo de hacer ver que no deshonoraba a su familia, que no disminuía en cuanto a popularidad ni perdía la influencia de la casa de Pemberley, ha sido su poderoso acicate. Tiene también orgullo de *hermano*, el cual, junto con *algo* de afecto fraternal, le ha convertido en un muy amable y cuidadoso custodio de su hermana, y de ordinario

oirá usted que es tenido como el hermano más atento y mejor.

—¿Qué tal muchacha es la señorita de Darcy? El meneó la cabeza.

—Desearía poderla llamar amable; me da pena hablar mal de un Darcy. Cuando niña era afectuosa y complaciente y por extremo aficionada a mí, y yo he consagrado horas y más horas a su esparcimiento. Mas en la actualidad no representa nada para mí. Es una muchacha bella, entre quince y diez y ocho años, y creo que muy bien educada. Desde la muerte de su padre su residencia ha sido Londres, donde vive con una señora que cuida de su instrucción.

Tras muchas pausas y muchas tentativas de tratar otros asuntos, Isabel no pudo impedir el volver de nuevo al tema primero, diciendo:

—Estoy asombrada de la intimidad de esa persona con el señor Bingley. ¿Cómo éste, que serreja el buen humor en persona y que es, así lo creo, sincera y verdaderamente amable, puede tener amistad con un hombre así? ¿Cómo pueden avenirse el uno con el otro? ¿Conoce usted al señor Bingley?

—No, en absoluto nada.

—Es persona de carácter dulce, amable, encantador. Es imposible que sepa lo que es el señor Darcy.

—Es probable que no le conozca; pero Darcy puede agrandar en cualquier sitio. No necesita esforzarse. Sabe ser compañero familiar si piensa que eso vale el tiempo que en ello emplea. Entre quienes son sus iguales en posición es muy otro de lo que es

con los inferiores. Su orgullo jamás le desampara; pero con el rico es propenso a la liberalidad: justo, sincero, razonable, honrado, hasta acaso agradable, contribuyendo algo a ello su fortuna y su figura.

Terminada poco después la partida de *whist*, los jugadores se congregaron alrededor de la otra mesa, y Collins se situó entre su prima Isabel y la señora de Philips. La última le hizo las preguntas de rigor sobre el resultado de la partida. No había sido gran cosa; había perdido todos los puntos; mas cuando la misma señora comenzó a expresar su sentimiento por ello, él le aseguró con la mayor gravedad que la cosa no revestía la menor importancia, que consideraba el dinero como una bagatela y que le suplicaba que no se inquietase por ello.

—Sé muy bien, señora, que cuando uno se sienta ante una mesa de juego ha de someterse al azar, y felizmente no estoy en circunstancias que haya de conceder importancia a cinco chelines. Sin duda que habrá muchos que no podrían decir lo propio; pero gracias a lady Catalina de Bourgh estoy muy lejos de necesitar fijarme en tales pequeñeces.

La atención de Wickham se dirigió entonces a él, y tras de observarle durante algunos minutos, preguntó en voz baja a Isabel si su pariente trataba con intimidación a la familia de los de Bourgh.

—Lady Catalina de Bourgh—respondió ella—le ha dado hace poco un beneficio. Apenas sé cómo la persona del señor Collins llegó a noticia suya; pero es bien seguro que no hace mucho que se conocen.

—Usted sabrá con seguridad que lady Catalina

de Bourgh y lady Ana Darcy eran hermanas, y que, por consiguiente, aquélla es hoy día la tía del señor Darcy.

—No por cierto; no sabía nada de los parentescos de lady Catalina. Jamás oí hablar de ella hasta anteayer.

—Su hija, la señora de Bourgh, poseerá una inmensa fortuna, y dícese que ella y su primo unirán los dos estados.

Esta noticia hizo sonreír a Isabel, que se acordó de la señorita de Bingley. Vanas eran, en efecto, las atenciones de ésta, inútil su afecto a la hermana y sus elogios a él si Darcy se hallaba destinado a otra.

—El señor Collins—añadió Isabel—habla altamente de ambas, de lady Catalina y de su hija; mas, por algunos detalles que ha contado de Su Señoría, sospecho que la gratitud le engaña y que, a pesar de ser su patrona, es mujer arrogante y vanidosa.

—Opino que es ambas cosas en alto grado—replicó Wickham—. No la he visto desde hace muchos años; pero recuerdo muy bien que jamás me gustó y que sus modales eran dictatoriales e insolentes. Goza reputación de ser en extremo perspicaz; mas pienso que una parte de su talento se la prestan su rango y su fortuna; otra, sus modales autoritarios, y el resto, el orgullo de su sobrino, quien cree que cuantos se relacionan con él han de poseer entendimiento de primera.

Isabel confesó que él se había explicado sobre eso de modo muy razonable, y ambos continuaron jun-

tos hablando con mutua satisfacción hasta que la cena puso fin a las cartas y proporcionó a las demás señoras parte de las atenciones de Wickham. No pudo entrar en verdadera conversación, dado el ruido de los comensales del señor Philips; pero sus modales le recomendaron a todas. Cuanto decía lo decía bien y cuanto hacía estaba bien hecho. Isabel se marchó con la cabeza llena de él. No pudo pensar en nada sino en Wickham y en cuanto éste le había dicho, en todo el camino hasta su casa; pero no tuvo tiempo ni aun para mentar su nombre mientras a ella se dirigieron, pues ni Lydia ni Collins dejaron de hablar. Lydia habló sin parar de los billetes de la lotería, de lo que había perdido y de lo que había ganado, y en cuanto a Collins, con elogiar la finca de los señores de Philips, asegurar que no le hacían mella lo más mínimo sus pérdidas en el *whist*, enumerar todos los platos de la cena y repetir varias veces que temía hacer ir apretadas a sus primas, tuvo más que decir de lo que pudiera desarrollar con holgura antes de que el coche parara ante la casa de Longbourn.

CAPITULO XVII

Isabel contó a Juana, al día siguiente, lo ocurrido entre Wickham y ella. Juana lo escuchó con asombro e interés; no acertaba a creer que Darcy mereciese tan poco la estimación de Bingley, y no obstante, no llegaba a dudar de la veracidad de un jo-

ven de tan estimable aspecto como Wickham. La mera posibilidad de que hubiera soportado tales crueldades era suficiente para excitar todos sus tiernos sentimientos, y por consiguiente no restaba para ella sino pensar bien de ambos, defender la conducta de los dos y atribuir a casualidad o a error lo que no podía explicarse de otro modo.

—Ambos—decía—han sido engañados de una manera u otra, y en algo de que no podemos formarnos idea, estoy segura. Gentes interesadas en ello los han puesto mal entre sí. En suma, es imposible para nosotras conjeturar las causas o circunstancias que los han enemistado sin mengua de ninguna de las partes.

—Muy cierto; y ahora, querida Juana, ¿qué vas a decir en favor de esa gente interesada que por lo visto ha tomado cartas en el asunto? Justifícalas también, o habremos de pensar mal de alguien.

—Ríete cuanto gustes; pero no me apartarás de mi opinión. Considera, queridísima Isabel, en cuán desgraciada situación coloca al señor Darcy el hecho de haber tratado de semejante modo al favorito de su padre, a aquel de quien su padre había prometido cuidar. No es posible. Nadie de pasaderos sentimientos humanitarios, ninguno que tenga en algo su propio carácter puede ser capaz de ello. ¿Es posible que sus más íntimos amigos vivan tan engañados respecto de él? ¡Oh!, no.

—Creería que el señor Bingley se hallaba enterado de eso, antes de pensar que el señor Wickham inventara historia tal sobre su misma persona como

la que me refirió la noche pasada: nombres, hechos, todo citado sin rodeos. Si eso no es así, que lo refute el señor Darcy. Además, la verdad le salía por los ojos.

—Es cosa en verdad dificultosa, es caso angustioso. No se sabe qué pensar.

—Perdona: se sabe con exactitud lo que se debe pensar.

Pero Juana podía dar por cierta sólo una cosa: que si Bingley estaba enterado de eso sufriría mucho cuando el asunto se hiciese público.

Las dos señoritas fueron sorprendidas en el plan-tío, donde se habían estado comunicando, por la llegada de algunas de las mismas personas de quienes hablaban, de Bingley y sus hermanas. Venían a invitarlas personalmente para el baile de Netherfield, esperado desde hacía tiempo, que se había fijado para el próximo martes. Las dos señoras se congratularon de volver a ver a su amiga; dijeron que hacía un siglo que no se veían, y le preguntaron como de pasada qué había hecho desde su separación. Al resto de la familia dedicaron escasos cumplidos, huyendo de la señora de Bennet todo lo posible y hablando poco a Isabel y nada a las demás. Pronto se marcharon, levantándose de sus asientos con una prontitud que sorprendió al hermano y atropellándose cuanto les fué dable para librarse de las cortesías de la señora de Bennet.

La perspectiva del baile de Netherfield fué por extremo grata a todo el elemento femenino de la familia. La señora de Bennet dió en considerarlo como

un obsequio dedicado a su hija mayor, y se jactaba de modo especial de haber recibido la invitación del propio Bingley y no por medio de ceremoniosa tarjeta. Juana fantaseaba una velada feliz con la sociedad de sus amigas y las atenciones del hermano, e Isabel pensaba con deleite en bailar mucho con Wickham y en ver la confirmación de toda la consabida historia en las miradas y conducta de Darcy. La dicha que se prometían Catalina y Lydia era más independiente de determinados sucesos y de personas determinadas en particular, porque aunque ambas, lo mismo que Isabel, pensaban bailar con Wickham la mitad de la noche, no era él de ningún modo la única pareja que podía satisfacerlas, y de todos modos, un baile era un baile. Aun María pudo asegurar a su familia que no le desagradaba.

—Mientras pueda tener para mí las mañanas —dijo ella— es suficiente. No reputo sacrificio unir con eso, en ocasiones, invitaciones para veladas. La sociedad nos reclama a todos, y me tengo por una de las que consideran apetecibles para todo el mundo los intervalos de recreo y diversión.

El espíritu de Isabel estaba en aquellos momentos tan dedicado a esa fiesta que, aun no hablando a menudo a Collins sin necesidad, no pudo evitar el preguntarle si proyectaba aceptar la invitación de Bingley y si tendría por adecuado a él el concurrir a esa diversión; y quedó más sorprendida que otra cosa al encontrarse con que no abrigaba escrúpulo ninguno en cuanto a ese punto, hallándose muy le-

jos de temer reproches ni del arzobispo ni de lady Catalina de Bourgh por aventurarse a bailar.

—Te aseguro—díjole—que de ninguna manera creo que los bailes de ese género, ofrecidos por un joven de respetabilidad a gentes igualmente respetables, puedan ocultar malas tendencias, y tan lejos estoy de censurarme porque yo mismo baile, que proyecto verme honrado con las manos de todas mis bellas primas durante la velada; y así, aprovecho esta oportunidad para solicitar la de Isabel para los dos primeros números en especial, preferencia que confío que será atribuída por mi prima Juana a su debida razón y no a falta de consideración para con ella.

X Isabel se vió por completo cogida. Habíase propuesto quedar comprometida por Wickham para esos mismos bailes, y ¡tener en su lugar a Collins!; su pregunta no había podido salirle peor. La felicidad de Wickham y la suya propia quedaban por fuerza más alejadas, y aceptó la proposición de Collins de tan buen talante como le fué posible. No quedó menos molestada por esa galantería por creer que pudiera provenir de algo más. Entonces, por primera vez se le ocurrió que fuera ella la elegida entre las hermanas para ser señora de la abadía de Hunsford y para ayudar a completar la mesa de cuatrillo de Rosings en ausencia de más escogidos visitantes. La idea llegó pronto a convicción en cuanto observó la creciente finura de Collins hacia ella, y escuchó las frecuentes tentativas de elogio por su ingenio y vivacidad; y aunque más asombra-

da que contenta por ese efecto de sus encantos, no pasó mucho sin que su madre le diera a entender que la probabilidad de su matrimonio le era por extremo grata. Isabel, no obstante, no quiso darse por aludida, por estar convencida en absoluto de que la consecuencia de replicar sería una fuerte disputa. Collins no haría nunca tal proposición, y hasta que la hiciera era inútil disputar sobre eso.

X Si no hubiera sido por prepararse un baile en Netherfield y por hablar del mismo, la menor de las señoritas de Bennet se habría visto en situación bien desgraciada por aquel entonces, porque desde el día de la invitación vino tal racha de lluvias que impidió el ir a Meryton una sola vez. No se pudo ver a la tía, ni a los oficiales, ni andar a caza de noticias, y aun los preparativos para Netherfield tuvieron que procurárselos por encargo. Hasta Isabel hubo de ensayar su paciencia con el tiempo que hacía, que suspendió totalmente el progreso de su relación con Wickham; y nada que fuese inferior a un baile del martes pudiera haber hecho soportables a Catalina y Lydia un viernes, sábado, domingo y lunes como aquéllos.

CAPITULO XVIII

Hasta que Isabel penetró en el salón de Netherfield y buscó en vano a Wickham entre el grupo de casacas rojas que allí se veían reunidas jamás le había ocurrido dudar de que estaría presente. La se-

guridad de hallarle no había sido contrariada por ninguno de aquellos recuerdos que pudieran, no sin razón, haberla alarmado. Se había vestido con más esmero que de ordinario y preparado en su interior para conquistar cuanto en él quedara por someter a su corazón, confiada en que no podría ganarse más en aquella velada. Pero al instante le asaltó la terrible sospecha de que, a gusto de Darcy, hubiese sido él omitido en la invitación de Bingley a los oficiales; y aunque el caso no era ése, el hecho cierto de su ausencia le fué comunicado por el señor Denny, a quien ansiosa se dirigió Lydia, y el cual dijo que Wickham se había visto obligado a ir a la capital por negocios el día anterior, sin haber regresado, añadiendo con significativa sonrisa:

—No creo que sus negocios le habrían reclamado hoy precisamente si no hubiera deseado evitar aquí a cierto caballero.

✕ Esa parte de sus palabras, aunque no oída por Lydia, fué pescada por Isabel, y cuando así se le aseguró que Darcy no era menos responsable de la ausencia de Wickham que si su primera sospecha hubiera resultado cierta, todos sus sentimientos de desagrado contra el primero se exacerbaron de tal modo que apenas pudo contestar con cortesía a las finas preguntas que él se acercó a dirigirle después directamente. Atención, indulgencia con Darcy eran injurias a Wickham. Se decidió a suprimir toda clase de conversación con él, y le entró tal grado de mal humor que ni aun pudo vencerlo

del todo al hablar con Bingley, cuya ciega parcialidad le irritaba.

Pero Isabel no estaba hecha para el mal humor, y aunque todas sus perspectivas sobre aquella velada quedaban destruidas, no podía aquél habitar largo tiempo en su espíritu; y así, tras de comunicar todas sus pesadumbres a Carlota Lucas, a quien no había visto en una semana, se halló en disposición de transigir con las singularidades de su primo y de hacérselo conocer a ella. Mas los dos primeros bailes le afligieron de nuevo; fueron bailes mortificantes. Collins, torpe y solemne, disculpándose en vez de fijarse y moviéndose erradamente a menudo, sin darse cuenta, proporcionó a ella cuanto disgusto y vergüenza puede proporcionar una pareja molesta en un par de números. El momento de verse libre de él la hizo feliz. Bailó el número inmediato con un oficial, teniendo el alivio de hablar de Wickham y de oír que era unánimemente estimado. Cuando terminó volvió donde estaba Carlota, y con ella conversaba, cuando de repente se le dirigió Darcy, sorprendiéndola tanto con pedirle un baile que, sin percatarse ella de lo que hacía, se lo concedió. El se marchó paseando en seguida, y ella quedó disgustada de su falta de presencia de ánimo. Carlota trató de consolarla.

—Estoy por decir que lo has de encontrar muy agradable.

—¡No lo quiera el Cielo! ¡Esa sería la mayor desgracia de todas! ¡Hallar agradable a un hombre

a quien se ha determinado odiar! No me desees semejante mal.

Cuando se reanudó la danza y Darcy se le aproximó a reclamarla como pareja, Carlota no pudo evitar el recomendar a su amiga con un cuchicheo que no fuese simple ni permitiese que su recuerdo de Wickham le hiciera parecer desagradable a los ojos de un hombre que valía diez veces más que aquél. Isabel no contestó y ocupó su sitio, confundida, con la altura a que había llegado, de verse enfrente de Darcy y leyendo en las miradas de sus vecinos asombro igual al notar eso. Permanecieron algún tiempo sin hablar palabra, y correnzaba ella ya a imaginar que su silencio se iba a prolongar durante todo el rato, resuelta en principio a no romperlo, cuando de pronto, pensando que el mayor castigo para su pareja sería obligarle a hablar, hizo cierta menuda observación sobre el baile. El contestó y quedó otra vez callado. Tras una pausa de algunos minutos, se dirigió a él por segunda vez, diciendo:

—Ahora le toca a usted, señor Darcy. Yo he hablado sobre el baile y a usted le corresponde hacer alguna observación sobre las dimensiones de la sala o el número de las parejas.

El sonrió y le aseguró que diría lo que ella quisiese.

—Muy bien. Esa contestación es procedente. Acaso pudiera usted ir diciendo poco a poco que los bailes particulares son más agradables que los públicos; pero por ahora podemos seguir callados.

—¿Suele usted hablar cuando baila?

—Algunas veces. Es preciso hablar un poco. ¡Sabe usted!; parecería raro estar juntos en completo silencio durante media hora; pero, en beneficio de algunos, la conversación hay que llevarla de modo que se diga lo menos posible.

—¿Se refiere usted en eso a sus propios sentimientos o piensa usted que complace los míos?

—Las dos cosas—contestó Isabel con ingenio—; porque siempre he hallado gran semejanza en el modo de ser de nuestros ánimos. Ambos somos de igual temple insociable, taciturno, enemigo de hablar, a no ser que esperemos decir algo que admire a toda la reunión y que pase a la posteridad con todo el brillo de un proverbio.

—Estoy seguro de que no es ése el carácter de usted. En cuanto a lo que la descripción se pueda parecer al mío, no puedo decidirlo. Usted sin duda lo juzga fiel retrato.

—No debo yo juzgar mi propia obra.

El no contestó, y llevaban camino de permanecer de nuevo en silencio hasta que concluyese el baile, cuando él le preguntó si ella y sus hermanos iban a menudo a Meryton. Ella contestó afirmativamente, e incapaz de resistir a la tentación, añadió:

—Cuando nos encontró usted el otro día acabábamos precisamente de hacer un nuevo conocimiento.

El efecto fué inmediato. Profunda sombra de altanería se manifestó en sus facciones; mas no dijo una palabra, e Isabel, aun culpándose por su

propia debilidad, no osó pasar más adelante. Al fin, Darcy habló, y de modo forzado dijo:

—El señor Wickham está dotado de tan gratos modales que puede contar por seguro el hacer amigos. Menos seguro es que sea igualmente capaz de conservarlos.

—Ha tenido la desgracia de perder la amistad de usted—replicó Isabel con énfasis—, y de tal modo que lo habrá de sentir toda la vida.

Darcy no contestó y pareció deseoso de variar de tema. En aquel momento sir Guillermo Lucas parecía acercarse allí pretendiendo pasar por aquel sitio a otro lado del salón; pero al percibir a Darcy se detuvo, inclinándose con marcada cortesía para felicitarle por su manera de bailar y por su pareja.

—He tenido sumo placer, estimado señor. Tan excelente modo de bailar no se ve con frecuencia. Claro se manifiesta que pertenece usted a los más elevados círculos. Permitidme decirlo, con todo, que seguramente no os desagradará vuestra bella pareja y que espero gozar repetidas veces de este placer, en especial cuando un acontecimiento en verdad deseable, querida Isabel—dijo mirando a su hermana y a Bingley—, se realice. ¡Cuántas dichas no ha de proporcionar! Apelo al señor Darcy; mas no quiero interrumpir a usted, señor mío, la hechicera conversación de esta señorita, cuyos grandes ojos también me reconviene.

La última parte de la arenga apenas fué escuchada por Darcy; pero la alusión de sir Guillermo a su amigo pareció impresionarle fuertemente, y

dirigió la mirada con expresión de seriedad hacia Bingley y Juana, que bailaban juntos. Mas, repeniéndose pronto, se volvió a Isabel y dijo:

—La interrupción de sir Guillermo me ha hecho olvidar lo que estábamos hablando.

—No me acuerdo en absoluto de lo que era. No ha podido sir Guillermo interrumpir a dos personas del salón que tuvieran menos que decirse. Hemos tratado ya, sin resultado, de dos o tres cosas, y no acierto a imaginar de qué podríamos hablar.

—¿Qué piensa usted de los libros?—dijo él riendo.

—¡Los libros! ¡Ah!, no; estoy segura de que no leemos nunca los mismos, o por lo menos con idénticos sentimientos.

—Lamento que usted lo crea así; pero si así fuera, eso, en todo caso, no puede proporcionarnos carencia de tema. Podemos comparar nuestras diversas opiniones.

—No, no puedo hablar de libros en un salón de baile; mi cabeza está siempre llena de alguna otra cosa.

—En tales circunstancias le ocupa a usted siempre el presente, ¿no es así?—dijo él con sonrisa que revelaba duda.

—Sí, siempre—contestó ella sin saber lo que decía, pues su pensamiento había volado lejos, según reveló después al exclamar repentinamente: —Recuerdo haber oído a usted en una ocasión que usted con dificultad perdonaba; que una vez nacido en usted un sentimiento no era ya apaciguable.

Supongo, pues, que será usted muy cauto en hacerlos brotar.

—Lo soy—dijo con voz firme.

—¿Y nunca se permite usted cegarse por algún prejuicio?

—Creo que no.

—Los que jamás cambian de opinión deben asegurarse de juzgar bien al principio.

—¿Puedo preguntar a qué tienden esas preguntas?

—Sencillamente a que desentrañen el carácter de usted—repuso ella tratando de reprimir su gravedad—. Estoy ensayando a descifrarlo.

—Y ¿cuál es el resultado que obtiene usted?

Ella sacudió la cabeza.

—No consigo descifrarlo de ningún modo. Oigo tan encontradas opiniones sobre usted que me quedo grandemente confusa.

—Reconozco—contestó él con gravedad—que las opiniones sobre mí variarán mucho, y desearía, señorita de Bennet, que no esbozase usted ahora mi carácter, pues hay razones para pensar que su obra no obtendría crédito de nadie.

—Es que si ahora no le sako a usted el parecido no tendré otra ocasión de hacerlo.

—No querría de modo alguno dilatar ese gusto de usted—replicó él fríamente.

Ella no habló más, y terminado el número de baile se separaron en silencio, disgustados ambos, aunque no en igual grado, porque en el pecho de Darcy anidaba un poderoso sentimiento hacia ella,

y pronto la perdonó, dirigiendo toda su ira contra otro.

No hacía mucho que se habían separado, cuando la señorita de Bingley se llegó a ella y, con expresión de cortés desdén, le habló así:

—¡Cómo! Isabel, he oído que está usted satisfechísima de Jorge Wickham. Su hermana de usted me ha estado hablando de eso y haciéndome preguntas; y creo que ese joven se olvidó de decir a usted, entre lo que le comunicó, que era hijo del anciano Wickham, el último administrador del señor Darcy. Permítame usted, sin embargo, recomendarle como amiga que no preste usted completa fe a sus aseveraciones, porque en cuanto a que el señor Darcy le haya tratado mal, eso es una falsedad, pues, por el contrario, le ha sido siempre muy afecto, aunque Jorge Wickham se haya conducido con él del modo más infame. No conozco pormenores; pero sé muy bien que al señor Darcy no le debe censurar lo más mínimo, que no puede oír mentar a Jorge Wickham, y que, aun opinando mi hermano que no podía evitar incluirle en su invitación a los oficiales, se alegró mucho al saber que él mismo se había marchado. Su venida aquí al campo es una verdadera insolencia, y me admira que se haya atrevido a hacerlo. Compadezco a usted, Isabel, por este descubrimiento de la maldad de su favorito; pero en realidad, considerando su origen, no se podría esperar nada mucho mejor.

—Por lo visto, su delito y su familia parecen a usted lo mismo—dijo Isabel colérica—; porque

no he oído a usted acusarle de nada peor que de ser hijo del administrador del señor Darcy, y de eso, se lo aseguro a usted, él mismo me informó.

—Dispense usted—contestó la señorita de Bingley en tono burlón—, dispense usted mi entrometimiento; la intención era buena.

«¡Insolente!—se dijo Isabel—. Está usted muy equivocada si piensa influir en mí con tan mezquino ataque como ése. No veo en él sino la terca ignorancia de usted y la malicia del señor Darcy.»

Entonces miró a su hermana mayor, quien se había arriesgado a interrogar a Bingley sobre el mismo asunto, y Juana le contestó con una mirada tan complaciente, con una viveza de tan feliz expresión, que denotaba cuán satisfecha se veía con lo ocurrido en aquella velada. Isabel leyó al punto en su rostro sus sentimientos, y al instante su solicitud por Wickham, su resentimiento contra los enemigos de éste, y todo lo demás desapareció ante la esperanza de que Juana se hallaba en el mejor camino para su dicha.

—He de saber—díjole con aspecto no menos sonriente que el de su hermana—qué has oído sobre el señor Wickham. Mas acaso hayas estado demasiado gratamente ocupada para pensar en otra persona, y en ese caso puedes estar segura de mi perdón.

—No—repuso Juana—, no le he olvidado; pero no tengo nada satisfactorio que comunicarte. Bingley no conoce toda la historia, e ignora en absoluto las circunstancias que de modo particular ofenden

al señor Darcy; pero garantiza la buena conducta, la probidad y la honradez de su amigo, y está convencido firmemente de que el señor Wickham ha merecido del señor Darcy muchas menos atenciones de las que ha recibido; y siento añadirte que, según él y según su hermana, el señor Wickham no es de ningún modo caballero respetable. Terro que haya sido muy imprudente, mereciendo perder la estimación del señor Darcy.

—¿No conoce directamente Bingley a Wickham?

—No, nunca le había visto hasta la otra mañana, en Meryton.

—Entonces, todo eso es lo que le ha dicho Darcy. Estoy por completo satisfecha. Pero ¿qué dice él del beneficio?

—No recuerda con exactitud las circunstancias, aunque las ha oído de boca de su amigo más de una vez; pero entiende que le fué dejado sólo condicionalmente.

—No dudo de la sinceridad del señor Bingley —dijo con calor Isabel—; mas perdona que no me convenza sólo con sus afirmaciones. La defensa que hace de su amigo es muy hábil; pero desconociendo varias partes de la historia y sabiendo el resto sólo por él, seguiré pensando de ambos caballeros como antes.

Al llegar aquí cambiaron la conversación por otra más grata a las dos y en la cual no había diferencia de sentimientos. Isabel escuchó con gusto las felices aunque modestas esperanzas que Juana abrigaba respecto de Bingley y le dijo cuanto

estuvo en su mano para aumentar a la otra su confianza. Al unírseles el propio Bingley, Isabel se dirigió hacia la señorita de Lucas, a cuyas preguntas sobre lo grato de su última pareja apenas pudo contestar antes de que se les presentase Collins diciéndoles con el mayor júbilo que había tenido la fortuna de hacer el más importante descubrimiento.

—Ha llegado a mi noticia—dijo—, por una singular casualidad, que hay aquí en el salón un pariente próximo de mi patrona. Me he complacido en escuchar que el propio caballero mencionaba a la joven dama que honra esta casa los nombres de su prima la señorita de Bourgh y de la madre de ésta, lady Catalina. ¡De qué modo tan maravilloso ocurren estas cosas! ¡Quién hubiera pensado encontrarse con un sobrino de lady Catalina de Bourgh en esta reunión! Estoy gozosísimo de que el descubrimiento lo haya hecho a tiempo de poder ofrecer a ese caballero mis respetos, lo que voy a hacer confiado en que me dispensará por no haberlo efectuado antes. Mi absoluto desconocimiento del parentesco habrá de excusarme.

—¡No te presentes tú mismo al señor Darcy!

—Ciertamente que sí. Le pediré perdón por no haberlo hecho con anterioridad. Creo que es sobrino de lady Catalina. Podré comunicarle que Su Señoría se hallaba muy bien la otra noche.

Isabel intentó en vano disuadirle de paso tan inconveniente, asegurándole que Darcy iba a considerar el dirigírsele sin previa presentación como libertad impertinente más bien que como cumplido

a su tía; que no había la menor necesidad de que se conocieran, y aun habiéndola, correspondía a Darcy, el superior en categoría, iniciar la relación. Collins la escuchó, decidido a seguir su propia inclinación, y cuando cesó de hablar le contestó así:

—Isabel, tengo la más elevada opinión de tu excelente juicio en toda clase de asuntos, como corresponde a tu inteligencia; pero permíteme manifestarte que debe mediar gran diferencia entre las fórmulas de ceremonia establecidas para los legos y las referentes a los clérigos; porque te haré observar que considero la profesión de clérigo como equiparada en cuanto a dignidad al más alto rango del reino, con tal que quien la posee guarde al propio tiempo conveniente humildad en su conducta. Habrás de permitirme, pues, seguir en esta ocasión los dictados de mi conciencia, los cuales me impulsan a ejecutar eso, que considero como un deber. Dispénsame, pues, prescindir de aprovecharme de tus avisos, que en todos los otros asuntos serán mi guía constante, y por creer que en el caso presente soy más apto que una joven como tú, por educación y por constante estudio, para decidir lo que es debido. Y con una profunda inclinación la dejó para dirigirse a Darcy, cuyo recibimiento observó ella con ansiedad, y cuyo asombro al verse saludado así quedó patente. Collins principió su discurso con una solemne cortesía; y aunque Isabel no oyó ni una palabra del mismo, experimentó iguales sentimientos que si lo oyera, viendo en los movimientos de los labios las palabras «disculpa»,

«Hunsford» y «lady Catalina». Molestábale verle en berlina ante semejante persona. Darcy observaba a su interlocutor con gran sorpresa, y cuando éste por fin le dió lugar para hablar, contestó con aire de fría cortesía. Pero Collins no se desanimó, y habló de nuevo, y el desprecio de Darcy pareció subir de punto con lo largo del segundo discurso, y así, al final no hizo sino una ligera inclinación y se marchó a otro sitio. Entonces Collins volvió hacia Isabel.

—Te aseguro—le dijo—que no tengo motivos para quedar descontento del recibimiento. El señor Darcy parecía muy complacido por mi atención. Me ha contestado con la mayor finura, haciéndome hasta el cumplido de decir que estaba tan convencido del buen juicio de lady Catalina que daba por seguro que jamás dispensaría un favor sin que se mereciera. Esa ha sido en verdad una idea hermosa. En resumen, quedo muy satisfecho de él.

Como Isabel no tenía el menor interés en proseguir, consagró su atención casi por entero a su hermana y a Bingley; y el cúmulo de reflexiones agradables a que dieron nacimiento sus observaciones la hicieron casi tan dichosa como a Juana. Vióla con la imaginación establecida en aquella misma casa, con cuantas dichas podía proporcionar un matrimonio de verdadera inclinación, y se sintió capaz en tales circunstancias hasta de procurar que le agradasen las dos hermanas de Bingley. Con facilidad adivinó que los pensamientos de su madre iban por el mismo camino, y determinó no

aventurarse a ir a su lado, por miedo de escuchar demasiadas cosas. Por eso, cuando se sentaron a cenar reputó por la mayor de las desgracias el que las colocaran juntas, y la disgustó de modo profundo ver que su madre hablaba a determinada persona—a lady Lucas—libre y abiertamente sólo de su esperanza de que Juana se casara pronto con Bingley. Era tema encantador, y la señora de Bennet parecía incapáz de cansarse de enumerar las ventajas de esa alianza. El ser él joven tan atrayente y tan rico y el vivir sólo a tres millas de ellas eran ya los primeros motivos de agrado, siendo además muy grato considerar cuán afecta era Juana a las dos hermanas, quienes, a no dudar, habrían de ansiar la unión tanto como ella misma. Por otra parte, ese casamiento significaba una risueña expectativa para las hermanas menores de Juana, pues podría conducir las a encontrar otros hombres ricos; y por fin, era tanto más grato a su edad, en que podía confiar el cuidado de sus hijas solteras a la hermana mayor, cuanto que así no se vería obligada a buscar más compañía que la que le gustase. Preciso era considerar esta circunstancia como motivo de alegría, porque es de rigor en casos así; pero lo cierto es que a nadie apetecía menos que a la señora de Bennet el quedarse en casa, por más edad que tuviere. Concluyó deseando que lady Lucas fuese pronto tan afortunada, aunque creyendo seguro, y revelándolo a las claras con aire de triunfo, que no había de ello trazas.

En vano Isabel procuró reprimir el torrente de

palabras de su madre y persuadirla a describir su felicidad en voz menos perceptible; porque, para mayor mortificación suya, notó que lo principal de ello era escuchado por Darcy, que se sentaba enfrente de ellas. Su madre no hacía sino regañarla por necia.

—Díme, ¿qué tengo que ver con el señor Darcy para temerle? Es bien cierto que no le debemos ninguna fineza especial para vernos obligadas a no decir nada que no le guste oír.

—¡Por Dios, mamá, habla más bajo! ¿Qué ventaja puede reportarte ofender al señor Darcy? ¿Quieres no recomendarte nunca a su amigo por proceder así?

Mas nada de cuanto dijo produjo resultado. La madre siguió manifestando sus ideas del mismo desembozado modo e Isabel se enrojecía más y más de vergüenza y sufrimiento. No podía evitar el mirar con frecuencia a Darcy, aunque cada mirada la convenciera más de lo que temía; pues aunque no siempre miraba él a su madre, estaba segura de que la atención la fijaba invariablemente en ellas. La expresión de su rostro cambiaba gradualmente desde el desprecio y la indignación hasta una circunspecta y fría gravedad.

Pero al cabo la señora de Bennet no tuvo más que desembuchar, y lady Lucas, que había estado largo tiempo bostezando con la enumeración de dichas en que no veía posibilidad de participar, se entregó a los placeres del pollo y del jamón frío. Entonces comenzó a revivir Isabel. Mas no fué largo

ese intervalo de tranquilidad, pues al acabar la cena se habló de cantar y sufrió la mortificación de ver que María, tras muy escasas súplicas, se disponía a dejarse oír en la reunión. Con muy significativas miradas y callados ruegos trató aquélla de impedir esa muestra de complacencia, pero en balde; María no quiso darse por entendida: una oportunidad así la hechizaba, y comenzó su canción. Los ojos de Isabel se fijaron en ella, revelando las más penosas impresiones, y observó cómo seguía con varias estrofas, con afán que fué muy mal recompensado a la conclusión: pues María, al recibir, con la gratitud de los reunidos, una leve indicación de que los favoreciera otra vez, comenzó de nuevo tras una pausa de medio minuto. Las facultades de María no eran de ningún modo a propósito para esa exhibición: su voz era dulce y sus modales afectados. Isabel se vió en la agonía. Miró a Juana para ver cómo sobrellevaba aquello; pero Juana hablaba con Bingley muy tranquila. Miró a sus otras dos hermanas y las percibió haciéndose guiños entre sí; miró a Darcy y lo encontró imperturbablemente grave. Miró por fin a su padre, impetrando su favor para que María no se pasase cantando toda la noche. El pescó su seña, y cuando María hubo acabado su segunda canción le dijo en alta voz:

—Niña, seguir sería demasiado. Nos has entretenido ya bastante; deja lugar de exhibirse a las otras señoras.

Aun aparentando no oír, María quedó algo des-

concertada, e Isabel, entristecida por ella y por las frases de su padre, pensó que su ansiedad no había resultado provechosa. Otras personas de la reunión se dedicaron entonces a la música.

—Si yo—dijo a la sazón Collins—tuviera la fortuna de ser apto para el canto, estoy seguro de que me gustaría mucho obligar a la concurrencia ejecutando algún aire, porque considero que la música es una distracción inocente y en absoluto compatible con la profesión de clérigo. Mas no puedo afirmar que podamos justificar el empleo de parte de nuestro tiempo con la música, porque tenemos en verdad otras cosas a que atender. El rector de una parroquia tiene mucho que hacer. En primer lugar, ha de calcular un ajuste de los diezmos que, siendo beneficioso para sí, no sea gravoso para su patrono. Ha de escribir sus sermones, y el tiempo que le reste no será excesivo para los deberes de su parroquia y para el cuidado y mejora de los habitantes de la misma, cuya vida no puede excusarse de hacer todo lo confortable que se pueda. Y no tengo por cosa de poca monta el que posea modales atentos y conciliadores con todo el mundo, en especial con aquellos a quienes es deudor de su presentación. No puedo dispensarle de semejante deber ni pensar bien de quien prescinda de cualquiera ocasión que se ofrezca de testimoniar sus respetos a cualquier pariente de la familia.

Y con una reverencia a Darcy acabó su discurso, el cual fué pronunciado en voz tan alta que lo oyó la mitad del salón. Unos quedaron mirándose, otros

se sonrieron; mas ninguno miró tan risueñamente como el propio señor Bennet, mientras su esposa ponderaba en serio a Collins por haberse expresado de tan delicada manera, haciendo notar a lady Lucas que era su pariente un sabio notable y excelente especie de joven.

A Isabel le pareció que si hubiera contratado a todos los de su familia para ponerse en evidencia cuanto les fuera posible durante la velada no habrían podido desempeñar sus papeles con más ingenio y mejor resultado; y daba gracias de que a Bingley y a su propia hermana les había pasado inadvertida buena parte de semejante escena y de que los sentimientos de él no fueran para borrarse por las locuras que tenía que haber presenciado. Mas el que las dos hermanas de él y Darcy tuvieran tal oportunidad de ridicularizar a su pariente era ya suficiente desgracia, y no pudo ella determinar si el silencioso desprecio del caballero o las insolentes sonrisas de las señoras era lo más intolerable.

El resto de la velada le proporcionó escasa distracción. Se vió atormentada por Collins, quien continuaba perseverante a su lado y que, aun sin lograr bailar de nuevo con ella, le impidió bailar con los otros. En vano le suplicó que alternase con cualquiera otra persona, y en vano se ofreció a presentarle a algunas señoritas del salón. El le aseguró que el bailar le era por completo indiferente; que su principal mira era recomendarse a ella con delicadas atenciones, y que por eso se proponía permanecer a su lado durante toda la velada. Isabel debió su

mayor descanso a su arriga la señorita de Lucas, que con frecuencia estuvo con ella y que, llevada de su buen natural, desvió hacia sí propia la conversación de Collins.

Por lo menos se vió libre de la molestia de Darcy; pues aun hallándose éste a poca distancia y por completo desocupado, nunca se aproximó lo bastante para conversar. Juzgólo ella como probable consecuencia de sus alusiones a Wickham y se alegró de que así fuera.

La partida de Longbourn fué la última de toda la reunión en marcharse. Por una treta de la señora de Bennet tuvieron que esperar el coche un cuarto de hora después de haberse ido todos los otros, y eso les dió tiempo para conocer cuán cordialmente ansiaban su vuelta algunos de la familia. La señora de Hurst y su hermana apenas abrieron la boca, excepto para dolerse de cansancio, y se las veía impacientes por hallarse en casa solas. Rechazaron todas las tentativas de conversación de la señora de Bennet, y eso produjo languidez en la reunión, muy poco aliviada por los grandes discursos de Collins felicitando a Bingley y a sus hermanas por la elegancia de su fiesta y por la hospitalidad y finura, que habían sido las características de su conducta con sus invitados. Darcy no dijo absolutamente nada. El señor Bennet, igualmente silencioso, gozaba de la escena; Bingley y Juana siguieron juntos algo separados del resto y en coloquio entre sí; Isabel observó tan continuado silencio como la señora de Hurst o la señorita de Bingley; y hasta Lydia esta-

ba demasiado fatigada para usar otra expresión que la de: «¡Dios mío, qué cansada estoy!», acompañada de un violento bostezo.

Cuando a la postre se levantaron para despedirse, la señora de Bennet insistió con mucha cortesía en su deseo de ver pronto en Longbourn a toda la familia, dirigiéndose en especial a Bingley para asegurarle lo dichosos que les haría comiendo en familia con ellos alguna vez sin la ceremonia de una invitación formal. Bingley era todo satisfacción, y al instante se comprometió a aprovechar la primera coyuntura de visitarlos tras su regreso de Londres, adonde se veía forzado a ir al día siguiente por corto tiempo.

La señora de Bennet se reconocía plenamente satisfecha, y abandonó la casa con la grata persuasión de que, aun concediendo el tiempo preciso para los preparativos de instalación, compra de nuevos coches y trajes de boda, iba a tener a su hija establecida en Netherfield dentro de tres o cuatro meses. Con idéntica seguridad pensaba tener otra hija casada con Collins, y con suficiente aunque no igual contento. Isabel era para ella la menos querida de todas las hijas, y por más que el pretendiente y el casamiento eran bastante buenos para ella, el valor de ambas cosas quedaba eclipsado ante Bingley y Netherfield.

CAPITULO XIX

Al día siguiente se desarrolló en Longbourn nueva escena: Collins se declaró formalmente. Habiendo resuelto hacerlo sin pérdida de tiempo, puesto que el permiso relativo a su ausencia se extendía sólo hasta el próximo sábado, y no abrigando al presente sentimientos de desconfianza, se puso a ello con toda la circunspección que él suponía había de contribuir en buena parte al feliz éxito de su empresa. Como hallara, pues, juntas a la señora de Bennet, a Isabel y a una de las hijas menores poco después del almuerzo, dirigióse a la primera en estos términos:

—¿Puedo confiar en que accedas, dado tu interés por tu bella hija Isabel, si solicito el honor de una entrevista privada con ella durante esta mañana?

Antes de que Isabel hubiera tenido tiempo para algo más que enrojecerse de sorpresa, la señora de Bennet contestó al punto:

—¡Oh, querido, cierto que sí! Estoy segura de que Isabel se tendrá por dichosa con ello; lo estoy de que nada puede objetar. Ven, Catalina, te necesito arriba.

Y cogiendo su labor consigo se apresuró a partir, mientras Isabel exclamaba:

—Querida mamá, no te vayas; te suplico que no lo hagas; Collins me lo permitirá. Nada tiene que decirme que no se pueda escuchar. Me voy yo también.

—No, no, boba. Deseo que sigas donde estás.

Y cuando Isabel, con la vista apenada y revelando embarazo, iba de veras a marcharse, añadió aquélla:

—Isabel, insisto en que te quedes y escuches a Collins.

Isabel no pudo oponerse a ese mandato, y cuando un momento de reflexión le hizo conocer que sería más cuerdo que transcurriera ese rato lo más pronto y de una vez que fuera posible, se volvió a sentar, tratando de ocultar los sentimientos de pena y risa entre los cuales luchaba. La señora de Bennet y Catalina se ausentaron, y en cuanto eso aconteció Collins comenzó así:

—Cree, querida Isabel, que tu modestia, en vez de serte perjudicial, viene a sumarse con tus otras perfecciones. Habrías sido menos amable a mis ojos si no hubieras mostrado repugnancia; pero permíteme asegurarte que tengo permiso de tu respetable madre para esta entrevista. Apenas podrás dudar del objeto de mi discurso; mas tu natural delicadeza acaso te lleve a disimularlo; mis intenciones han quedado demasiado indicadas para dar lugar a error. Casi en cuanto entré en esta casa te acogí como la compañera de mi futura vida. Pero antes de tratar de mis sentimientos quizá sea mejor para mí apuntar las razones que tengo para casarme, y más aún para venir al condado de Herford deseoso de escoger una esposa, como en efecto lo he hecho.

El haber expuesto Collins su pretensión con semejante solemnidad casi hizo reír a Isabel,

quien no pudo aprovechar la corta pausa que él le concedió para probar de detenerle, y así, él continuó:

—Mis razones para casarme son: primero, que tengo por obligación de todo clérigo en circunstancias favorables—como son las mías—dar ejemplo de matrimonio en su parroquia; segundo, que estoy convencido de que eso contribuirá poderosamente a mi felicidad; y tercero—lo que acaso debiera haber mencionado antes—, que el hacerlo es advertencia y recomendación particular de la nobilísima dama a quien tengo el honor de llamar patrona. Dos veces se ha dignado darme su opinión—incluso sin ser preguntada—sobre ese punto; y el mismo sábado último por la noche, antes de abandonar Hunsford, durante nuestra partida de cuatrillo, y mientras la señora de Jenkinson arreglaba el taburete de pies de la señorita de Bourgh, me dijo: «Señor Collins, tiene usted que casarse. Un clérigo como usted debe estar casado. Elija usted bien, elija una verdadera señorita por lo que a mí toca; y por lo que a usted atañe, procure usted que sea persona activa, útil, no de educación elevada con exceso, sino apta para saber emplear bien escasos ingresos. Ese es mi consejo. Busque usted esa mujer lo más pronto que pueda, tráigala a Hunsford y la visitaré.» Permítame de paso observar, mi bella prima, que no estimo como la menor de las ventajas que en mi mano está ofrecer el conocimiento y la bondad de lady Catalina de Bourgh. Verás que sus modales son más exquisitos

de lo que yo acertara a describir, y creo que tu ingenio y tu viveza le serán gratos, especialmente al templarse con el silencio y respeto que su rango impone inevitablemente. Todo esto en cuanto a mis propósitos de matrimonio en general; resta por decir por qué me he dirigido en derechura a Longbourn en vez de permanecer en mi propia vecindad, donde es bien cierto que hay muchas jóvenes amabilísimas. Pues el hecho es que siendo como soy el heredero de este vínculo tras la ruerte de tu honorable padre—quien espero que viva luengos años—, no me quedaría yo mismo satisfecho sin elegir esposa entre sus hijas, para que la pérdida de éstas sea lo menos posible al sobrevenir el triste suceso, lo cual, como llevo dicho, ojalá no acontezca en mucho tiempo. Tal ha sido el motivo, bella prima, y me lisonjeo de que no me hará bajar en tu estimación. Y ahora no me resta sino asegurarte en el más fogoso lenguaje la violencia de mi afecto. En cuanto a fortuna, eso es cosa para mí en absoluto indiferente, y nada he de pedir sobre ello a tu padre que sepa que no puede cumplir; y así, las mil libras al cuatro por ciento, que no han de ser tuyas hasta la muerte de tu madre, es todo lo que habrás de aportar. Mas en cuanto a eso, callaré en absoluto, pudiendo tú abrigar la certeza de que ningún reproche interesado saldrá de mi boca una vez que estemos casados.

Al llegar aquí se imponía necesariamente interrumpirle.

—Vas demasiado aprisa—exclamó ella—. Olvi-

das que yo no he contestado. Permíteme hacerlo sin mayor pérdida de tiempo. Acepta mi agradecimiento por el cumplido que me haces. Agradezco mucho el honor que significa tu proposición, pero me es imposible dejar de rechazarla.

—No tengo que aprender ahora—replicó Collins accionando con seriedad—cuán corriente es entre las jóvenes el rechazar proposiciones de un hombre que en secreto piensan en aceptar cuando él obtenga su estimación, y que en ocasiones la repulsa se repite una segunda y a veces hasta una tercera vez. Por esto no quedo descorazonado de ningún modo por lo que acabas de decirme, y espero conducirte al altar dentro de poco.

—A fe mía—exclamó Isabel—que tus esperanzas son bien extraordinarias después de mi contestación. Asegúrote que no soy de esas mujeres—si es que las tales existen—que osan arriesgar su felicidad al azar de que se les declaren una segunda vez. Procedo con la mayor seriedad en mi repulsa. No me puedes hacer dichosa, y estoy convencida de que soy la mujer que menos te o puede hacer a ti en el mundo. Hay más: si tu amiga lady Catalina me conociera, bien cierta estoy de que me hallaría desde todos los puntos de vista poco a propósito para el asunto.

—Si fuera seguro que lady Catalina pensara así... —dijo con mucha gravedad Collins—; pero no puedo imaginar de ningún modo que lo desaprobara. Y puedes estar confiada en que cuando tenga el honor de volverla a ver le hablaré en los términos

más encomiásticos de tu modestia, economía y demás amables cualidades.

—En verdad, Collins, que el elogio mío será innecesario. Permíteme juzgar por mí misma y hazme el favor de creer cuanto te digo. Deséote muchas felicidades y riquezas, y al rehusar tu mano hago cuanto puedo para que lo consigas. Al hacerme el ofrecimiento has satisfecho la delicadeza de tus sentimientos con relación a mi familia, y podrás tomar posesión del vínculo de Longbourn cuando llegue el caso sin reprocharte nada. Por tanto, este punto debe quedar como definitivamente resuelto.

Y levantándose en cuanto se hubo expresado así, habría abandonado la estancia si Collins no se le hubiera de nuevo dirigido:

—Cuando próximamente tenga el honor de hablarte de nuevo sobre este asunto espero recibir contestación más favorable que la que me has dado ahora; aunque bien lejos estoy de tenerte hoy por cruel, pues sé bien que es costumbre establecida en tu sexo el rechazar a los hombres a las primeras de cambio, y quizá hayas dicho todo eso para animarme a proseguir, en cuanto el obrar de esa manera sea compatible con la delicadeza del carácter femenino.

—La verdad, Collins—exclamó Isabel con algún calor—, me confundes en demasía. Si lo que he dicho hasta ahora puede tener para ti aspecto de excitación, no sé cómo expresar mi repulsa de modo tal que te convenza de que lo es.

—Permíteme lisonjearme, querida prima, de que tu repulsa de mi ofrecimiento haya sido sólo de fórmula. Mis razones para pensarlo son éstas: No creo que mi mano no valga la pena de tu aceptación ni que la colocación que te ofrezco deje de ser altamente apetecible. Mi situación en la vida, mi relación con la familia de De Bourgh y mi parentesco contigo misma son grandes circunstancias en mi favor; y habrás de considerar además que, a pesar de tus numerosos atractivos, no es seguro que se te haga otra proposición de matrimonio. Tu fortuna es, por desgracia, tan escasa que con toda probabilidad anulará los efectos de tu amabilidad y gratas cualidades. Y puesto que por eso he de deducir que no has procedido de veras al rechazar-me, optaré por atribuirlo al deseo de acrecentar mi amor con ese fracaso, de acuerdo con la práctica usual de las mujeres elegantes.

—Asegúrote que no abrigo la menor pretensión de semejante género de elegancia, consistente en atormentar a una persona respetable. Antes bien, solicitaría el favor de que se me juzgase sincera. Agradezco una y mil veces el honor que con tu proposición me has hecho; pero me es imposible en absoluto aceptarlo. Mis sentimientos me lo impiden desde todos los puntos de vista. ¿Cabe hablar más claro? No me tomes por mujer elegante que pretende atormentarte, sino como una criatura racional que dice la verdad de corazón.

—Siempre resultas encantadora—exclamó él con aire de tosca galantería—, y estoy persuadido de

que mi proposición no dejará de ser aceptada cuando obtenga la sanción de la autoridad de tus excelentes padres.

Ante tal perseverancia en el propio engaño, Isabel no contestó, retirándose al punto y en silencio, decidida a que si él persistía en considerar sus repetidas negativas como medio de animarle, recurriría a su padre, cuya negativa habría de quedar expuesta de tal modo que resultase decisiva, y cuyo proceder, por lo menos, no podría confundirse con la afectación y coquetería de una dama elegante.

CAPITULO XX

Collins no se abandonó largo rato a la silenciosa consideración del éxito de sus amores, pues habiendo la señora de Bennet hecho tiempo en el vestíbulo esperando el fin de la conferencia, en cuanto vió a Isabel abrir la puerta y dirigirse a paso veloz a la escalera entró en el cuarto de almorzar, felicitando a Collins y a sí misma por la feliz perspectiva de la próxima unión, y Collins, tras de aceptar y devolver esas felicitaciones con igual gusto, procedió a definir las particularidades de la entrevista, de cuyo resultado confiaba tener razón en estar satisfecho, puesto que la negativa tan resuelta de su prima no podía provenir naturalmente sino de su tímida modestia y de la delicadeza de su carácter.

Mas semejante información sobresaltó a la señora de Bennet. Habría deseado ésta convencerse también de que su hija había tratado de animarle al rechazar sus proposiciones; pero no osaba creerlo, y no pudo evitar el manifestarlo así.

—Lo importante, Collins—añadió—, es que Isabelita entre en razón. Hablaré directamente con ella sobre eso. Es muy terca y loca muchacha y desconoce su propio interés; pero ahora haré que lo conozca.

—Dispénsame que te interrumpa—exclamó Collins—; pero si en realidad es terca y loca, no sé si resultará mujer apetecible para mí, dada mi situación, pues, como es natural, busco mi felicidad en el estado del matrimonio. Por consiguiente, si insiste en rechazarme, acaso sea mejor no forzarla a que me acepte, porque si está sujeta a tamaños defectos de temperamento no habría de contribuir mucho a mi dicha.

—No me has entendido en absoluto—prorrumpió alarmada la señora de Bennet—. Isabelita es terca sólo en asuntos como ése. En todo lo restante es muchacha de tan buen natural como la que más. Acudiré directamente a Bennet, y tengo por seguro que muy pronto estaremos de acuerdo con ella.

No le dió tiempo de contestar, sino que, apresurándose a ir al instante a donde estaba su marido, exclamó en cuanto pisó la biblioteca:

—¡Oh Bennet!, se te necesita inmediatamente; estamos todos en un aprieto. Es preciso ir para hacer que Isabel se case con Collins, pues ella

afirma que no lo hará, y si no te apresuras, él cambiará de idea y no la pretenderá.

El señor Bennet levantó la vista del libro en cuanto su mujer entró, fijándolos en el rostro de ella con calmosa indiferencia, que no se alteró lo más mínimo con la noticia.

—No tengo el gusto de entenderte—dijo cuando ella terminó su alegato—. ¿De qué estás hablando?

—De Collins e Isabel. Isabel asegura que no se ha de casar con Collins, y Collins comienza a insinuar que no quiere a Isabel.

—Y ¿qué he de hacer en ese caso? Parece asunto perdido.

—Habla tú mismo a Isabel sobre ello. Dile que insistes en que se case con él.

—Haz que baje. Oirá mi opinión.

La señora de Bennet tiró de la campanilla e Isabel fué llamada a la biblioteca.

—Ven, hija mía—exclamó su padre en cuanto ella entró—. He enviado por ti para un asunto de importancia. Parece que Collins te ha hecho proposiciones de casamiento; ¿es cierto?

Isabel repuso que sí.

—Muy bien; y que has rehusado ese ofrecimiento de matrimonio.

—Lo he rehusado, papá.

—Bien. Ahora vamos al asunto. Tu madre insiste en que lo aceptes. ¿No es así, señora de Bennet?

—Sí, o no la quiero ver más.

—Una triste alternativa se te ofrece, Isabelita. Desde este día tienes que ser extraña a uno de tus

padres. Tu madre no te quiere ver si no te casas con Collins, y yo no quiero volverte a ver si te casas con él.

Isabel no pudo menos de sonreírse al final de semejante arenga; pero la señora de Bennet, que estaba persuadida de que su marido tenía por apetecible el asunto del casamiento, quedó en exceso disgustada.

—¿Qué quieres significar, Bennet, con hablar así? Me habías prometido insistir en que se casara con él.

—Querida mía—replicó su marido—, tengo dos pequeños favores que pedirte: que me permitas en esta ocasión hacer libre uso, primero, de mi entendimiento, y segundo, de mi cuarto. Tendré sumo gusto en disfrutar yo sólo de la biblioteca si es posible.

Mas a pesar del desagrado de su marido, la señora de Bennet no abandonó el tema. Habló una y otra vez más a Isabel y la halagó y amenazó alternativamente. Trató de procurarse para sus fines la ayuda de Juana; pero ésta, con toda la dulzura posible, rehusó entrometerse; e Isabel, unas veces con verdadero ardor y otras con juguetona alegría, contestó a sus ataques. Aunque sus modales variaron, su determinación jamás varió.

Collins, entre tanto, meditaba en silencio sobre lo que le acontecía. Pensaba sobrado bien de sí mismo para comprender por qué motivos podía rechazarle su prima, y aunque su orgullo estaba herido, por lo demás no sufría. Su interés por ella

era meramente imaginario, y la posibilidad de que mereciese los reproches de su madre le impedían sentir la repulsa.

Mientras la familia se veía en tal confusión, Carlota Lucas vino a pasar el día con ellos. Encontróse en la entrada con Lydia, quien, volviéndose a ella, exclamó a media voz:

—¡Me alegro de que vengas, porque hoy hay tal broma! ¿Qué crees que ha ocurrido esta mañana? Collins ha hecho a Isabel proposiciones de matrimonio y ella no le ha aceptado.

Carlota apenas tuvo lugar de contestar antes de que Catalina se les uniese. Venía a darle la misma noticia; y en cuanto entraron todas en el cuarto de almorzar, donde la señora de Bennet estaba sola, ésta también comenzó con idéntico tema, procurando que la señorita de Lucas se compadeciera de ella y persuadiese a su amiga Isabel a satisfacer los deseos de toda la familia.

—Te suplico que lo hagas, querida Carlota —añadió en tono melancólico—, ya que nadie está de mi parte, ya que ninguno se interesa por mí y me veo cruelmente tratada sin consideración a mis nervios.

Carlota se ahorró la respuesta por la entrada de Juana e Isabel.

—Ahí, ahí viene—continuó la señora de Bennet—, tan indiferente como le es posible y sin cuidarse más de nosotras que si estuviera en York, con tal de hacer su gusto. Mas yo te aseguro, Isabel, que si se te mete en la cabeza rechazar todas las

proposiciones de matrimonio, jamás te casarás, y no sé quién te mantendrá cuando muera tu padre. Yo no podré, y, te lo advierto, he terminado contigo desde este instante. Sabes que te he prometido en la biblioteca que nunca te volvería a hablar, y haré buena mi promesa. No gusto de hablar con hijas desobedientes. No es que me guste hablar con nadie. Quienes padecemos de los nervios no sentimos gran inclinación a hablar. Nadie podría explicar lo que sufro. Y siempre lo mismo; los que no padecen, jamás se apiadan.

Sus hijas oyeron en silencio semejantes efusiones, conecedoras de que todo razonamiento o tentativa de aplacarla sólo habría de aumentar esa irritación. Por eso prosiguió hablando así, sin interrupción de ninguna, hasta que se les unió Collins, quien entró con aire más resuelto que de ordinario, y en cuanto lo percibió, dijo ella a sus hijas:

—Ahora os encargo que contengáis vuestras lenguas y nos dejéis a Collins y a mí tener un rato juntos de conversación.

Isabel salió con sosiego del cuarto; Juana y Catalina la siguieron; pero Lydia permaneció quieta, resuelta a escuchar cuanto pudiera, y Carlota, detenida al principio por la locuacidad de Collins, cuyas preguntas sobre ella y su familia se sucedían sin interrupción, y además por algo de curiosidad, se limitó a acercarse a la ventana, aparentando no escuchar. Con voz dolorosa, la señora de Bennet comenzó así su proyectado coloquio:

—¡Oh Collins!

—Querida—replicó él—, callémonos para siempre en cuanto a ese asunto. Muy lejos estoy—continuó luego con acento que denotaba su disgusto—de resentirme por la conducta de tu hija. Es deber de todos resignarnos ante los males inevitables, y deber especial de un joven tan afortunado como yo he sido con mi temprana promoción, y confío en resignarme. Acaso con no honrarme con su mano mi bella prima no haya disminuído mi positiva felicidad, y he observado a menudo que la resignación nunca es tan completa como cuando la dicha negada comienza a perder en nuestra estimación algo de su valor. Espero que no supondrás que faltó a la consideración a tu familia, querida mía, porque renuncie a mis planes sobre tu hija sin haceros el cumplido a ti y al señor Bennet de pedirnos que interpongáis vuestra autoridad en mi apoyo. Temo que a mi proceder pueda deberse el haber recibido la despedida de labios de vuestra hija en vez de los vuestros; pero todos estamos sujetos a error. Seguro estoy de haber pensado bien en este asunto. Mi objeto era procurarme una compañera amable con la debida consideración a ciertas ventajas para toda vuestra familia, y si mi proceder ha sido reprehensible, os suplico que me excuséis.

CAPITULO XXI

Las discusiones sobre el ofrecimiento de Collins tocaban ya a su término, e Isabel tuvo sólo que

soportar los desagradables sentimientos que forzosamente hubieron de acompañarlo, y de vez en cuando alguna enojosa alusión de su madre. En cuanto a Collins, sus sentimientos se manifestaban no por embarazo o melancolía, o en procurar huir de ella, sino por tiesura y silencio, que delataban resentimiento. Apenas le habló ya, y sus asiduas atenciones, de que se jactara tanto, las transfirió durante el día a la señorita de Lucas, cuya cortesía en escucharle sirvió de conveniente refrigerio a todas las otras, y de modo especial a su amiga.

No se dispó al día siguiente el mal humor o el mal estado de salud de la señora de Bennet. Collins, por su parte, se hallaba también en la misma disposición de orgullo herido. Isabel había concebido la esperanza de que su resentimiento acertaría su visita; mas los planes de él no parecieron afectados en lo más mínimo por el hecho. Siempre había pensado en irse el sábado, y hasta el sábado pensaba todavía permanecer.

Tras el almuerzo las muchachas fueron a Meryton para averiguar si Wickham había regresado y lamentar su ausencia en el baile de Netherfield. Unióseles a la entrada de la población y las acompañó a casa de la tía, donde se charló largo y tendido sobre su resentimiento y enojo y sobre la inquietud de todas las demás. Pero ante Isabel reconoció de grado que se había impuesto él mismo la ausencia.

—Consideré—dijo—cuando se acercaba la hora que haría mejor en no encontrarme con Darcy,

porque estar juntos en el mismo salón durante tantas horas había de ser más fuerte de lo que yo podría soportar, y esa escena podía llegar a hacerse desagradable a otras personas que no fueran yo mismo.

Ella aprobó en absoluto su abstención, tras de discutirla ambos cumplidamente, y tuvieron tiempo para hacerlo, así como para los corteses elogios que mutuamente se dirigieron, mientras que el mismo Wickham y otro oficial los acompañaban a Longbourn, ya que durante ese paseo él se dedicó en particular a ella. El hecho de que las acompañara fué doblemente ventajoso, pues además de recibir Isabel los cumplidos que él le tributó, halló ella ocasión a propósito para presentárselo a sus padres.

Poco después del regreso entregaron a Juana una carta. Venía de Netherfield, y la abrió presurosa. El sobre contenía una hoja de papel elegante y satinado, escrito por bella y fácil mano de mujer, e Isabel notó que el rostro de su hermana cambió en cuanto la hubo leído, observando además que se había parado de propósito, al hacerlo, en algunas palabras. Juana se sobrepuso pronto, y arrojando la carta trató de unirse pronto, con su habitual alegría, a la conversación general; mas Isabel experimentó tal ansiedad por lo observado, que hasta prescindió de atender a Wickham, y no bien éste y su compañero se marcharon, una mirada de Juana la invitó a seguirla al piso de arriba. Llegadas a su cuarto, Juana dijo mostrando la carta:

—Es de Carolina Bingley; su contenido me ha

sorprendido sobremanera. Todos los de la casa han abandonado Netherfield a estas horas y se encuentran en camino para la capital, sin intención de regresar. Escucha lo que dice.

Leyó entonces en alta voz el primer párrafo, que contenía la noticia de que acababan de resolver seguir a su hermano a la capital, y donde exponía su intención de comer aquel día en la calle de Grosvenor, en la cual el señor Hurst tenía su casa. Lo siguiente estaba concebido de esta suerte: «No siento nada de lo que dejo en el condado de Hunsford, excepto tu compañía, amiga queridísima; pero espero gozar muchas veces en lo por venir de los deliciosos coloquios que hemos tenido, y entre tanto podemos aminorar la pena de la separación con frecuentes y efusivas cartas.» Todas esas elevadas expresiones las escuchó Isabel con cuanta insensibilidad proporciona la desconfianza, y aunque le sorprendía la rapidez de la marcha, no veía nada que lamentar en puridad; no podía suponerse que la ausencia de ellas de Netherfield pudiera impedir que Bingley estuviera ahí, y en cuanto a la pérdida de la compañía de ellas, estaba persuadida de que Juana cesaría pronto de tenerla en cuenta con el placer de la de él.

—Es lástima—dijo tras corta pausa—que no puedas ver a tus amigas antes de que abandonen el campo. Mas ¿no podemos esperar que el período de futura dicha a que se refiere la señorita de Bingley llegue antes de lo que ella se figura y que la deliciosa relación de quienes han tratado como ami-

gas se renueve con mayor contento cuando sean hermanas? Bingley no se quedará en Londres con ellas.

—Carolina dice resueltamente que ninguno de la familia volverá al condado este invierno. Te lo voy a leer:

«Cuando mi hermano nos dejó ayer imaginaba que los negocios que le llamaban a Londres podrían despacharse en tres o cuatro días; pero como estamos seguras de que no puede ser así, y convencidas al propio tiempo de que cuando Carlos va a la capital no tiene prisa de abandonarla pronto, hemos determinado seguirle allí para que no se vea obligado a pasar sus horas libres en un hotel sin *comfort*. Muchas de mis relaciones están ya allí para pasar el invierno; desearía saber si tú, mi queridísima amiga, tienes intención de ser una de tantas; mas desespéro de ello. Sinceramente deseo que nuestras Navidades en el condado abunden en las alegrías que la época lleva consigo por lo común, y que vuestros petimetres sean tan numerosos que os impidan sentir la pérdida de las otras personas de quienes os vamos a privar.»

—Es evidente con esto—añadió Juana—que él no vuelve en este invierno.

—Lo evidente es sólo que la señorita de Bingley no dice que lo haya de hacer.

—¿Qué piensas de eso? Debe de ser cosa de él. El no depende de nadie. Pero aun no sabes todo. Voy a leerte el pasaje que de modo particular me hiere. No quiero tener reservas contigo. «El señor Darcy

está impaciente por ver a su hermana, y, a decir verdad, no estamos nosotras apenas menos deseosas de verla. No creo que Georgiana Darcy tenga igual en belleza, elegancia y finura, y el afecto que nos inspira a Luisa y a mí se hace aún mayor con la esperanza que abrigamos de conseguir que sea más tarde nuestra hermana. No sé si te he manifestado nunca mis sentimientos sobre ese punto; pero no abandonaré el campo sin contártelos, y calculo que no los tendrás por faltos de razón. Mi hermano la admira ya mucho; ahora dispondrá de frecuentes oportunidades para verla con la mayor intimidad, y creo que no me ciega la parcialidad de hermana para tener a Carlos por muy capaz de conquistar el corazón de una mujer. Con todas esas circunstancias para aumentar un afecto, ¿me equivoco, queridísima Juana, si abrigo la esperanza de un acontecimiento que habrá de asegurar la felicidad de tantos?»

—¿Qué opinas de este párrafo, querida Isabel? —dijo Juana en cuanto lo terminó—. ¿No es bastante claro? ¿No expresa claramente que Carolina ni espera ni desea que yo sea su hermana, que está por completo convencida de la indiferencia de su hermano, y que, si sospecha la naturaleza de mis sentimientos hacia él, se propone—¡eso sí, con mucha dulzura!—ponerme en guardia? ¿Puede opinarse de otro modo en esta cuestión?

—Sí se puede; porque mi sentir es en absoluto diverso. ¿Quieres oírlo?

—Con el mayor gusto.

—Te lo expondré en pocas palabras. La señorita

de Bingley ve que su hermano está enamorado de ti y quiere que se case con la señorita de Darcy. Sigue a aquél a la capital con la esperanza de retenerlo allí, y trata de convencerte de que él no se cuida de ti.

Juana movió la cabeza.

—Cierto, Juana; debes creerme. Nadie que os haya visto juntos puede dudar de su afecto. La señorita de Bingley de seguro que no puede; no es tan necia. Si hubiera visto en el señor Darcy la mitad de ese afecto hacia ella habría encargado su vestido de boda. Mas el caso es el siguiente: no somos suficientemente ricos ni elevadas para ellos, y está ella tan ansiosa de pescar a la señorita de Darcy para su hermano porque si se efectúa un matrimonio entre ellos puede encontrar menores inconvenientes en conseguir el segundo; en todo lo cual hay cierta ingenuidad, y me atrevo a decir que conseguiría sus anhelos si no se atravesase por medio la señorita de Bourgh. Pero, querida Juana mía, no puedes pensar con seriedad que por decirte la señorita de Bingley que su hermano admira mucho a la de Darcy, sea él en menor grado sensible a tus méritos que cuando se despidió de ti el jueves, ni que estará en poder de ella el persuadirle de que en vez de hallarse enamorado de ti lo está de su amiga.

—Si pensáramos lo mismo de la señorita de Bingley—replicó Juana—, tu explicación me dejaría más tranquila. Mas yo sé que su fundamento es injusto. Carolina es incapaz de engañar voluntaria-

mente a nadie; cuanto se puede esperar en esta ocasión es que se engañe a sí misma.

—Eso es. No se te puede ocurrir mejor idea si no te contentas con la mía. Créela desde luego engañada. Así quedas bien con ella y ves que no debes preocuparte más.

—Pero querida hermana, ¿puedo ser feliz, aun suponiendo lo mejor, aceptando a un hombre cuyas hermanas y cuyos amigos desean todos que se case con otra?

—Eso debes decidirlo por ti misma—repuso Isabel—; y si tras madura deliberación hallas que la desgracia de no deber nada a sus dos hermanas es más que equivalente a la felicidad de ser su mujer, te aconsejo con resolución que lo rechaces.

—¿Cómo puedes decir eso?—dijo Juana sonriendo ligeramente—. Debes saber que, aunque quedara apenada con exceso con esa desaprobación, no podría dudar.

—No pensaba que dudarás, y siendo el caso así, no me es dado compadecer mucho tu situación.

—Mas si él no vuelve en este invierno, estará de más mi determinación. ¡Cuántas cosas pueden pasar en seis meses!

La idea de que Bingley no volviese la rechazaba Isabel; parecíale sencillamente sugestión de los interesados deseos de Carolina, no pudiendo suponer ni por un momento que semejantes deseos, ya los manifestase claramente, ya con artificio, hubieran de influir en un joven tan en absoluto independiente.

Expuso a su hermana con tanto calor como pudo lo que opinaba sobre el asunto, y pronto tuvo el placer de notar los saludables efectos de sus palabras. El carácter de Juana no era desconfiado, y por eso fué ahora gradualmente conducida a la esperanza de que Bingley volvería a Netherfield y satisfaría todos los deseos de su corazón, aunque la duda alguna vez se sobrepusiese a esa esperanza.

Convinieron en que la señora de Bennet supiera sólo la marcha de la familia, para que no se alarmase por la conducta del caballero; pero aun esa información parcial la inquietó un poco, y le hizo lamentarse, como de suceso muy desgraciado, de que se marcharan esos señores precisamente cuando todos habían intimado tanto. Tras de dolerse de ello, tuvo no obstante el consuelo de pensar que Bingley volvería pronto de nuevo, dispuesto a comer en Longbourn, y la conclusión de todo fué declarar que, aun habiendo sido invitado a comer sólo en familia, ella cuidaría de tener ese día dos platos abundantes.

CAPITULO XXII

Los Bennet fueron invitados a comer con los Lucas, y durante la mayor parte del día la señorita de Lucas tuvo de nuevo la amabilidad de escuchar a Collins. Isabel aprovechó una oportunidad para darle las gracias por ello.

—Eso le proporciona buen humor, y quedo más agradecida a ti de lo que quisiera decirte.

Carlota aseguró a su amiga su satisfacción por haberle sido útil, añadiendo que eso le compensaba el pequeño sacrificio de su tiempo. Grande era la amabilidad de Carlota al obrar así; pero trascendía a más de lo que Isabel podía concebir; su objeto no era otro que librarla de otra carga de Collins, pero procurando que éste se dirigiera a ella. Tal era el plan de Carlota; y las apariencias le fueron tan favorables, que cuando se separaron por la noche hubiérase ella creído casi segura del éxito si él no debiera abandonar el condado tan pronto. Mas al abrigar esa duda hacía injusticia al fuego e independencia de carácter de Collins, porque estas cosas impelieron a éste a salir de Longbourn con admirable disimulo a la mañana siguiente, dirigirse con premura a la morada de los Lucas y ponerse a los pies de Carlota. Tuvo cuidado de ocultar su salida a sus primas, por el convencimiento de que, de haberle visto partir, no habrían dejado de descubrir su designio, el cual no quería revelar hasta que pudiera conocerse el éxito; porque, aun juzgándose casi seguro, y con razón, porque Carlota le había animado bastante, era relativamente desconfiado desde la aventura del miércoles. Su recibimiento, no obstante, fué de lo más lisonjero. La señorita de Lucas lo percibió desde una ventana alta cuando se dirigía a la casa, y al instante salió a la calle para encontrarle como si fuera por ca-

podía pensar que le esperase tanto
elocuencia.

escaso tiempo como los discursos de
permitieron, quedó todo arreglado entre
ellos con satisfacción común, y cuando entraron
en la casa ya le rogaba a Carolina con viveza que
señalase el día en que le iba a hacer el más feliz
de los hombres; y aunque semejante demanda debía
quedar sin respuesta por el presente, no experimen-
tó ella deseos de chancearse de él. La estolidez de
que había sido dotado por la naturaleza debía
privar a su galanteo de cuantos encantos podrían
inclinarse a una mujer a prolongarlo, y la señorita
de Lucas, que lo aceptaba sólo por el puro deseo
de establecerse, no se cuidó de lo pronto que ese
asunto se había resuelto.

Sir Guillermo y lady Lucas presto se decidieron
por el consentimiento, el cual fué otorgado con la
más alegre premura. Las circunstancias de Collins
le hacían partido muy apetecible para Carlota,
a quien ellos podían legar escasa fortuna, y las
perspectivas de futura abundancia eran en exceso
tentadoras. Lady Lucas comenzó a calcular en de-
rechura, con más interés que el que antes tuviera
por el asunto, cuántos años más podría vivir el señor
Bennet, y sir Guillermo expresó su opinión de que
cuando Collins estuviese en posesión de Longbourn
sería sumamente fácil que él mismo y su mujer
pudieran presentarse en St. James. En suma: toda
la familia se regocijó en grande con ese motivo.
Las hijas menores abrigaron esperanzas de salir

al mundo uno o dos años antes de lo que de otro modo habría sido, y los muchachos se vieron libres del temor de que Carlota se quedase soltera. La propia Carlota se encontraba bastante satisfecha. Había ganado su partida, y tenía tiempo para reflexionar. Ciertamente que Collins no era ni sensible ni grato; su compañía resultaba enfadosa, y su afecto hacia ella tenía que ser imaginario. Mas al fin sería su marido. Aun sin pensar altamente ni de los hombres ni del matrimonio, éste había sido siempre su mira, además de ser la única colocación honrosa de una joven bien educada con escasa fortuna; y aunque no era de asegurar que proporcionase dichas, había de ser el más grato preservativo contra la necesidad. Semejante preservativo era o que ahora había logrado, y a la edad de veintisiete años, y sin haber sido nunca guapa, no era eso poca buena suerte. La circunstancia menos agradable del asunto era la sorpresa que había de proporcionar a Isabel Bennet, cuya amistad tenía en más que la de cualquiera otra persona. Isabel se admiraría, y era probable que la censurara; y aunque su resolución no había de venir a tierra, sus sentimientos habrían de resentirse con semejante desaprobación. Resolvió comunicárselo ella misma, y por eso encargó a Collins, cuando éste regresó a Longbourn a comer, que no soltase prenda ante ninguno de la familia de lo que había ocurrido. Como era natural, obtuvo la promesa del secreto; pero éste no pudo guardarse sin dificultad, porque la curiosidad, excitada por su larga ausencia, esta-

lló a su regreso en preguntas tan directas que requería alguna destreza el evadirlas, y por otra parte, tenía que ejercitar él su abnegación al callar, pues estaba impaciente por publicar su éxito amoroso.

Como iba a ponerse en viaje a la mañana siguiente demasiado temprano para ver a nadie de la familia, la ceremonia de la despedida se anticipó al momento en que las señoras iban a acostarse, y la señora de Bennet, con gran cortesía y cordialidad, le expresó cuán felices serían en verle en Longbourn de nuevo en cuanto sus otros compromisos le permitieran visitarlas.

—Querida—replicó—, esta invitación es de agradecer en especial, ya que no esperaba recibirla; y puedes estar segura de que me aprovecharé de ella tan pronto como me sea posible.

Todos se quedaron asombrados, y el propio señor Bennet, que de ningún modo deseaba tan rápido regreso, dijo al punto:

—Mas ¿no lleva eso riesgo de la desaprobación de lady Catalina? Mejor será que olvides a tus parientes antes que exponerte a ofender a tu patrona.

—Querido—replicó Collins—, quedo en particular reconocido a ti por esa advertencia amigable, y puedes contar con que no daré un paso así sin que en ello intervenga Su Señoría.

—Nunca pecarás por exceso en obrar de esa suerte. Aventura cualquier cosa antes que disgustarla; y si crees que existen probabilidades de que el disgusto se ocasione por volver aquí, cosa que

yo juzgaría más que posible, permanece tranquilo en casa, y consuélate con que no nos ofenderemos por ello.

—Cree, querido primo, que mi agradecimiento aumenta mucho con tus afectuosas advertencias; y cuenta por ello con que en breve recibirás una carta de gracias así por ellas como por todas las demás pruebas de consideración recibidas de ti durante mi estancia en el condado. En cuanto a mis bellas primas, aunque mi ausencia no haya de ser tan larga que lo haga preciso, me permito desearles salud y dichas, sin excluir a mi prima Isabel.

Con las naturales cortesías se fueron las señoras, todas sorprendidas por igual de ver que proyectaba un pronto regreso. La señora de Bennet deseaba interpretarlo en el sentido de que pensaba dirigirse a alguna de las hijas menores, y había por eso que convencer a María de que lo aceptase. Esta, en efecto, estimaba a Collins más que las otras; hallaba en sus reflexiones una solidez que a menudo le imponía, y aunque no le juzgaba de ningún modo tan profundo como ella misma, opinaba que si se le animaba a leer y a aprovechar con un ejemplo como el suyo podría llegar a ser muy grato compañero. Mas a la mañana siguiente se desbarató todo ese plan, pues la señorita de Lucas vino en seguida de almorzar, y en conferencia privada con Isabel relató el suceso de la víspera.

La posibilidad de que Collins se imaginara enamorado de su amiga le había ocurrido a Isabel en uno o dos de los días anteriores; pero que Carlota le

diera ánimos le parecía tan lejos de lo posible por lo menos como que ella propia pudiera hacerlo, y su asombro fué por ende tan grande que sobrepasó los límites del decoro, no pudiendo evitar el exclamar:

—¡Comprometida con Collins! ¡Querida Carlota, es imposible!

El tono serio que Carlota había usado al contar la historia dió motivo para una momentánea confusión por su parte al recibir tan directo reproche, aunque no fuera eso sino lo que esperaba; mas pronto se rehizo y replicó con calma:

—¿De qué te sorprendes, querida Isabel? ¿Tienes por increíble que el señor Collins haya sido capaz de granjearse la buena opinión de una mujer porque no haya sido afortunado contigo?

Mas Isabel mientras tanto se había dominado también, y haciendo un gran esfuerzo hallóse apta para asegurarle con suficiente firmeza que le era grata la perspectiva de su parentesco y que le deseaba todas las dichas imaginables.

—Conozco lo que te pasa—replicó Carlota—. Tienes que estar sorprendida, muy sorprendida, haciendo tan poco que el señor Collins proyectaba casarse contigo. Pero cuando tengas tiempo para reflexionar en todo esto creo que quedarás satisfecha de mi resolución. Ya sabes que no soy romántica, que no lo fuí nunca. Busco sólo un hogar, y considerando el carácter, relaciones y situación de la vida del señor Collins, estoy persuadida de que mis probabilidades de felicidad con él son tan grandes

como las de que la mayor parte de la gente puede jactarse al ingresar en el estado de matrimonio.

Isabel contestó al punto:

—Es indudable.

Y tras una corta pausa fueron ambas a juntarse con el resto de la familia. Carlota no permaneció en la casa largo rato, e Isabel se entregó a su marcha a reflexionar sobre lo que había escuchado. Pasó no poco tiempo hasta que se hizo a la idea de un casamiento tan impropio. Lo extraño de que Collins hubiera hecho dos proposiciones de matrimonio en tres días no era nada en comparación con el hecho de haber sido ahora aceptado. Siempre había creído que las opiniones de Carlota sobre el matrimonio no eran exactamente como las suyas; pero no supuso que al pasar a la práctica sacrificara todos sus mayores sentimientos a la ventaja positiva. ¡Carlota esposa de Collins era un cuadro humillante! Y a la angustia por rebajarse la amiga y por que descendiese en su estimación se vino a añadir el aflictivo convencimiento de serle imposible a la misma el vivir pasablemente dichosa con la suerte que había elegido.

CAPITULO XXIII

Sentada estaba Isabel con su madre y hermanas, meditando sobre lo que oyera y vacilando sobre si estaba autorizada para mentarlo, cuando el propio sir Guillermo Lucas apareció, enviado por su hija,

para anunciar su compromiso a la familia. Con abundantes cumplidos para ellas, y felicitándose por la perspectiva de unión entre ambas casas, reveló el asunto a una asamblea no sólo admirada, sino incrédula, porque la señora de Bennet, con más ardor que cortesía, afirmó que debía hallarse por completo equivocado, y Lydia, siempre indiscreta y a menudo incivil, exclamó con violencia:

—¡Señor Dios! ¿Cómo puede usted, sir Guillermo, contarnos esa historia? ¿No sabe usted que el señor Collins pretende casarse con Isabel?

Sólo la condescendencia de un cortesano podría sufrir sin ira semejante acometida; mas la buena educación de sir Guillermo le hizo pasar por todo, y aunque suplicando que se le permitiera garantizar la verdad de sus informaciones, escuchó todas esas impertinencias con la corrección más completa.

Isabel, creyendo que le competía librarle de tan embarazosa situación, comenzó a confirmar lo dicho por él, revelando su conocimiento previo por conducto de la misma Carlota; y trató de poner coto a las exclamaciones de su madre y hermanas felicitando con calor a sir Guillermo, en lo que pronto fué secundada por Juana, y haciendo resaltar de varios modos la felicidad que se podía esperar del suceso, dado el excelente carácter del señor Collins y la escasa distancia de Hunsford a Londres.

La señora de Bennet se hallaba en verdad demasiado sobrecogida para hablar mucho mientras sir Guillermo permaneció allí; mas no bien las dejó, sus sentimientos encontraron pronto desahogo. En

primer lugar, persistía en no creer el hecho en su totalidad; en segundo, estaba segurísima de que Collins había sido pescado; en tercero, confiaba en que ambos no serían nunca dichosos; y en cuarto, el convenio tenía que deshacerse. Sin embargo, dos consecuencias se deducían con claridad de todo: una, que Isabel era la verdadera causa de toda la desgracia; otra, que ella propia había sido tratada de modo bárbaro por todos ellos; y sobre las dos juntas insistió principalmente durante el resto del día. Ni aun logró en todo él apagar su resentimiento. Una semana se pasó antes de poder ver a Isabel sin regañarla, un mes antes de poder hablar sin rudeza a sir Guillermo o a lady Lucas, y varios años antes de perdonar a Carlota.

La emoción del señor Bennet con semejante motivo fué más tranquila; tanto, que consideró el hecho como gran fortuna, porque se jactaba, decía, de que eso le permitía descubrir que Carlota Lucas, a quien había juzgado regularmente razonable, era tan loca como su propia mujer y más aún que su hija.

Juana se manifestó algo sorprendida por el hecho; pero habló menos de su sorpresa que de sus vivos deseos de la felicidad de ambos; y ni aun Isabel pudo atraerla a considerar como improbable semejante felicidad. Catalina y Lydia estaban muy lejos de envidiar a la señorita de Lucas, pues Collins era sólo clérigo, y el suceso no los interesó sino como noticia que extender en Meryton.

Lady Lucas no pudo resistir a la dicha de mani-

festar a la señora de Bennet la felicidad que experimentaba en ir a tener una hija bien casada, y por eso iba a Longbourn más a menudo que de ordinario, para expresar esa dicha que sentía, por más que las miradas de desagrado y los reparos malignos de la señora de Bennet podían haber sido suficientes para disipar esa felicidad.

Entre Isabel y Carlota mediaba un desacuerdo que las tornó silenciosas sobre ese asunto, y la primera se convenció de que ya no habría entre ellas confianza verdadera. Su desvío de Carlota le hizo volver con más pasión a su hermana, cuya rectitud y delicadeza le garantizaban que su opinión no se vería desechada, y por cuya felicidad se preocupaba más cada día, ya que Bingley se había marchado hacía una semana y nada se oía de su regreso.

Juana había remitido a Carolina pronta contestación a su carta, y calculaba los días que razonablemente podía tardar en recibir otra nueva. La prometida carta de gracias de Collins llegó el martes, dirigida al padre y escrita con toda la abundancia de agradecimiento que una estancia de un año entre la familia pudiera llevar consigo. Tras disculparse al principio, procedía a informarle, con muchas expresiones altisonantes, de su felicidad por haber obtenido el afecto de su amable vecina la señorita de Lucas, y se extendía con que sólo considerando lo que gustaba de la compañía de ésta se había sentido tan dispuesto a acceder al amable deseo de ellos de verlos de nuevo en Longbourn, adonde esperaba volver del lunes en quince días;

porque lady Catalina, añadía, aprobaba tan cordialmente su casamiento, que deseaba que se celebrase lo más pronto posible, lo cual confiaba que sería argumento irrefutable para que su amable Carlota decidiese el día de hacerle el más feliz de los hombres.

El regreso de Collins al condado no era ya motivo de satisfacción para la señora de Bennet. Por el contrario, se veía más dispuesta a lamentarse de ello que su marido. Era rarísimo que viniera a Longbourn en vez de ir a casa de los Lucas; resultaba muy inconveniente y sobremanera embarazoso. Odiaba tener huéspedes en su casa siendo tan mediana su salud, y los novios eran los más desagradables de todas las personas. Tales eran las suaves murmuraciones de la señora de Bennet, que sólo iban a desembocar a la desgracia, todavía mayor, de la continuada ausencia de Bingley.

Ni Juana ni Isabel estaban satisfechas con esto último. Día tras día pasaba sin saberse de ello sino la noticia, luego extendida por Meryton, de que no venían ya a Netherfield en el invierno; la cual irritó en grande a la señora de Bennet, quien no cesaba de contradecirla, juzgándola la más escandalosa falsedad.

Hasta Isabel comenzó a temer, no que Bingley fuese indiferente, sino que sus hermanas pudieran obtener éxito en apartarle de su camino. Aun sin querer dar entrada a idea tan destructora de la felicidad de Juana y tan deshonrosa para la firmeza de su enamorado, no podía evitar que se le ofreciera

con frecuencia. Los esfuerzos mancomunados de sus dos insensibles hermanas y de su influyente amigo, unidos con los atractivos de la señorita de Darcy y con los placeres de Londres, podían ser demasiadas cosas—así lo temía—contra la constancia de su afecto.

En cuanto a Juana, su ansiedad por esta duda era, como es natural, más penosa que la de Isabel; pero deseaba ocultar cuanto sentía, y por eso entre ella e Isabel jamás se aludía a semejante asunto. Pero como a su madre no la contenía igual delicadeza, apenas pasaba una hora sin que hablase de Bingley, expresando impaciencia por su llegada o pretendiendo que Juana confesara que si no volvía debía juzgarse malísimamente tratada. Requeríase toda la suavidad de Juana para soportar esas cargas con mediana tranquilidad.

Collins regresó con gran puntualidad del lunes en quince días; pero su recibimiento en Longbourn no fué lo cordial que el de su primera llegada. Era él sobrado dichoso, sin embargo, para necesitar muchas atenciones; y por suerte de los demás, la ocupación de hacer el amor los libraba mucho tiempo de su compañía. La mayor parte del día lo empleaba en casa de los Lucas, y a veces regresaba a Longbourn sólo con el tiempo preciso para excusar su ausencia antes de que la familia se acostase.

La señora de Bennet se encontraba en verdad en el más lamentable estado. La sola mención de algo concerniente al casamiento le proporcionaba un ataque de mal humor, y a cualquiera parte que

fuese estaba segura de oír hablar de él. La vista de la señorita de Lucas le era odiosa. Mirábala con celoso horror, como su sucesora en la casa. Siempre que venía a verlos sacaba en consecuencia que anticipaba la hora de la toma de posesión, y cuantas veces departía en voz baja con Collins estaba ella convencida de que hablaban de la propiedad de Longbourn y resolvían sacar de la casa a ella y a sus hijas en cuanto muriese el señor Bennet. Con amargura se quejaba de ello a su marido:

—La verdad, Bennet—le decía—, es muy duro pensar que Carlota Lucas ha de ser alguna vez dueña de esta casa y haya de verme yo obligada a hacerle sitio y a vivir viéndola ocupar mi puesto en ella.

—Querida, no des entrada a tan tristes pensamientos. Pensemos en cosas mejores. Lisonjeémonos con que yo te sobreviviré.

No era eso muy consolador para la señora de Bennet, y con todo, en vez de contestar, continuó:

—No puedo sufrir el pensar que hayan de poseer ellos toda esta propiedad. Si no fuera por el vínculo no lo imaginaría.

—¿Qué es lo que no imaginarías?

—No imaginaría nada en absoluto.

—Agradecemos, pues, que te veas libre de un defecto así.

—Nunca puedo agradecer nada que se refiera al vínculo. No me es dable entender cómo se puede en conciencia vincular una propiedad fuera de los

propios hijos, ¡y todo en favor de Collins! ¿Por qué ha de poseerla mejor que nadie?

—Lo dejo a tu consideración—dijo el señor Bennet.

CAPITULO XXIV

La carta de la señorita de Bingley llegó y puso término a las dudas. Ya la primera frase comunicaba que se habían establecido todos en Londres para pasar el invierno, y la conclusión expresaba el pesar del hermano por no haber tenido tiempo, antes de abandonar el campo, de ofrecer sus respetos a sus amigos del condado.

Las esperanzas habían desaparecido por completo, y aunque Juana leyó el resto de la carta, halló en la misma pocas cosas, fuera de la profesión de afecto de quien le escribía, que pudieran servirle de algún alivio. El elogio de la señorita de Darcy ocupaba gran parte de la misiva. Insistíase de nuevo sobre sus numerosos atractivos, y Carolina se jactaba gozosa de lo creciente de su intimidad con ella, aventurándose a predecir el cumplimiento de los deseos suyos ya revelados en la carta primera. Participaba también con gran regocijo que su hermano era íntimo de la casa de Darcy, y mencionaba con entusiasmo ciertos planes del último relativos a nuevo ajuar.

Isabel, a quien Juana comunicó muy pronto lo capital de todo ello, lo escuchó con silenciosa indignación. Su corazón estaba dividido entre la in-

quietud por su hermana y el resentimiento contra todos los demás. A la afirmación de Carolina de que su hermano estaba interesado por la señorita de Darcy no le daba crédito. Que estaba enamorado de veras de Juana no lo ponía en duda ahora, como no lo había puesto jamás; y aunque siempre se había sentido predispuesta a que le agradase él, no pudo pensar sin pena, y hasta sin desprecio, en esa su flojedad de carácter, en su falta de resolución, que ahora le convertía en esclavo de sus intrigantes amigos y le arrastraba a sacrificar su propia dicha al capricho de los deseos de éstos. Mas si la felicidad de él fuera lo único que se sacrificara, bien podría él jugar con ella del modo que le pareciese mejor; pero es que la de su propia hermana andaba envuelta en ello por la creencia de ella de que él estuviese enamorado. Era, en suma, un asunto en que, por mucho que se meditase sobre el mismo, todo tenía que resultar en vano. No podía Isabel pensar en otra cosa; y aunque el interés de Bingley hubiera muerto de verdad o hubiera sido contrastado por la intromisión de sus amigos; conociera él el afecto de Juana o hubiera éste escapado a su observación, cualquiera que fuese el caso, si bien su opinión sobre Bingley podría mudar según el mismo, la situación de Juana siempre resultaba idéntica, su tranquilidad quedaba herida.

Un día o dos pasaron antes de que Juana tuviera valor para revelar sus sentimientos a Isabel; mas, al cabo, habiéndolas dejado solas la señora de Bennet tras una carga más pesada que de ordinario

sobre Netherfield y su dueño, no pudo evitar el decir:

—¡Ojalá mi madre tuviera más dominio sobre sí!; no puede formarse idea de la pena que me causa con sus reflexiones sobre él. Mas no quiero consumirme. Le olvidaré, y seremos lo que éramos antes.

Isabel miró a su hermana con incrédula solicitud, pero nada dijo.

—¿Lo dudas?—exclamó Juana ligeramente ruborizada—. Cierto que tienes razón. Podrá vivir en mi recuerdo como el más amable de mis conocidos, pero eso será todo. Nada tengo que esperar, ni nada que temer, ni nada tampoco que reprocharle. Gracias a Dios, no tengo esa pena. Por consiguiente, que pase algún tiempo, y probaré a quedar lo mejor que pueda.

Con voz más fuerte añadió después:

—Tengo el consuelo de que eso no haya sido sino un error de imaginación por mi padre y que no ha acarreado perjuicio sino a mí misma.

—Querida Juana—exclamó Isabel—, eres demasiado buena. Tu dulzura y desinterés son en verdad angelicales; no sé qué decirte. Siento como si nunca te hubiera hecho justicia ni amado como te mereces.

Juana negó con decisión que poseyese ninguna clase de mérito extraordinario, rechazando el elogio nacido del sincero afecto de su hermana.

—No—dijo Isabel—; eso no está bien. Tú tienes por respetable a todo el mundo y te ofendes si hablo mal de alguien. Yo tengo por perfecta sólo a ti, y tú

te opones a que te tenga por tal. No temas que incurra en exceso apropiándome tu privilegio de buena voluntad hacia todos. No tienes que temerlo; hay pocos a quienes yo ame de veras, y menos aún de quienes piense bien. Cuanto más conozco el mundo más me enoja, y todos los días confirmo mi creencia en la inconstancia de todos los caracteres humanos y en lo poco que se puede uno fiar de las apariencias de mérito o talento. Me he encontrado últimamente con dos casos que confirman esa creencia: uno no lo quiero mentar; otro es el casamiento de Carlota. Es increíble, increíble desde todos los puntos de vista.

—Querida Isabel, no des entrada a sentimientos como éstos. Impedirán tu felicidad. Tú no concedes nada a la diferencia de situación y carácter. Considera la respetabilidad de Collins y el carácter prudente y firme de Carlota. Recuerda que pertenece a una familia numerosa; que en cuanto a fortuna, ése es un casamiento muy apetecible, y disponte a creer por todo ello que Carlota puede sentir cierto afecto y estima por nuestro primo.

—Por que me lo agradezcas, trataré de creer algo a lo sumo; mas nadie puede salir beneficiado con creerlo, porque si estuviera persuadida de que Carlota experimenta algún interés por él, pensaría peor de su entendimiento que ahora pienso de su corazón. Juana querida, Collins es un hombre infatuado, ceremonioso, loco y mentecato; tú lo sabes lo mismo que yo, y debes comprender, como yo también, que la mujer que se case con él no puede estar

en sus cabales. No la defiendas aunque se llame Carlota Lucas. No has de cambiar por una individualidad el significado de los principios y de la integridad, ni tratar de persuadirte a ti misma, o de persuadirme a mí, de que el egoísmo es prudencia o la insensibilidad ante el peligro seguro de felicidad.

—Tengo por demasiado fuerte ese modo de expresarte sobre ambos—replicó Juana—, y espero que de ello te convencerás cuando los veas juntos y felices. Pero basta de esto. Tú aludías a algo más; mencionaste *dos* casos. No puedo menos de comprenderte; pero te suplico, Isabel, que no me apenes censurando a *aquella persona* y diciendo que ha descendido en tu opinión. No necesitamos hallarnos prontas a imaginarnos injuriadas de propósito. No podemos exigir que un joven bullicioso sea siempre tan mirado y circunspecto. A menudo es sólo nuestra propia vanidad lo que nos engaña. La imaginación de las mujeres se excede.

—Y los hombres procuran que se exceda.

—Si lo hacen con premeditación no podrán justificarse; mas no creo que eso abunde en el mundo tanto como algunos se figuran.

—Estoy muy lejos de atribuir a premeditación ninguna parte de la conducta de Bingley—dijo Isabel—; pero sin querer obrar mal ni hacer infelices a los otros se puede errar y ocasionar desgracia. La carencia de reflexión o la escasa atención a los sentimientos ajenos, así como la falta de resolución, dan ese resultado.

—¿Y tú atribuyes aquello a alguna de esas dos cosas?

—Sí; a la última. Pero si sigues por ese camino habré de disgustarte diciendo lo que pienso de personas de tu estimación. Conténme si puedes.

—¿Es que persistes en que sus hermanas influyan sobre él?

—Sí, en unión con su amigo.

—No puedo creerlo. ¿Qué les puede mover a obrar así? Sólo pueden desear su felicidad: y si él me tiene afecto, ninguna otra mujer podrá asegurársela.

—Tu primera afirmación es falsa. Pueden desear muchas cosas además de su felicidad: pueden ansiar su enriquecimiento y su elevación en categoría; que se case con una muchacha que reúna cuanto significan el dinero, los parientes elevados y el orgullo.

—Vamos, que desean que elija a la señorita de Darcy—replicó Juana—; mas eso puede ser por móviles mejores de los que supones. La han tratado durante más tiempo que a mí; no hay que admirarse, pues, de que la quieran más. Pero, cualesquiera que sean sus deseos, es muy improbable que se hayan o puesto a los de su hermano. ¿Qué hermana se creería con derecho a hacerlo, a no ser que le diera al hermano por algo muy reprochable? Si lo hubieran visto interesado por mí no habrían procurado separarnos; si él lo estuviera, ellas no tendrían buen éxito. Suponiendo semejante afección, haces obrar a todos contra naturaleza y con error y a mí me haces más desgraciada. No me avergüenzo de haberme equi-

vocado, o por lo menos esto es poca cosa, nada en comparación con lo que sentiría si pensase mal de él o de sus hermanas. Déjame ver el hecho a la mejor luz, lo mejor que pueda verse.

Isabel no se podía oponer a tales deseos, y desde entonces el nombre de Bingley apenas fué pronunciado entre las dos.

La señora de Bennet continuaba aún extrañada y murmurando porque no regresaba, y aunque casi no pasaba día sin que Isabel le hiciese con claridad cargos sobre ello, era raro que considerase aquel hecho con menos inquietud. Su hija probaba a convencerla de lo que ella misma no creía y de que las atenciones a Juana habían sido mero afecto de un capricho corriente y pasajero que cesó en cuanto no la viera; pero aunque la posibilidad de esa explicación la admitía pronto, tenía, con todo, que repetir diariamente idéntica cantilena. El mayor consuelo de la señora de Bennet era que Bingley había de volver en el verano.

El señor Bennet consideraba de diferente manera la cuestión.

—De modo, Isabel—díjole un día—, que tu hermana resulta frustrada en sus amores. Le doy la enhorabuena. De ordinario, se aproxima a casarse una muchacha cuando se frustran sus amores. Algo hace eso pensar así, aparte de que la distingue entre sus compañeras. Y ¿cuándo te toca a ti? No te gustará mucho que se te adelante Juana. Pero ahora te va a tocar; aquí en Meryton hay suficientes oficiales para engañar a todas las jóve-

nes de la comarca. Cásate con Wickham. Es un chacho agradable, y coquetearía contigo de seguro.

—Gracias, papá; pero me satisfaría un hombre menos agradable. No hemos de esperar lo todo de la buena suerte de Juana.

—Cierto—dijo el señor Bennet—; pero cualquier cosa que te suceda en cuanto a eso, es un consuelo pensar que tienes una madre afectuosa que siempre se encargará de lo principal.

La compañía de Wickham era de positiva utilidad para disipar la tristeza que los últimos infaustos sucesos habían producido a varios de la familia de Longbourn. Veíanle a menudo, y a sus otras prendas añadió en esta ocasión la de una absoluta falta de reserva. Todo lo que Isabel había oído, sus quejas contra Darcy, y cuanto había sufrido de él, era ahora de todos conocido y por todos discutido en público, y todo el mundo se complacía en recordar lo mucho que Darcy había disgustado siempre, aun antes de saberse nada de eso.

Juana era la única criatura a quien era dado suponer que hubiera en el caso alguna circunstancia atenuante, desconocida por la sociedad del condado. Su dulce y constante candor abogaba siempre por indulgencia y exigía la posibilidad de una equivocación; pero Darcy estaba reputado por todos los demás como el más malo de los hombres.

CAPITULO XXV

Tras una semana pasada entre promesas de amor y planes de felicidad, Collins tuvo que despedirse de su amable Carlota para llegar el sábado. Mas la pena de su separación pudo aliviarse por su parte con los preparativos para la recepción de su novia; pues razón tenía para esperar que a poco de su próximo regreso al condado de Hunsford, se fijara el día que iba a tomarle el más feliz de los hombres. Se despidió de sus parientes de Longbourn con idéntica solemnidad que la vez anterior; deseó de nuevo a sus bellas primas salud y dicha, y prometió a los padres ~~nueva carta de gracias.~~

El lunes siguiente la señora de Bennet tuvo el placer de recibir a su hermano y a la esposa de éste, que vinieron, cual de costumbre, a pasar la Navidad en Longbourn. El señor Gardiner era hombre sensible, caballeroso, muy superior a su hermana así en prendas naturales como en educación. Las damas de Netherfield hubieran sentido dificultad en creer que semejante persona, que vivía del comercio y se hallaba siempre metido en su almacén, pudiera estar tan bien educado y resultar tan agradable. La señora de Gardiner, bastantes años más joven que la señora de Bennet y que la señora de Philips, era mujer grata, elegante y gran favorita de todas sus sobrinas de Longbourn. En especial entre las dos mayores y ella subsistía particular afecto. Aquéllas habían residido con frecuencia en la ca-

pital en compañía suya. La primera ocupación de la señora de Gardiner al llegar fué distribuir sus regalos y describir las nuevas modas. Acabado todo eso, tomó menos parte en la conversación; le tocó escuchar. La señora de Bennet tenía muchas desgracias que comunicarle y un poco de que hacerse compadecer. Había sido muy vejada desde la última vez que viera a su hermana. Dos de sus hijas se habían visto a punto de casarse y después todo había quedado en nada.

—No censuro a Juana—continuó—, porque habría pescado al señor Bingley si hubiera podido; pero Isabel, ¡oh hermana! Es muy duro pensar que haya podido ser a estas horas la esposa de Collins si no se hubiera opuesto su propia perversidad. Hízole una proposición de casamiento en este mismo cuarto y ella la rechazó. La consecuencia es que lady Lucas tendrá una hija casada antes que yo y que la propiedad de Longbourn sigue ahora tan vinculada como antes. Los de Lucas, hermana, son gentes muy aprovechadas: se dedican en absoluto a pescar lo que pueden. Me entristece hablar así de ellas, pero es la verdad. Me pone muy nerviosa y enferma el verme contrariada de ese modo por mi propia familia y el tener vecinos que piensen en sí antes que en los demás. Con todo, tu llegada a esta sazón es el mayor de los consuelos y me veo muy dichosa con oír lo que me cuentas de las mangas largas.

La señora de Gardiner, a quien antes se había comunicado ya lo capital de todos esos asuntos

en el curso de su correspondencia con Juana e Isabel, dió a su hermana una respuesta somera y cambió la conversación por compasión hacia sus sobrinas; al hallarse luego sola con Isabel habló más del asunto.

—¿Conque habría sido una boda muy apetecible para Juana?—díjole—. Me duele que se haya desarregrado. ¡Pero esas cosas ocurren tan a menudo! Un joven como me pintas al señor Bingley se enamora con facilidad de una muchacha bonita para unas pocas semanas, y cuando por una casualidad se separan, la olvida también con igual facilidad; esa clase de inconstancias es muy frecuente.

—En casos así existe un excelente consuelo—repuso Isabel—; mas eso no reza con nosotras. A nosotras no nos ha dañado ninguna casualidad; no ha ocurrido sino la interposición de amigas que pretenden persuadir a un joven independiente a que no piense más en una muchacha a quien amaba con vehemencia sólo pocos días antes.

—Pero es que esa expresión «vehemencia de amor» es tan usada, tan ambigua, tan indefinida, que no me dice nada. Lo mismo se aplica a sentimientos que brotan sólo de media hora de conocimiento que a afectos reales y profundos. Explicame cómo era la vehemencia del amor del señor Bingley.

—Nunca he visto inclinación que prometiera más. Estaba él de continuo sin atender a las otras y en absoluto dedicado a Juana. Cada vez que se veían resultaba eso más cierto y patente. En su propio

baile molestó a dos o tres señoritas por no sacarlas a bailar, y yo misma hablé con él dos veces sin obtener respuesta. ¿Pueden revelarse síntomas más claros? ¿No es la descortesía en general la esencia verdadera del amor?

—Sí, de esa clase de amor que supongo sentido por él. ¡Pobre Juana! Estoy triste por ella, porque, dado su modo de ser, no olvidará eso pronto. Mejor habría sido que te hubiera ocurrido a ti, Isabel; tú te habrías reído del hecho con más prontitud. Pero ¿crees que se decidirá a venir con nosotros? Un cambio de escenario sería conveniente, y acaso uno de casa le resultara utilísimo.

A Isabel agradó mucho esa proposición, convenciéndose de que su hermana accedería.

—Supongo—añadió la señora de Gardiner—que no influirá en ella ninguna consideración referente a ver a ese joven. Vivimos en barrio tan diferente de la población, todas nuestras relaciones son tan diversas, y, como sabes bien, salimos tan poco de casa, que es muy poco probable que se encuentren si él no viene expresamente a verla.

—Y eso es imposible de toda imposibilidad, porque por ahora se encuentra bajo la custodia de su amigo, y el señor Darcy no permitiría que él buscase a Juana en semejante barrio de Londres. Querida tía, ¿qué opinas sobre eso? Acaso pueda el señor Darcy oír mencionar un punto como la calle de la Iglesia de la Merced; pero pensando que un mes de abluciones apenas bastaría para limpiarse de sus inmundicias si penetrase una vez allí, y ten

por seguro que el señor Bingley no se iría sin él.

—Tanto mejor; de ese modo, espero que jamás se encontrarán. Pero ¿se escribirá Juana con la hermana de él? Porque es seguro que no hará nada por que nos visitemos.

—Perderá por completo su relación.

Mas a pesar de la seguridad que Isabel afectaba en lo tocante a ese punto, como en el de que se viese Bingley impedido de encontrar a Juana, convenciósese tras maduro examen de que el caso que imaginaba no lo consideraba como improbable. Era posible, y a veces lo juzgaba verisímil, que el afecto de Bingley se reanimara y luchara contra la influencia de sus amigos con la influencia, más natural, de los atractivos de Juana.

Esta aceptó gustosa la invitación de su tía; y al hacerlo, los Bingley sólo estaban en su pensamiento en cuanto esperaba que, por no vivir Carolina en la misma casa de sus hermanas, podría alguna vez pasar una mañana con ella sin peligro de encontrarse con él.

Los Gardiner permanecieron en Longbourn una semana; y entre los Philips, los Lucas y los oficiales no se pasó un día sin convidados. La señora de Bennet había cuidado tan bien de entretener a sus hermanos, que jamás se habían sentado a comer solos en familia. Cuando el convite era en la casa, siempre concurrían al mismo algunos oficiales, entre los cuales era Wickham imprescindible; y la señora Gardiner, puesta en guardia por los calurosos elogios

que Isabel hacía del mismo, observó con minuciosidad a los dos. Sin suponerlos, por lo que alcanzó a ver, seriamente enamorados, sus recíprocas preferencias fueron bastante para alarmarla un poco; y así, resolvió hablar con Isabel sobre ese punto antes de abandonar el condado, haciéndole presente la imprudencia de alimentar esa inclinación.

A los ojos de la señora de Gardiner resultaba Wickham ya grato, aun sin tener en cuenta otros motivos. Con anterioridad a su matrimonio, diez o doce años antes del momento actual, había pasado ella bastante tiempo en el mismo punto del condado de Derby de donde era él natural. Poseían por tanto muchas relaciones comunes; y aunque Wickham permaneciera poco allí desde el fallecimiento del padre de Darcy, ocurrido hacía cinco años, érale posible darle cuenta de los primeros amigos que ella había podido procurarse.

La señora de Gardiner había visto Pemberley y conocido a la perfección el carácter del último lord Darcy. Eso era por consiguiente tema inagotable de conversación. Comparando sus recuerdos de Pemberley con la minuciosa descripción que Wickham hacía, y rindiendo tributo de elogios al carácter de su último poseedor, deleitaba a la par a él y a ella misma. Al ser sabedora del trato que el actual Darcy había dado a Wickham recordó ella algo de la fama que tenía el carácter de aquel caballero cuando era en absoluto un muchacho, y que podía ponerse de acuerdo con ese hecho, y por fin confesó recordar haber oído que de Fitzwilliam

Darcy se hablaba en sus comienzos como de muchacho orgulloso y malo.

CAPITULO XXVI

La señora de Gardiner hizo a Isabel la advertencia susodicha, puntual y bondadosamente, en la primera ocasión favorable para hablarle a solas. Tras de exponerle con calma su pensamiento, le dijo así:

—Eres, Isabel, muchacha sobrado razonable para enamorarte sólo por haber sido advertida en contra, y por eso no temo hablarte sin rodeos. Dígame en serio que quería verte en guardia. No te enredes o trates de enredarte en un afecto a que puede hacer tan imprudente la carencia de fortuna. Nada tengo que decirte contra él; es joven muy interesante, y si poseyera la posición que debiera poseer, juzgaría que no lo podrías hacer mejor. Pero tal como es, debes huir de que tu imaginación te arrebatte. Estás dotada de buen sentido y todos esperamos que lo emplees. Segura estoy de que tu padre confía en tu firmeza y buena conducta. No debes darle un chasco.

—Querida tía, eso va siendo serio de veras.

—Sí, y supongo que te hará seria a ti también.

—Bien; pues no tienes que alarmarte. Cuidaré de mí misma y de Wickham. No se enamorará de mí si puedo impedirlo.

—Isabel, no hablas en serio ahora.

—Dispensa, trataré de expresarme con seriedad. Por ahora no estoy enamorada de Wickham; es bien seguro que no lo estoy. Pero él es, sin comparación, el hombre más agradable que he visto, y, por si en realidad se aficionase a mí, creo que sería mejor que no lo fuera tanto. Conozco lo imprudente de una cosa así. ¡Oh qué abominable es el señor Darcy! La opinión que mi padre tiene de mí me honra mucho, y sería injusto que no correspondiese a la misma. Mi padre, no obstante, es partidario de Wickham. En resolución, tía querida, mucho sentiría hacer desgraciado a alguien; mas desde que vemos a diario que donde hay afecto los jóvenes de ambos sexos raramente se contienen por falta de fortuna, ¿cómo puedo prometer ser más cuerda que tantas de mis iguales si me viese tentada? O ¿cómo habré de comprender que sería más prudente resistir? Cuanto puedo prometerte, por consiguiente, es no atropellarme. No me juzgaré con precipitación su anhelo; cuando esté en su compañía, no lo desearé. En suma, obraré lo mejor que pueda.

—Acaso eso surtiría efecto si le quitases los ánimos para venir a casa tan a menudo. Por lo menos, debemos hacer presente a tu madre que no le invite.

—Como hice el otro día—exclamó Isabel con significativa sonrisa—. Cierto que sería oportuno poner moderación en eso. Pero no creas que él está siempre con tanta frecuencia aquí. Es por consideración a ti por lo que ha sido invitado tantas veces

esta semana. Ya conoces las ideas de mi madre sobre la necesidad de constante compañía para sus amigas. Pero de veras y por mi honor que trataré de proceder como crea más cuerdo, y espero que ahora quedarás contenta.

Su tía le aseguró que lo estaba, y tras darle Isabel las gracias por su bondadosa advertencia se marcharon, habiéndose ofrecido un admirable ejemplo de amonestación sobre tan delicado punto sin dar lugar a resentimiento.

Collins volvió al condado poco después de haberlo abandonado los Gardiner y Juana; pero como residió con los de Lucas, su llegada no molestó a la señora de Bennet. Aproximábase ya su casamiento, y aquélla se encontraba al fin tan resignada, que lo miraba como inevitable, y aun repetía, de mal talante, que deseaba a los novios felicidad. El jueves iba a ser la boda, y el miércoles hizo la señorita de Lucas su visita de despedida; y cuando se levantó para separarse, Isabel, avergonzada de lo poco finos y forzados cumplidos de su madre, y además sinceramente afectada de por sí, la acompañó fuera de la estancia, y al bajar juntas la escalera Carlota dijo:

—Espero saber de ti a menudo, Isabel.

—Lo sabrás, ciertamente.

—Y aun tengo que suplicarte otro favor. ¿Vendrás a verme?

—Espero que nos veremos a menudo en este condado.

—No es fácil que pueda dejar Kent en bastante

tiempo. Prométeme, por consiguiente, venir a Hunsford.

Isabel no pudo rehusar la invitación, aun entreviendo escaso agrado en la visita.

—Mi padre y María vendrán a verme en mayo —añadió Carlota—, y espero que consientas en ser de la partida. En verdad, Isabel, serás tan bien recibida como cualquiera de aquéllos.

La boda se celebró; la novia y el novio marcharon a Kent desde la puerta de la iglesia, y todos tuvieron, como de costumbre, algo que hablar sobre el asunto. Isabel supo pronto de su amiga, y su correspondencia fué tan regular y frecuente como siempre había sido. El que fuese tan franca era imposible. Isabel no podía dirigírsele sin notar que todo el agrado de la confianza había desaparecido, y aun determinando no cesar de escribir, lo hacían en atención a lo que su amistad había sido, no a lo que era. Las primeras cartas de Carlota se abrieron con gran ansiedad. No podía menos de ser curioso saber cómo hablaba de su nuevo hogar, cómo pintaba a lady Catalina, cuánta felicidad se atribuía; pero al leer esas primeras cartas observó Isabel que Carlota se expresaba exactamente como ella había previsto. Escribía alegre, pareciendo estar rodeada de comodidades, sin mencionar nada, sin alabanzas. La casa, el ajuar, la vecindad y los caminos, todo era de su gusto, y la conducta de lady Catalina lo más amigable y atenta. Era la misma pintura de Hunsford y Rosings dada por Collins, aunque templada con cierto discernimiento, e Isa-

bel comprendió que debía aguardar a su visita allá para conocer lo demás.

A todo esto Juana había enviado unas líneas a su hermana anunciándole su feliz arribo a Londres, y cuando volvió a escribir, creyó Isabel que podría decirle algo de los de Bingley.

La impaciencia por esta segunda carta fué recompensada como suele serlo siempre la impaciencia. Juana llevaba una semana en la capital sin ver a Carolina ni oír de ella. Explicábaselo no obstante suponiendo que su última carta a su amiga desde Longbourn se hubiese perdido por una casualidad.

«Mi tía—continuaba—irá mañana a aquella parte de la población y tendré ocasión de visitar la calle de Grosvenor.»

Escribió de nuevo después de hecha la visita en que vió a la señorita de Bingley. «No encontré a Carolina de buen humor, pero se alegró mucho de verme, reprochándome no haberle dado noticia de mi llegada a Londres. Estaba en lo cierto: mi última carta no la había recibido. Luego, como era natural, pregunté por su hermano. Estaba bien, mas tan ocupado con el señor Darcy, que apenas le veía. Me encontré con que la señorita de Darcy era esperada a comer; deseo poder verla. Mi visita no fué larga, pues Carolina y la señora de Hurst tenían que salir. Supongo que en breve las tendré por aquí.»

Isabel movió la cabeza al leer esa carta. Se convenció con ella de que sólo por casualidad podría

descubrir Bingley que su hermana estaba en la capital.

Pasaron cuatro semanas, y Juana no vió a ninguno de ellos. Trató de convencerse de que no lo sentía; pero no pudo permanecer más tiempo ciega hacia la desatención de la señorita de Bingley. Tras de esperar en casa todas las mañanas durante una quincena, e inventar para aquélla una nueva excusa todas las tardes, la visita llegó al fin; mas la rapidez de la misma, y más aún la extrañeza de los modales de la visitante, no permitieron a Juana engañarse más. La carta que con ese motivo dirigió a su hermana demuestra lo que sentía:

«Segura estoy, mi queridísima Isabel, de que serás incapaz de ufanarte del buen juicio tuyo sobre mis cartas cuando te confiese que he estado engañada por completo sobre el afecto de la de Bingley hacia mí. Pero, querida hermana, aunque los hechos hayan demostrado tu razón, no me juzgues obstinada si aun afirmo que, considerando su proceder, mi confianza era tan natural como tus sospechas. Después de todo, no comprendo la razón que le asistía para desear intimar conmigo; pero si de nuevo ocurrieran las mismas circunstancias, es bien cierto que de nuevo me volvería yo a engañar. Carolina no me ha devuelto mi visita hasta ayer, y ni una esquila ni una línea suya he recibido entre tanto. Cuando vino se hacía patente que no le agradaba; dió una excusa ligera, de pura fórmula, por no haberme visitado antes; no dijo palabra de ansiar verme de nuevo, y estaba tan

alterada que cuando se fué me encontré firmemente resuelta a no continuar su relación. La compadezco, aun sin poder evitar el censurarla. Obró mal en singularizarse conmigo como lo hizo; puedo decir sin ambages que todas las tentativas de intimidación comenzaron por su parte. Pero la compadezco, porque habrá de comprender que se ha conducido mal y porque estoy segura de que la zozobra por su hermano es la causa de todo. No necesito explicarme más, y aunque sabemos que no hay motivos para semejante zozobra, con todo, si es que la experimenta, con facilidad podrá explicar su conducta conmigo, y siendo él tan merecidamente caro a su hermana, cuanta zozobra pueda sentir por él es natural y simpática. Mas no puedo menos de admirarme de que salga ella ahora con temores por el estilo, porque si él se hubiera cuidado de mí, hace tiempo que nos habríamos encontrado por la población. Conoce él mi estancia en ella; de eso estoy segura por algo que ella misma me ha comunicado; y con todo, por el modo de expresarse Carolina, parecía como si necesitase persuadirse de que en realidad se interesa él por la señorita de Darcy. No lo entiendo. Si no temiera juzgar con dureza, casi me vería tentada a decir que en todo esto hay grandes apariencias de doblez. Mas yo ensayaré desvanecer toda idea penosa pensando sólo en lo que me hace falta: en tu cariño y en la inalterable bondad de mis queridos tía y tío. Hazme saber pronto de vosotros. La señorita de Bingley dijo algo de no volver jamás a Netherfield y de des-

hacerse de la casa, mas no con seguridad. Haremos mejor en no hablar de eso. Me complazco muchísimo en que hayas tenido tan halagüeñas noticias de nuestras amigos de Hunsford. Te ruego que los vayas a ver con sir Guillermo y María. Estoy convencida de que te encontrarás muy bien allí.—Tu...» Etcétera.

Esta carta apenó algo a Isabel; pero su espíritu se rehizo al considerar que Juana no se vería más engañada, por lo menos por la hermana. Toda esperanza relativa al hermano quedaba ahora desvanecida en absoluto. Ni siquiera deseaba que se renovasen sus atenciones. El carácter de él quedaba muy rebajado cuando se consideraba; y como castigo suyo, y además, a la vez, como ventaja posible de Juana, esperaba que en realidad pudiera casarse con la hermana de Darcy, ya que, según Wickham, eso le haría sentir en abundancia lo que había despreciado.

La señora de Gardiner recordó a Isabel por entonces su promesa referente al mencionado caballero, pidiendo noticias; e Isabel las tenía tales que pudieran contentar a la tía más que a sí propia. El aparente interés de él había desaparecido, sus atenciones habían acabado; admiraba a otra. Isabel vigilaba lo suficiente para verlo todo, y podía observarlo y escribir sobre ello sin verdadero pesar. Su corazón había sido herido sólo sutilmente, y su vanidad se veía satisfecha por creer haber sido ella la elegida de su corazón si la posición se lo hubiera permitido. La repentina adquisición de diez mil

libras era el encanto más saliente que podría brindar la joven a quien ahora se mostraba propicio; pero Isabel, acaso con menor penetración que en el caso de Carlota, no disputó con él por sus anhelos de independencia. Por el contrario, nada juzgaba más natural; y como podía suponer que le costaba a él algún esfuerzo el abandonarla, hallábase dispuesta a considerar el hecho como cuerda y apetecible solución para ambos, y podía desearle de corazón felicidades.

Todo eso fué dado a conocer a la señora de Gardiner, a quien, tras relatar las circunstancias, decía así: «Estoy convencida, querida tía, de que nunca he estado muy enamorada, pues si realmente hubiera experimentado esa pura y elevada pasión detestaría ahora hasta el nombre de semejante individuo y le desearía toda suerte de males. Pero no sólo abrigo sentimientos cordiales hacia él, sino que también miro con imparcialidad a la señorita de King, sin tenerle malquerencia y juzgándola, por el contrario, buena muchacha. No puede haber amor en todo eso. Mi desvelo ha sido real; y aunque si estuviera frenéticamente enamorada de él resultaría ahora más interesante para todos sus conocidos, no puedo decir que lamento mi relativa insignificancia. A veces la importancia se paga sobrado cara. Catalina y Lydia son más sensibles que yo en eso del corazón. Son jóvenes en el camino de la vida y no están hechas todavía a la mortificante convicción de que las pollas guapas han de tener algo para vivir, como todas las demás.»

CAPITULO XXVII

Sin otros acontecimientos importantes en la familia de Longbourn, ni más variación que los paseos a Meryton, unas veces con lodo y otras con frío, pasaron para ella los meses de enero y febrero. En marzo había de ir Isabel a Hunsford. Al principio no había pensado en serio en ir allá; mas vió que Carlota tenía empeño, y poco a poco fué considerando con mayor gusto el hacerlo, así como la cosa más segura. La ausencia había acrecido sus deseos de ver a Carlota y aminorado su repulsión hacia Collins; el proyecto entrañaba cierta novedad, y como con tal madre y tan insoportables hermanas como tenía no podía resultar apetitosa la estancia en casa, no podía recibir mal un cambio así. El viaje le proporcionaba además el placer de dar un abrazo a Juana, y, en suma, cuando llegó el tiempo habría sentido mucho cualquier dilación.

Mas todo se llevó bien, y se arregló en definitiva de acuerdo con el conocido plan de Carlota. Iba a acompañar a sir Guillermo y a su segunda hija. Añadióse a ese plan la mejora de pasar una noche en Londres, y con eso quedó tan perfecto como era posible.

La única pena para Isabel era separarse de su padre, a quien iba a privar de su compañía, y que, al llegar el caso, gustaba tan poco de que se marchase, que le encargó que le escribiese, y hasta casi prometió contestar a su carta.

La despedida entre ella y Wickham fué por completo amistosa, y aun más por parte de él. Su empresa actual no podía hacerle olvidar que Isabel había sido la primera que excitara y mereciera su atención, la primera en escucharle y compadecerle, la primera a quien admiró; y en su manera de decirle adiós, deseándole toda suerte de dichas, recordándole lo que había de esperar de lady Catalina de Bourgh y confiando en que sus opiniones sobre la misma, sus opiniones sobre todos ellos, coincidirían, hubo tal solicitud, interés tal, que ella sintió deber corresponderle con el más sincero afecto; partiendo así convencida de que, lo mismo casado que soltero, sería siempre su tipo de lo placentero y de lo amable.

Los compañeros de viaje del día siguiente no eran para hacérselo muy grato. Sir Guillermo Lucas y su hija María, muchacha de buen humor, aunque de cascos tan vacíos como su padre, nada tuvieron que decir que valiera la pena de oírse, y así, les escuchó con igual interés que el ruido de la posta. Isabel gustaba del absurdo, pero conocía a sir Guillermo desde antiguo; nada nuevo podía referirle ya de las maravillas de su presentación y de su dignidad de caballero, y sus cortesías eran tan rancias como sus noticias.

El viaje era de sólo veinticuatro millas, y lo emprendieron tan temprano, que al mediodía estaban en la calle de la Iglesia de la Merced. Al llegar a la puerta de los Gardiner, Juana se encontraba en la ventana del salón, esperando su llegada; al entrar en el comedor, allí estuvo ella para darles la bien-

venida, e Isabel, tras de contemplarla con ansiedad, alegróse de hallarla tan sana y tan cariñosa como siempre. En la escalera había un tropel de niños y niñas cuya impaciencia por la llegada de su prima no les permitiera esperar en el salón y cuya timidez, ya que no la habían visto en un año, les vedara ir abajo. Todo era gozo y cariño. El día se pasó muy gratamente: la tarde, en corretear y recorrer tiendas, y la velada, en uno de los teatros.

Isabel halló ocasión de conversar con su tía. Su primer tema fué su hermana, y quedó más pesarosa que extrañada al oír, como contestación a sus preguntas, que aunque Juana se esforzaba de continuo en sostener su espíritu, sufría períodos de desaliento. Con todo, era razonable esperar que no seguirían. Contóle también la señora Gardiner particularidades de la visita de la señorita de Bingley a la calle de la Iglesia de la Merced, repitiéndole la plática habida entre Juana y ella, lo cual demostraba que la primera había borrado de su corazón semejante amistad.

La señora de Gardiner reanimó a su sobrina por la deserción de Wickham; mas felicitándola porque eso marchara tan bien.

—Pero, querida Isabel—añadió—, ¿qué clase de muchacha es la señorita de King? Mucho sentiría pensar que nuestro amigo se vendía.

—Díme, querida tía, ¿qué diferencia hay, en cuestiones de matrimonio, entre lo mercenario y lo prudente? ¿Dónde acaba la discreción y comienza la avaricia? La Navidad pasada temías que me casara

con él porque eso hubiera sido imprudente, y ahora, por dirigirse a una muchacha con diez mil libras, lo tilda de mercenario.

—Si quieres decirme qué especie de muchacha es la señorita de King, sabré qué pensar.

—Creo que es muy buena muchacha. Nada malo sé de ella.

—Pero él no le dedicó la menor atención hasta la muerte del abuelo, que hizo a la misma dueña de su fortuna.

—No; ¿por qué lo había de hacer? Si no le era permitido ganar mi afecto por no tener yo dinero, ¿qué motivo había para que hiciese el amor a una muchacha de quien él por entonces no se cuidaba y que era igualmente pobre?

—Mas resulta indecoroso dirigirse a ella poco después de aquel suceso.

—Un hombre en circunstancias aflictivas no tiene tiempo para ese decoro elegante a que otros pueden atender. Si ella no se lo reprocha, ¿a qué hacerlo nosotros?

—El que ella no se lo reproche no le justifica a él. Sólo muestra la deficiencia que ella padece, sea de pesquis, sea de sentimiento.

—Bien—exclamó Isabel—; será como quieres. Serán, él, mercenario, y ella, loca.

—No, Isabel; no pretendo eso. Ya sabes cuánto me dolería pensar mal de un joven que ha vivido tanto tiempo en el condado de Derby.

—¡Oh! Si eso es todo, tengo yo muy mala opinión de los jóvenes que viven en ese condado, y sus ínti-

mos amigos, que viven en el de Hunsford, no son mucho mejores. Harta estoy de todos ellos. Gracias a Dios, mañana voy a donde hallaré un hombre que no posee ninguna cualidad agradable, que carece de formas y hasta de sentido para recomendarse. Los hombres necios son, después de todo, los únicos que vale la pena de conocer.

—Cuidado, Isabel, que esas palabras trascienden demasiado a disgusto.

Antes de separarse por concluirse la conversación tuvo la dicha inesperada de que se la invitase a acompañar a sus tíos en un viaje de recreo que se proponían emprender en el verano.

—No hemos determinado con fijeza hasta dónde llegaremos—dijo la señora de Gardiner—; mas acaso hasta los Lagos.

Ningún proyecto podía ser más halagüeño a Isabel, y así, su aceptación de tal convite fué pronta y agradecida.

—Querida tía—exclamó con entusiasmo—, ¡qué delicia!, ¡qué felicidad! Me proporcionáis vida nueva y nuevo vigor. ¡Adiós a los disgustos y al mal humor! ¡Qué son los hombres al lado de las rocas y las montañas? ¡Oh! ¡Qué horas de transporte pasaremos! Y al regresar no seremos, como otros viajeros, incapaces de dar idea exacta de nada. Sabremos adónde hemos ido, recordaremos lo que hayamos visto. Lagos, montañas y ríos estarán mezclados en nuestra imaginación; y al tratar de describir una escena particular no comenzaremos por disputar sobre el lugar donde aconteció. Que nuestras primeras

efusiones sean menos insoportables que las de la generalidad de los viajeros.

CAPITULO XXVIII

Todo lo del día siguiente de viaje fué nuevo e interesante para Isabel. Su espíritu estaba satisfecho por haber visto a su hermana de tan buen aspecto que se habían desvanecido todos sus temores por su salud, y la perspectiva de un viaje por el Norte era para ella constante fuente de delicias.

Cuando cambiaron la carretera real por el camino de Hunsford, todas las miradas buscaban la abadía, y todos, a cada vuelta, esperaban tenerla a la vista. La empalizada del parque de Rosings era su límite por uno de los lados. Isabel sonrió recordando cuántas cosas había oído de sus habitantes.

Al cabo, la abadía llegó a distinguirse. El jardín, que se extendía hasta el camino; la casa que en él se alzaba; la verde empalizada; el seto de laurel: todo iba declarando que se acercaban. Collins y Carlota aparecieron a la puerta, en medio de los saludos y sonrisas de toda la partida, y el carruaje se detuvo ante una reducida entrada que a través de una pequeña alameda conducía a la casa. Al punto descendieron todos del coche, regocijándose mutuamente de verse. La señora de Collins dió la bienvenida a su amiga con el más vivo contento, e Isabel, al verse tan afectuosamente recibida, se halló por momentos más satisfecha de haber venido. Al ins-

tante observó que los modales de su primo no habían variado con el matrimonio; su cortesía formalista era con exactitud la misma que había sido, y por eso él la detuvo algunos momentos a la puerta para que oyese y satisficiera sus preguntas sobre toda la familia. Entraron en la casa sin más dilación que la precisa para notar la limpieza del ingreso; y en cuanto se vieron en la sala de recibir volvió él a darles con ostentosa formalidad la bienvenida a su humilde morada, repitiendo punto por punto los ofrecimientos que su mujer les hiciera de un refresco.

Isabel iba dispuesta a encontrarlo en sus glorias, y no pudo huir de imaginar que al mostrarles las buenas proporciones de la estancia y su aspecto y ajuar se dirigía en particular a ella, cual deseando hacerle envidiar lo que había perdido con rechazarle. Mas, aunque todo parecía limpio y cómodo, no le fué dado felicitarle con miradas de arrepentimiento, y antes bien admirábase de que su amiga pudiera tener aire tan alegre con semejante compañero. Cuando Collins decía algo de que su mujer debiera razonablemente correrse, lo que por cierto no era raro, Isabel, sin poder evitarlo, dirigía la vista a Carlota. Una vez o dos pudo descubrir un débil sonrojo; pero en general la esposa, con gran cordura, no le escuchaba. Tras de permanecer allí tiempo suficiente para admirar todo el ajuar de la pieza, desde el armario al enrejado de la chimenea, y para contar el viaje y todo lo ocurrido en Londres, Collins las invitó a dar una vuelta por el jardín, que

era grande y bien situado y a cuyo cultivo atendía él mismo. Trabajar en su jardín era uno de sus mayores solaces, e Isabel admiró la moderación con que Carlota ponderaba lo saludable del ejercicio y reconocía que animaba a su marido a hacerlo cuanto podía. Guiándolos a través de todas las sendas y encrucijadas, y concediéndoles apenas algún intervalo para expresar las alabanzas que les exigía, fué él señalando todos los puntos de vista importantes con una minuciosidad que sobrepujaba en mucho a su belleza. Nombra los campos que se veían en todas direcciones y decía cuántos árboles había en los sitios más distantes. Pero de todos los puntos de vista de que su jardín, aun la campiña y el reino en general, podían jactarse, ninguno se podía equiparar a la perspectiva de Rosings, proporcionada por un claro entre los árboles que limitaban el parque en la parte opuesta a la fachada de su casa. Rosings era un edificio moderno, hermoso y bien emplazado sobre una eminencia.

Desde su jardín, Collins habría deseado conducirlos a recorrer sus dos praderas; mas careciendo las señoras de calzado a propósito, retrocedieron; y mientras sir Guillermo le acompañaba, Carlota introdujo a su hermana y a Isabel en la casa, acaso muy satisfecha de tener oportunidad de mostrársela sin ayuda de su marido. Era más bien pequeña, pero bien dispuesta, y todo estaba arreglado con limpieza y propiedad, lo cual reconoció Isabel ante Carlota. Si se pudiera prescindir de Collins, por lo demás había allí gran abundancia de comodidades,

y por el evidente agrado de Carlota, Isabel supuso que prescindía de él.

Había ya sabido ésta que lady Catalina seguía en el campo. Volvióse a hablar de la misma cuando estaban cenando, y Collins, sumándose a la conversación, dijo:

—Sí, Isabel; tendrás el honor de ver a lady Catalina de Bourgh el domingo próximo en la iglesia, y no he de decirte lo que te agradará. Es todo afabilidad y condescendencia, y no dudo de que serás honrada con alguna observación suya cuando termine el servicio religioso. Casi no abrigo dudas tampoco de que incluirá a ti y a mi hermana María en todas las invitaciones con que nos honre durante nuestra estancia aquí. Su proceder con mi cara Carlota es encantador. Comemos en Rosings dos veces por semana, y nunca nos permite que regresemos a pie. Siempre se pide el carruaje de Su Señoría para nosotros; mejor dicho, uno de los carruajes, porque tiene varios.

—Lady Catalina es en verdad una señora muy respetable y afectuosa—añadió Carlota—y una vecina muy atenta.

—Muy cierto, querida; eso es justamente lo que yo digo. Es una mujer a quien jamás puede mirarse con deferencia excesiva.

La velada se empleó sobre todo en hablar del condado de Hersford y en repetir lo que ya se había comunicado por escrito, y cuando terminó, Isabel, en la soledad de su aposento, hubo de meditar sobre el grado de satisfacción de Carlota y reflexionar sobre

su destreza en guiar y su compostura en tratar a su marido, reconociendo que todo lo hacía muy bien. Hubo de pensar a la par en cómo pasarían los días de su visita, en el conjunto todo de las ocupaciones ordinarias que tendrían, en las molestas interrupciones de Collins y en la alegría que podría brindar el trato con los de Rosings. Su viva imaginación lo determinó todo al punto.

Hacia mitad del siguiente día, cuando estaba en su cuarto dispuesta a ir a paseo, un repentino ruido que se percibió abajo pareció poner en confusión a toda la casa, y tras de escuchar un momento, oyó que alguien subía la escalera con gran apresuramiento y la llamaba en alta voz. Abrió la puerta y se encontró en el corredor con María, quien, falta de aliento y con agitación, exclamó:

—¡Oh mi querida Isabel! ¡Date prisa y vé al comedor, porque hay algo que ver allí! No puedo decirte qué es. Date prisa y baja al momento.

En vano preguntó Isabel. María no quiso decirle más, y ambas corrieron al comedor, situado frente al camino, para ver la maravilla. En total, eran dos señoras paradas a la puerta del jardín, en un faetón bajo.

—¿Y eso es todo?—exclamó Isabel—. ¡Esperaba por lo menos que los lechoncillos hubieran entrado en el jardín, y no es sino lady Catalina con su hija!

—¡Oh! querida—repuso María extrañadísima de la equivocación—, no es lady Catalina. La anciana es la señora Jenkinson, que vive con ellas. La otra es la señorita de Bourgh. Mira sólo a ésta. Es en ab-

soluto una niña. ¿Quién hubiese creído que fuera tan delgada y pequeña?

—Es sumamente grosero tener a Carlota fuera de la puerta con semejante viento. ¿Por qué no entra?

—¡Oh! Carlota dice que con dificultad lo hacen. Es el mejor de los favores el que entre la señorita de Bourgh.

—Me gusta su aspecto—dijo Isabel, oprimida por otras ideas—. Semeja enferma y estropeada. Sí, resultará muy buena para él. Hará una mujer muy adecuada.

Collins y su esposa estaban de charla con las señoras, y sir Guillermo, con gran entretenimiento de Isabel, hallábase parado en el camino de la puerta, sumido en la más atenta contemplación de la grandeza que ante sí tenía, inclinándose cortésmente cuando la señora de Bingley miraba hacia allí.

Al fin no tuvieron más que decirse; las señoras siguieron su camino, y las otras entraron en casa. Collins, no bien vió a las dos muchachas, comenzó a felicitarlas por su fortuna; lo que Carlota aclaró haciéndoles saber que toda la partida estaba invitada a comer en Rosings al día siguiente.

CAPITULO XXIX

La satisfacción de Collins por ese convite fué completa. El poder mostrar la grandeza de su patrona ante sus admirados visitantes y hacerles

ver la cortesía de lady Catalina para con él y su esposa eran justamente las cosas que más anhelaba; y el que tan pronto se ofreciese ocasión de todo ello era prueba tal de la bondad de la mencionada señora que no sabía cómo ponderarlo bastante.

—Confieso—dijo—que nada me habría sorprendido una invitación de Su Señoría para tomar el te el domingo y pasar la tarde en Rosings; antes bien, conociendo su afabilidad, esperaba que eso aconteciese. Pero ¿quién podía prever una atención como ésta? ¿Quién habría imaginado que recibiríamos una invitación—extendida a todos los de la casa—para comer allí tan inmediatamente después de nuestra llegada?

—Yo soy el menos asombrado de lo ocurrido—replicó sir Guillermo—por el conocimiento que poseo del verdadero modo de ser de los grandes, conocimiento que mi situación en el mundo me ha permitido adquirir. En la corte esos ejemplos no son raros.

En todo el día y en la mañana siguiente apenas se habló de otra cosa que de la visita a Rosings. Collins los fué instruyendo con cuidado de lo que iban a ver, para que la vista de tales estancias, de tantos criados y de tan espléndida comida no los sobrecogiese en absoluto.

Cuando las señoras se separaban para vestirse dijo a Isabel:

—No te inquietes, querida prima, por el atavío. Lady Catalina está muy lejos de exigir de nosotros

la elegancia que convienen a ella y a su hija. Sólo te recomendaría que te pusieses el vestido mejor que tengas; no hay que hacer más. Lady Catalina no juzgará mal de ti porque vayas vestida con sencillez. Gústale que se le reserve la distinción correspondiente a su rango.

Mientras se vestían, él fué dos o tres veces a las respectivas puertas recomendando prisa, pues lady Catalina censuraba mucho el tener que esperar para la comida. Tan elevadas noticias de Su Señoría y de su modo de ser habían asustado por completo a María Lucas, poco hecha a sociedad, y miraba por eso su entrada en Rosings con tanto temor como su padre había experimentado cuando su presentación en St. James.

Como el tiempo era hermoso, la ida fué un agradable paseo de media milla a través del parque. Todo parque posee sus bellezas y sus perspectivas, e Isabel halló en aquél mucho que la agradó, aunque no le produjo el entusiasmo que Collins creía que había de inspirarle la escena; y así, sólo débilmente la interesó la enumeración que aquéi le hizo de las ventanas de la fachada de la casa y la relación de lo que la totalidad de las vidrieras había costado a sir Luis de Bourgh.

Cuando subían por la escalera hacia el vestíbulo, la excitación de María crecía por momentos y ni sir Guillermo se hallaba tranquilo por completo. A Isabel no le faltaba por entonces valor. Nada había oído de lady Catalina que le revelase extraordinario talento o virtud de santa, y pensaba que

de la sola majestad del dinero y del rango le era dado ser testigo sin turbación.

Desde el vestíbulo de entrada, del cual Collins hizo notar con entusiasmo las armoniosas proporciones y el delicado ornato, siguieron a los criados, a través de una antecámara, a la habitación donde lady Catalina, su hija y la señora Jenkinson se encontraban. Su Señoría, con gran amabilidad, se levantó para recibirlos, y como la señora de Collins había acordado con su marido que el oficio de la presentación le correspondía, se hizo ésta de conveniente manera, sin ninguna de aquellas excusas ni de aquel agradecimiento que él habría juzgado necesarios.

A pesar de haber estado en St. James, sir Guillermo quedó tan por completo admirado de la grandeza que le rodeaba, que apenas tuvo valor para una muy profunda cortesía, y se sentó sin decir palabra; y su hija, asustada y como fuera de sí, sentóse también en el borde de una silla, sin saber a dónde mirar. Isabel permanecía en escena totalmente tranquila y pudo observar con calma a las tres damas que tenía ante sí. Lady Catalina era mujer muy alta y gruesa, de facciones fuertemente marcadas, que pudieron haber sido bellas en sus tiempos. Su aire no era atrayente ni sus modales al recibirlos propios para hacer olvidar a sus visitantes su inferior jerarquía. No era terrible cuando guardaba silencio; pero lo que decía lo decía con tono tan autoritario que hacía resaltar su importancia, lo cual trajo al instante a Wickham ante la mente

de Isabel; y de sus observaciones de toda la velada sacó ésta que lady Catalina era punto por punto como aquél la había retratado.

Cuando, tras de examinar a la madre, en cuyo aspecto y proceder pronto descubrió semejanza con Darcy, volvió los ojos a la hija, casi se asombró tanto como María de verla tan delgada y menuda. Ni en la figura ni en el rostro había la más leve semejanza entre las dos. La señorita de Bourgh era pálida y enfermiza; sus facciones, aunque no ordinarias, eran insignificantes, y hablaba poco, excepto, en voz baja, con la señora Jenkinson, en cuyo aspecto nada había de notable y que estuvo por completo entregada a escuchar lo que aquélla le decía y a colocar una pantalla ante sus ojos en dirección conveniente.

Tras de permanecer sentada unos minutos, fueron guiados todos a una de las ventanas, para admirar el panorama, cuyas bellezas apuntó Collins, informándoles amablemente lady Catalina de que era mucho mejor vista la del verano.

La comida fué sobremanera grandiosa, y en ella se vieron todos los criados y toda la vajilla de plata que Collins había prometido; y, cual probablemente había pronosticado, sentóse él a la cabecera de la mesa, a requerimientos de Su Señoría, pareciéndole entonces como si la vida nada pudiese brindar mejor. Trinchaba, comía y alababa todo con deliciosa vivacidad, y cada plato era ponderado primero por él y luego por sir Guillermo, que se hallaba ya lo suficiente reportado para ser el eco de cuanto

decía su yerno, de tal modo, que Isabel se admiraba de que lady Catalina los pudiese sufrir. Pero lady Catalina parecía satisfecha con esa excesiva admiración y sonreía graciosamente, en especial cuando algún plato resultaba novedad para aquéllos. Los demás no conversaban mucho. Isabel hallábase dispuesta a hablar en cuanto se diera oportunidad; mas estaba sentada entre Carlota y la señorita de Bourgh, la primera de las cuales se dedicaba a escuchar a lady Catalina, al paso que la segunda no soltó prenda en toda la comida. La señora Jenkinson se ocupaba sobre todo en vigilar la alimentación de la señorita de Bourgh, invitándola a que tomase de algún otro plato y temiendo que estuviese indispuesta. María pensaba que debía callar, y los caballeros no hacían sino comer y expresar su admiración.

Cuando las señoras salieron al salón poco hubo que hacer en él fuera de escuchar la charla de lady Catalina, que duró sin descanso hasta que llegó el café, dando a conocer su opinión sobre toda clase de asuntos, de modo tan resuelto que revelaba cuán poco hecha estaba a que sus juicios se controvertiesen. Interrogó familiar y minuciosamente sobre los quehaceres domésticos de Carlota, dándole multitud de avisos para el desempeño de todos ellos; díjole cómo todo debía regularse en familia tan corta como la suya, y la instruyó hasta sobre el cuidado de sus vacas y gallinas. Isabel notó cómo nada se ofrecía a la atención de tan gran señora que no le suministrase ocasión de dar preceptos

a los demás. En los intervalos de su conferencia con la señora de Collins dirigió varias preguntas a María e Isabel, pero en especial a la última, de cuyas relaciones ella sabía menos, y de quien dijo a la señora de Collins que era muchacha muy gentil y agradable. Preguntóle en diferentes veces cuántas hermanas tenía, si eran mayores o menores que ella, si alguna estaba para casarse, si eran guapas, si habían sido bien educadas, de qué talante era su padre, y cuál había sido el apellido de su madre de soltera. Isabel comprendía la impertinencia de sus preguntas, mas contestó a ellas con mucho reposo. Lady Catalina observó entonces:

—Creo que la propiedad de su padre de usted está vinculada a favor del señor Collins. Por usted —dijo volviéndose a Carlota— lo celebro; pero por lo demás, no veo motivo para vincular estados fuera de la línea femenina. No fué eso juzgado preciso en la familia de sir Luis de Bourgh. ¿Toca usted o canta, señorita de Bennet?

—Un poco.

—¡Ah! Entonces, un rato u otro tendremos el gusto de escucharla a usted. Nuestro piano es excelente; probablemente superior al... Algún día lo probará usted. Y sus hermanas de usted, ¿tocan y cantan?

—Una de ellas lo hace.

—¿Por qué no han aprendido todas? Todas debieran haber aprendido. Las señoritas de Webbs tocan todas y sus padres no poseen tan buenos ingresos como los de ustedes. ¿Dibujan ustedes?

—No; nada en absoluto.

—¿Cómo? ¿Ninguna de ustedes?

—Ninguna.

—Es muy raro. Mas supongo que no habrán tenido ocasión. Su madre de ustedes debiera haberlas llevado a la capital todas las primaveras para poder tener buenos maestros.

—Mi madre no se habría opuesto; pero mi padre odia Londres.

—¿Las ha dado de alta a ustedes su institutriz?

—Nunca tuvimos institutriz.

—¿Sin institutriz! ¿Cómo ha sido posible? ¿Cinco hijas educadas en casa, sin institutriz! Jamás oí nada por el estilo. Su madre de ustedes habrá tenido que ser una verdadera esclava para educarlas.

Isabel con dificultad pudo evitar una sonrisa al asegurarle que la cosa no había sido así.

—Entonces, ¿quién les enseñó a ustedes? ¿Quién las cuidó? Sin institutriz, tuvieron ustedes que estar abandonadas.

—En comparación con ciertas familias, creo que lo estábamos; pero a aquella de nosotras que deseó aprender nunca le faltaron medios. Siempre se nos excitaba a leer, y teníamos cuantos maestros eran precisos. Verdad es que quienes preferían estar ociosas podían estarlo.

—¡Ah, no hay duda!; pero eso es lo que una institutriz puede evitar, y si yo hubiera conocido a su madre de usted le habría aconsejado con insistencia tomar una. Siempre sostengo que en ma-

teria de educación nada se consigue sin instrucción sólida y ordenada, y sólo una institutriz puede darla. Causa maravilla ver las muchas familias a quienes he proporcionado medio de servirse de ellas. Siempre me agrada colocar bien a una joven. Cuatro sobrinas de la señora Jenkinson están colocadas muy a gusto por mí, y el otro día mismo recomendé a otra joven de quien por casualidad se me habló, y la familia está complacidísima con ella. Señora de Collins, ¿he dicho a usted que estuvo ayer lady Metcalfe para darme las gracias? Tiene a la señorita Pope por un tesoro. «Lady Catalina—me dijo—, me ha dado usted un tesoro.» ¿Ha salido al mundo alguna de sus hermanas menores, señorita de Bennet?

—Sí, señora, todas.

—¡Todas! ¡Cómo!, ¿las cinco a la vez? ¡Es muy singular! Y usted es la segunda. ¡Las menores, lanzadas antes de casadas las mayores! ¿Las hermanas menores de usted deben ser muy jóvenes?

—Sí; la menor aun no tiene diez y seis años. Aca-so sea demasiado joven para estar en sociedad. Pero, en realidad, señora, estimo que sería muy duro para las menores que careciesen de algo de sociedad y de entretenimientos porque las mayores no poseyesen medios o inclinación para casarse pronto. La nacida última tiene tanto derecho como la primera a los placeres de la juventud. ¡Y demorarlos por ese motivo! Creo que eso no sería muy a propósito para promover el cariño fraternal ni la delicadeza de pensamientos.

—A fe mía—exclamó lady Catalina—que da usted sus opiniones de modo muy resuelto para ser tan joven. Haga el favor de decirme qué edad tiene usted.

—Con tres hermanas crecidas detrás—replicó Isabel sonriente—, será difícil que Vuestra Señoría espere que lo confiese.

Lady Catalina pareció asombrarse por completo de no recibir una contestación directa, e Isabel sospechó de sí misma que era la primera criatura que se había atrevido a chancearse de una impertinencia de tan elevada persona.

—No puede usted tener más de veinte, estoy segura; por tanto, no tiene usted por qué ocultar su edad.

—Aun no tengo veintiuno.

Cuando los caballeros se les unieron y se hubo tomado el te colocáronse las mesitas de juego. Lady Catalina, sir Guillermo y los señores de Collins se sentaron a jugar partida de cuatro, y como la señorita de Bourgh prefirió jugar a *cassino*, las dos muchachas tuvieron el honor de ayudar a la señora Jenkinson a completar la suya. Su mesa era aburrida en grado superlativo. Apenas se lanzaba una palabra que no se refiriese al juego, excepto cuando la mencionada señora expresaba sus temores de que la señorita de Bourgh tuviera excesivo calor o excesivo frío, o demasiada luz o demasiado poca. Mucho más animada era la otra mesa. Lady Catalina hablaba casi de continuo, notando las equivocaciones de los demás o relatando alguna anécdota relativa

a sí misma. Collins se ocupaba en recalcar cuanto Su Señoría decía, en darle las gracias cuando ganaba y en excusarse si creía que la ganancia era con exceso. A sir Guillermo no se le oía mucho; no hacía sino traer a su memoria anécdotas y nombres de personajes.

Cuando lady Catalina y su hija hubieron jugado lo que deseaban quitáronse las mesas y se ofreció a los señores de Collins el coche, que fué aceptado con gratitud y pedido al punto. La reunión entonces se congregó junto al fuego, para oír a lady Catalina el tiempo que iba a hacer al día siguiente. En eso se hallaban cuando se les avisó la llegada del coche, y con muchos discursos de gracias por parte de Collins y muchas reverencias por la de sir Guillermo se marcharon. En cuanto salieron de la puerta, Isabel fué invitada por su primo para dar su opinión sobre lo visto en Rosings, a lo cual, en atención a Carlota, ella se prestó, haciéndolo más favorablemente que lo sentía. Mas su elogio, por más trabajo que le costara, no pudo satisfacer de ningún modo a Collins, quien pronto se vió obligado a tomar por su cuenta el elogio de Su Señoría.

CAPITULO XXX

Sir Guillermo permaneció sólo una semana en Hunsford; pero su visita fué suficiente para convencerle de que su hija estaba muy bien colocada y de que poseer tal marido y semejante vecindad no eran

cosa corriente. Mientras sir Guillermo estuvo allí, Collins dedicaba la mañana a sacarlo en su cochecillo y mostrarle la campiña; mas cuando se marchó, toda la familia volvió a sus habituales tareas; alegrándose Isabel de que la mudanza de vida no les hiciese ver aún más a su primo, porque la mayor parte del tiempo entre el almuerzo y la comida lo pasaba éste o trabajando en el jardín, o leyendo, o escribiendo, o mirando a través de la ventana de su biblioteca, que daba sobre el camino. El cuarto donde solían estar las señoras daba a la parte posterior. Al principio extrañaba Isabel que Carlota no prefiriese para ese uso común el corredor, pieza mayor y de mejor aspecto; mas pronto vió que su amiga estaba acertada al obrar así, pues Collins se habría quedado mucho menos en su aposento si ellas hubieran usado otro tan alegre, y dió la razón a Carlota por su proceder.

Desde ese salón no podían distinguir nada de la pradera, y por eso eran siempre deudoras a Collins del conocimiento de los coches que pasaban, y en especial de lo a menudo que la señorita de Bourgh lo hacía en su faeton, cosa que jamás dejaba de comunicarles, aunque acaeciese casi todos los días. No pocas veces se detenía ella en la abadía, conversando unos minutos con Carlota; pero con dificultad se la convencía de que saliese del carruaje.

Muy pocos días pasaban sin ir Collins de paseo a Rosings, y no muchos sin que su mujer juzgase necesario hacer lo propio, y hasta que Isabel recordó que podía haber otra familia dispuesta a lo mismo

no pudo comprender el sacrificio de tantas horas. De vez en cuando honrábaseles con una visita de Su Señoría, a quien nada de cuanto acaecía en el salón pasaba inadvertido durante semejantes visitas. Observaba, en efecto, sus ocupaciones, miraba sus labores y les aconsejaba hacerlas de otro modo; hallaba defectos en la disposición de los muebles o descubría negligencias en la criada; y si aceptaba algún pisolabis, parecía hacerlo sólo para encontrar que las lonjas de carne de los Collins eran sobrado grandes para su familia.

Pronto se percató Isabel de que aun no estando la paz del condado encomendada a esa gran señora, era muy activa magistrada en su propia parroquia, cuyos más minuciosos asuntos le comunicaba Collins, y siempre que alguno de los aldeanos salía pendenciero o se mostraba descontento o se sentía demasiado pobre, se personaba aquélla en el lugar oportuno a zanjar aquellas diferencias o acallar esas quejas, procurando armonía o abundancia.

El convite para comer en Rosings se repetía un par de veces por semana, y desde la partida de sir Guillermo, como sólo había una mesa de juego durante la velada, el entretenimiento era siempre igual. Sus restantes invitaciones eran escasas, pues el modo de vivir de la vecindad en general era distinto del de los Collins. Eso no era, con todo, ningún mal para Isabel, quien de ordinario pasaba bastante bien las horas; tenía ratos de amena plática con Carlota, y como el tiempo era hermosísimo para la estación, disfrutaba con frecuencia de esparcimiento

fuera de casa. Su paseo favorito, al que acudía a menudo mientras las otras visitaban a lady Catalina, era a lo largo de la alameda que bordeaba aquel lado del parque, donde había un sendero ligeramente accidentado que nadie parecía apreciar sino ella, y en el cual se hallaba fuera del alcance de la curiosidad de lady Catalina.

De tan tranquila guisa se pasó pronto la primera quincena de su estancia. Se acercaba la Pascua, y la semana anterior a la misma iba a aportar aumento a la familia en Rosings, aumento que en tan reducido círculo parecía resultar de importancia. Isabel había oído poco después de su llegada que Darcy era allí esperado para dentro de pocas semanas, y aun sin haber muchos de sus conocidos a quienes no hubiese preferido, era cierto que el arribo de aquél podía prestar alguna relativa variedad a las veladas en Rosings, pudiendo ella entonces divertirse en ver cuán sin esperanza eran los designios de la señorita de Bingley sobre él con la conducta del mismo con su prima, para quien evidentemente lo destinaba lady Catalina, la cual hablaba de su llegada en términos de admiración hacia él, molestada casi con que hubiese sido ya antes visto con frecuencia por la señorita de Lucas y por Isabel misma.

Su llegada fué conocida pronto en la abadía, porque Collins llevaba paseándose toda la mañana con la vista fija en las casitas que daban entrada al camino de Hunsford para ser pronto sabedor de aquélla, y después de hacer su correspondiente cortesía cuando el coche entró en el parque se apresuró a ir

a casa con la magna noticia. A la mañana siguiente se dirigió a Rosings a ofrecerle sus respetos. Había allí dos sobrinos de lady Catalina, porque Darcy había llevado consigo al coronel Fitzwilliam, hijo menor de su tío Lord; y con gran sorpresa de toda la casa, cuando Collins regresó, ambos caballeros le acompañaron. Carlota los había visto desde el cuarto de Collins, cuando cruzaban el camino, y entrando al punto en el otro comunicó a las muchachas el honor que podían esperar, añadiendo:

—Habré de darte las gracias, Isabel, por esa muestra de cortesía. El señor Darcy no habría venido tan pronto a visitarme.

Isabel apenas tuvo tiempo para negar sus derechos a semejante cumplido antes de que la llegada de ellos fuese anunciada por la campanilla, y poco después los tres caballeros entraron en la estancia. El coronel Fitzwilliam, que iba delante, era de unos treinta años, y, aunque no guapo, revelaba con claridad al caballero en su persona y en su avío. Darcy estaba por completo como en el condado de Hertford; hizo sus cumplidos a los Collins con su habitual reserva, y, cualesquiera que fuesen sus sentimientos hacia Isabel, la saludó con absoluta compostura. Ella se limitó a devolverle el saludo sin decir palabra.

El coronel Fitzwilliam entró en derechura en conversación con la soltura y facilidad de un hombre bien educado, charlando muy amenamente; pero su primo, tras de hacer débiles observaciones a Collins sobre el jardín y la casa, permaneció sen-

tado durante algún tiempo sin hablar palabra con nadie. A la postre, no obstante, su cortesía alcanzó a preguntar a Isabel sobre la salud de su familia. Contestóle ella en términos corrientes, y después de un momento de silencio anadió:

—Mi hermana mayor ha pasado en la capital estos tres meses. ¿No se ha dado el caso de que la viese usted allí?

Sabía perfectamente que no la había visto; mas prefería notar si revelaba conocimiento de lo ocurrido entre los Bingley y Juana, y le pareció que semejaba estar algo confuso al responder que jamás había sido tan afortunado que encontrase a la señorita de Bennet. El tema no se prosiguió, y los caballeros se fueron poco después.

CAPITULO XXXI

Los modales del coronel Fitzwilliam fueron muy elogiados en la abadía, y las señoras todas comprendieron que él habría de añadir considerable agrado al de las invitaciones a Rosings. Con todo, pasaron algunos días antes de que recibieran convite para ir allí, porque mientras hubiera huéspedes en la casa podrían ellos no ser precisos; y no fué sino el día de Pascua, una semana después de la llegada de los caballeros, cuando se vieron honrados con semejante atención, y aun entonces se les hizo saber, al salir de la iglesia, que fueran por la tarde.

La última semana habían visto poco así a lady Catalina como a su hija. El coronel Fitzwilliam había visitado la abadía más de una vez durante ese tiempo; mas a Darcy sólo se le había visto en la iglesia.

La invitación quedó desde luego aceptada, y a la hora oportuna se unieron ellos a la partida en el salón de lady Catalina. Su Señoría los recibió con atención; pero se hacía patente que su compañía no le era de ningún modo tan aceptable como cuando no tenía a nadie más; y, en efecto, estuvo muy dedicada a sus sobrinos, hablándoles, y con especialidad a Darcy, mucho más que a cualquiera otra persona del salón.

El coronel Fitzwilliam parecía satisfecho de verdad de verlas; cualquiera cosa servíale en Rosings de alivio y era bien recibida, y la bella amiga de la señora de Collins había cautivado mucho su fantasía. En esta ocasión se sentó a su lado, y habló tan agradablemente de Kent y de Herford, de sus viajes y de su estancia en casa, de libros nuevos y de música, que Isabel nunca se había entretenido antes ni la mitad en aquel salón; y conversaron por eso con tal ingenio y efusión que atrajeron la atención de la propia lady Catalina lo mismo que la de Darcy. Las miradas de éste habían convergido pronto y repetidas veces hacia ellos con curiosidad; y que Su Señoría participó, tras un rato, del mismo sentimiento reconocióse con mayor claridad al no tener escrúpulo en decir:

—¿Qué es lo que dices, Fitzwilliam? ¿De qué es-

tás hablando? ¿Qué está usted contando, señorita de Bennet? Permítame usted oír de qué se trata.

—Hablamos de música, señora—repuso él cuando no pudo evitar la contestación.

—¡De música! Pues hagan ustedes el favor de hablar en voz alta. Es mi mayor delicia entre todos los temas de conversación. Tengo que meter baza en la conversación si hablan ustedes de música. Creo que hay pocas personas en Inglaterra que experimenten más vivo placer con la música que yo, o que posean mejor gusto natural. Si yo la hubiera aprendido habría dado grandes frutos. Y así acontecería a Ana si su salud le hubiera permitido aplicarse a ella: segura estoy de que habría ejecutado deliciosamente. ¿Cómo está en eso Georgiana, Darcy?

Darcy hizo un cordial elogio del aprovechamiento de su hermana.

—Me alegro mucho de recibir de ella tan buenas noticias—dijo lady Catalina—y suplicote que le digas de mi parte que no espere sobresalir en eso si no lo practica mucho.

—Puedo asegurar—replicó él—que no necesita esa advertencia. Lo practica con mucha constancia.

—Tanto mejor; eso nunca es demasiado; y la primera vez que le escriba le encargaré que no lo olvide por nada. Con frecuencia digo a las jóvenes que no se alcanza superioridad en la música sin práctica constante. Muchas veces he dicho a la señorita de Bennet que nunca tocará bien si no lo

practica más; y aunque la señora de Collins no tiene piano, será aquélla muy bien venida, cual le he dicho otras veces, si visita a Rosings todos los días y toca el piano en el cuarto de la señora Jenkinson. Ya sabéis que en esa parte de la casa no molestará a nadie.

Darcy pareció algo corrido de la mala educación de su tía y no contestó.

Cuando se hubo tomado el café, el coronel Fitzwilliam recordó a Isabel que le había prometido tocar, y ella se sentó inmediatamente al piano. El puso su silla a su lado. Lady Catalina escuchó la mitad de la canción y después siguió hablando, como antes, a su otro sobrino, hasta que éste, dejándola y moviéndose con su habitual cautela hacia el piano, se estacionó de modo que dominase el aspecto de la bella ejecutante. Isabel notó lo que él hacía, y a la primera pausa oportuna le dirigió una sonrisa más que regular y le dijo:

—¿Cree usted asustarme, señor Darcy, con venir de esa manera a oírme? Pues yo no me alarmo aunque su hermana de usted toque tan bien. Es terquedad mía el no poder jamás asustarme a voluntad de otros. Mi valor crece siempre a cada tentativa de intimidarme.

—No diré a usted que se haya equivocado—replicó él—, porque no puede usted creer de mí en realidad el desec de azorarla; y he tenido el placer de conocerla suficiente tiempo para saber que encuentra usted gran contento en profesar en ocasiones opiniones que de hecho no son las suyas.

Isabel se rió de corazón al oír esa pintura suya y dijo al coronel Fitzwilliam:

—Su primo de usted pretende darle muy bonita idea de mí enseñándole a no creer palabra de cuanto yo le diga. Me tengo por especialmente desgraciada al dar con una persona tan dispuesta a descubrir mi verdadero carácter en un sitio donde yo había esperado obtener algún crédito. La verdad, señor Darcy, es que resulta poco generoso por su parte el mencionar cuanto supo usted en contra mía en el condado de Hertford, y permítame usted decirle que es también muy impolítico, porque eso es provocarme al desquite, y podrían salir a colación tales cosas que ofendiera a sus parientes el escucharlas.

—Yo no temo a usted—dijo él sonriente.

—Haga usted el favor de decirme de qué le acusa usted—exclamó el coronel Fitzwilliam—. Me gustaría saber cómo se conduce con extraños.

—Se lo diré a usted; pero prepárese para algo muy espantoso. Ha de saber usted que la primera vez que le vi en Hertford fué en un baile, y en ese baile ¿qué cree usted que hizo? Pues bailó sólo cuatro números, a pesar de escasear los caballeros, y más de una señora estuvo sentada por falta de pareja. Señor Darcy, no puede usted negar el hecho.

—Entonces no tenía el honor de conocer a ninguna señorita de la reunión, fuera de las de mi compañía.

—Cierto, y nadie puede ser presentado en un

baile. Bien, coronel Fitzwilliam, ¿qué toco ahora? Mis dedos aguardan las órdenes de usted.

—Acaso—añadió Darcy—habría sido juzgado mejor si hubiera pretendido presentación; pero no sirvo para recomendarme a personas desconocidas.

—¿Vamos a preguntar a su prima la razón de eso?—dijo Isabel dirigiéndose todavía al coronel Fitzwilliam—. ¿Le preguntamos cómo un hombre de talento y educación, y que ha vivido en el mundo, no sirve para recomendarse por sí a los desconocidos?

—Yo puedo responder a esa pregunta—dijo Fitzwilliam—sin interrogarle a él. Eso es porque no quiere tomarse esa molestia.

—Cierto—dijo Darcy—que no poseo el talento de otros de conversar con facilidad con aquellos a quienes nunca he visto. No puedo hacerme a esa especie de conversación ni parecer interesado en sus cosas, como se ve a menudo.

—Mis dedos—dijo Isabel—no se mueven sobre este instrumento del modo magistral con que he visto hacerlo a muchas mujeres; no tienen la misma fuerza y agilidad que los de éstas, y no pueden producir igual impresión. Pero siempre he supuesto que era culpa mía, por no haberme querido tomar la pena de hacer ejercicios. No es que no sean mis dedos tan a propósito como los de otra mujer cualquiera de buena ejecución.

Darcy sonrió y dijo:

—Tiene usted razón en absoluto. Ha empleado usted el tiempo mucho mejor. Nadie que sea ad-

mitido al privilegio de oírlo podrá pensar que le falta a usted algo. Ninguno de nosotros hace comedias ante desconocidos.

Aquí fueron interrumpidos por lady Catalina, quien preguntó de qué hablaban. Isabel al instante volvió a tocar. Aproximóse aquélla, y tras de escucharla durante algunos minutos dijo a Darcy:

—La señorita de Bennet no tocaría mal si practicase más y si hubiera tenido las ventajas de un buen profesor de Londres. Tiene buen concepto de lo que es teclear, aunque su gusto no llega al de Ana. Ana habría sido una deliciosa ejecutante si su salud le hubiera permitido aprender.

Isabel miró a Darcy para observar su cordial asentimiento al elogio de su prima, que aquélla esperaba; pero ni en aquel momento ni en ningún otro pudo discernir ningún síntoma de amor; y de la totalidad del proceder de él con la señorita de Bourgh dedujo este consuelo para la de Bingley, a saber: que le habría gustado casarse con ella si hubiera sido su parienta.

Lady Catalina continuó sus advertencias relativas a la ejecución de Isabel, mezclándolas con instrucciones numerosas sobre la ejecución y el gusto. Isabel las recibió con cuanta paciencia es patrimonio de la cortesía, y a petición de los caballeros siguió tocando hasta que estuvo puesto el coche de Su Señoría y los llevó a todos a su casa.

CAPITULO XXXII

A la mañana siguiente estaba Isabel sola escribiendo a Juana, mientras la señora de Collins y María habían ido a compras al pueblo, cuando quedó sobresaltada oyendo la campanilla de la puerta, señal inequívoca de una visita. Aunque no había oído carruaje alguno, pensó no ser imposible que fuese lady Catalina, y en esa idea, había escondido su carta a medio escribir, para evitar toda pregunta impertinente, cuando se abrió la puerta y, con gran sorpresa de Isabel, entró en la habitación Darcy, Darcy solo.

Pareció asombrarse de hallarla sola también, disculpando su intromisión con hacerle saber que creía a todas las señoras en casa.

Sentáronse ambos, y tras de las preguntas relativas a Rosings pareció que iban a quedar en silencio. Con todo, era en absoluto necesario pensar en algo, y ante tal necesidad, recordando la última vez que se habían visto en el condado de Hertford y sintiendo curiosidad por saber lo que diría sobre su rápida marcha, dijo ella:

—¡Qué repentinamente abandonaron ustedes Netherfield el pasado noviembre, señor Darcy! Debió de ser una sorpresa muy grata para el señor Bingley el verlos a todos ustedes tan pronto tras él; porque, si mal no recuerdo, él se había marchado el día antes. Supongo que tanto él como sus hermanas estarían bien cuando salió usted de Londres.

—Perfectamente, gracias.

Conoció que no iba a recibir otra contestación, y tras un breve silencio añadió ella:

—Creo habersabido que el señor Bingley no abrigaba grandes propósitos de volver a Netherfield.

—Nunca le he oído eso; pero es probable que pueda disponer él de poco tiempo en adelante. Tiene muchos amigos, y está en una época de la vida en que los amigos y las compañías aumentan de continuo.

—Si proyecta estar poco en Netherfield sería mejor para la vecindad que lo abandonase por entero, porque entonces sería probable que se instalase allí fija otra familia. Mas quizá el señor Bingley no tenga la casa tanto por conveniencia de la vecindad como por la propia suya, y habremos de esperar que siga con ella o la deje según esa norma.

—No me sorprendería—añadió Darcy—que se desprendiera de ella en cuanto se ofreciese una oportunidad aceptable.

Isabel no contestó. Temía hablar más del amigo de su interlocutor, y como no tenía otra cosa que decir, determinó dejar ahora a él el cuidado de buscar tema.

Comprendiólo él, y pronto comenzó así:

—Esta casa parece muy confortable. Creo que lady Catalina la ha mejorado mucho al venir el señor Collins por primera vez a Hunsford.

—Creo que sí; y estoy muy segura de que no podría haber mostrado su bondad en nada mejor.

—El señor Collins parece muy afortunado en su elección de esposa.

—Sí, cierto. Sus amigas pueden alegrarse de que haya dado con una de las pocas mujeres sensibles que le habrían aceptado o hecho feliz tras de aceptarlo. Mi amiga posee excelente entendimiento, aunque no tengo yo su casamiento con el señor Collins por lo más cuerdo que ha hecho. Parece no obstante dichosa por completo; desde el punto de vista prudente, era éste un partido muy bueno para ella.

—Ha de ser muy grato para ella verse a tan poca distancia de su familia y amigos.

—¿Poca distancia le llama usted? Hay cerca de cincuenta millas.

—¿Y qué son cincuenta millas de buen camino? Poco más de media jornada de viaje. Sí, la tengo por poca distancia.

—No había yo considerado la distancia como una de las ventajas del partido—exclamó Isabel—. Jamás habría dicho que la señora de Collins estuviese colocada cerca de su familia.

—Eso prueba el apego de usted al condado de Hertford. Todo cuanto sea más allá de la vecindad de Longbourn supongo que le parecerá a usted lejos.

Mientras hablaba se sonreía de un modo que Isabel imaginaba interpretar: debía él suponerla pensando en Juana y Netherfield, y así, se sonrojó al contestar:

—No pretendo significar que una mujer no pueda dejar de estar demasiado cerca de su familia. Lejos

y cerca son cosas relativas y dependen de muy variadas circunstancias. Si hay suficiente fortuna para no conceder importancia a los gastos de viaje, la distancia no es un mal. Pero ése no es aquí el caso. Los señores de Collins poseen suficientes ingresos, mas no tales que les permitan viajes frecuentes, y estoy segura de que mi amiga no diría que estaba cerca de su familia a menos de hallarse a la mitad de esta distancia.

Darcy acercó un poco a ella su asiento y dijo:

—Usted no puede tener derecho a tan fuerte afecto a su residencia. Usted no puede haber de estar siempre en Longbourn.

Isabel pareció sorprendida, y el caballero cambió de propósitos. Hizo retroceder su silla, tomó de la mesa un diario y, mirándolo por encima, preguntó con más frialdad:

—¿Le gusta a usted Kent?

Siguió a esto un corto diálogo sobre el tema de la campiña, conciso y moderado por ambas partes, y pronto puso fin al mismo la entrada de Carlota y de su hermana, que acababan de regresar de su paseo. Sorprendiéndolas el *tête-à-tête*. Darcy les refirió la equivocación que había ocasionado su introducción ante la señorita de Bennet, y después de permanecer sentado pocos minutos más, sin hablar gran cosa a nadie, se marchó.

—¿Qué puede significar eso?—dijo Carlota en cuanto se fué—. Querida Isabel, debe de estar enamorado de ti, pues de otra suerte nunca nos habría visitado con esa familiaridad.

Pero cuando Isabel habló del silencio que guardara no pareció cierta la cosa, a pesar de los deseos de Carlota; y tras varias conjeturas supusieron sólo que su visita procedía de la dificultad de encontrar algo que hacer, lo cual parecía lo más probable dada la estación. Todos los deportes se habían acabado. En casa de lady Catalina había libros y una mesa de billar; pero los caballeros no sufren permanecer siempre en casa; y sea por la proximidad de la abadía, o por el placer del paseo hasta allí, o por la gente que en ella vivía, los dos primos sentían la tentación de ir cotidianamente. Hacían la visita a variadas horas de la mañana, unas veces separados y otras juntos, y alguna de ellas acompañados de su tía. Era patente a todos que el coronel Fitzwilliam venía porque hallaba gusto en su sociedad, persuasión que, como es natural, le recomendaba aún más; e Isabel se acordaba, por su propia satisfacción al verse con él y por lo evidente de la admiración que éste sentía por ella, de su primer favorito, Jorge Wickham; y aunque, comparándolos, notaba que había menos atrayente dulzura en los modales del coronel Fitzwilliam, lo conceptuaba mejor dotado de entendimiento.

Pero era más difícil comprender por qué Darcy venía tan a menudo a la abadía. No debía de ser por buscar sociedad porque permanecía allí sentado diez minutos sin abrir los labios, y cuando hablaba, más bien semejaba hacerlo por necesidad que por gusto; antes parecía a quello sacrificio que placer. Rara vez estaba animado de veras. La señora de Collins no

sabía qué hacer de él. El modo como el coronel Fitzwilliam se reía en ocasiones de la estupidez de Darcy probaba que, por lo común, era diferente, aunque no hiciera saber eso a Carlota su trato con este caballero; y como había deseado creer que ese cambio era obra del amor y el objeto de tal amor su amiga Isabel, se dió con empeño a descubrir eso. Vigilábasele siempre que estaban en Rosings y siempre que él venía a Hunsford, pero sin gran éxito. Cierto que miraba mucho a su amiga; mas la expresión de tales miradas era problemática. Era un modo de mirar atento y fijo; pero a menudo dudaba ella que hubiese en el mismo entusiasmo, y a veces no parecía sino distracción.

Dos o tres veces había expuesto a Isabel la posibilidad de que le interesara; mas ella se rió siempre al escucharla, y la señora de Collins no tuvo por conveniente recalcar el tema por el peligro de que naciesen esperanzas que sólo podían acabar en disgustos; porque, en su sentir, no había duda en que cuanto disgusto inspiraba él a su amiga habría de disiparse si ésta supiese que tenía a aquél en su poder.

En sus cariñosos proyectos sobre Isabel entraba a veces el casarla con el coronel Fitzwilliam. Era éste, sin comparación, el hombre más agradable de aquéllas; admirábala de veras, y su posición era apetecible; pero, como para contrapesar esas ventajas, Darcy tenía gran patronato en la iglesia y su primo no poseía ninguno.

CAPITULO XXXIII

En sus correrías por el parque, Isabel se había encontrado más de una vez inesperadamente con Darcy. La primera tuvo a gran desventura dar con él, y para evitarlo en adelante cuidó de no indicarle que aquél era su sitio favorito. Era raro por ende que dicho encuentro ocurriese segunda vez, y sin embargo ocurrió, y aun una tercera. Parecía eso fruto de maldad ingénita o acaso penitencia voluntaria; porque en tales ocasiones no se reducía la cosa a las preguntas de ritual, a una molesta detención y nada más, sino que ahora juzgaba él preciso retroceder y pasear con ella. Jamás hablaba mucho, ni la molestaba con hacerle hablar o escuchar demasiado; mas en el tercer encuentro sorprendióle que le preguntase ciertas cosas raras, como si le gustaba estar en Hunsford, si le placían los paseos solitarios y qué opinión tenía sobre la felicidad de la señora de Collins, y sobre todo, que al hablar de Rosings y del no perfecto conocimiento que ella tenía de la casa, pareciese él suponer que cuando ella volviese a Kent residiría también allí. ¿Tendría en su mente al coronel Fitzwilliam? Ella suponía que, de referirse él a algo, debía de aludir a lo que pudiera resultar por ese lado. Afligióle esto algún tanto, y por eso le alegró verse entonces ya al extremo de la empalizada y frente a la abadía.

Estaba un día ocupada, mientras paseaba, en releer la última carta de Juana, fijándose en cierto

pasaje que delataba no haber sido escrita de buen humor, cuando, en vez de verse sorprendida de nuevo por Darcy, notó, al levantar la vista, que se encontraba con el coronel Fitzwilliam. Retirando al punto su carta y simulando una sonrisa dijo:

—Nunca he sabido hasta ahora que paseaba usted por este camino.

—He estado dando la vuelta al parque—replicó él—, como por lo común lo hago todos los años, y pensaba terminarla con una visita a la abadía. ¿Va usted muy lejos?

—No; iba a volver al momento.

Y así, en efecto, dió la vuelta y marcharon juntos a la abadía.

—¿Deja usted Kent el sábado de seguro?—dijo ella.

—Sí, si Darcy no difiere de nuevo la partida. Pero estoy a sus órdenes; él dispondrá lo que le plazca.

—Y si no sale contento con lo que dispone, por lo menos tendrá el gusto de poder elegir. No conozco a nadie que parezca gozar de la facultad de hacer lo que quiere sino el señor Darcy.

—Gústale seguir su camino—replicó el coronel Fitzwilliam—. Mas así hacemos todos. Sólo que él posee más medios de hacerlo que otros muchos, porque es rico y otros varios somos pobres. Hablo con el corazón. Usted sabe que un segundón tiene que habituarse a la dependencia y a negarse a sí propio.

—En opinión mía, un segundón de un conde debe conocer poco esas cosas. Vamos, en serio, ¿qué sabe

usted de negarse a sí mismo y de dependencia? ¿Cuándo se ha visto usted impedido por falta de dinero de ir adonde le placiese o de procurarse algo que le encaprichara?

—Esas son cuestiones íntimas, y acaso pueda decir que no he experimentado muchas privaciones por el estilo. Pero en cuestiones de más monta puedo sentir la falta de dinero. Los segundones no pueden casarse cuando les place.

—A no ser que les gusten mujeres de fortuna, que creo que es lo que sucede a menudo.

—Nuestro hábito de gastar nos hace sobrado dependientes, y no hay muchos de mi rango que puedan consentir en casarse sin prestar alguna atención al dinero.

«Si se referirá esto a mí», pensó Isabel, y se sonrojó al pensarlo; pero, reponiéndose, dijo en tono jovial:

—Y diga usted, ¿cuál es el precio ordinario de un segundón de un conde? A no ser que el hermano mayor sea enfermizo, no pedirán ustedes menos de cincuenta mil libras.

El contestó en el mismo tono, y el tema se agotó. Para impedir un silencio que podría hacerle imaginar que le afectaba lo anterior, dijo ella poco después:

—Yo creo que su primo de usted le lleva consigo sobre todo por tener alguien a su disposición. Me extraña que no se case, para tener así segura y constante a una persona. Mas acaso su hermana le basta para eso por ahora, y como está bajo su solo cuidado podrá hacer con ella lo que quiera.

—No—dijo el coronel Fitzwilliam—; ésa es una ventaja que tiene que compartir conmigo. Estoy unido con él en lo que atañe a la custodia de la señorita de Darcy.

—¿De veras? Y diga usted, ¿qué especie de custodia ejercen ustedes? ¿Les da mucho que hacer esa carga? Las jóvenes de su edad son a veces algo difíciles de gobernar, y si posee el mismo espíritu del señor Darcy le gustará seguir su camino.

Mientras hablaba él, ella le observaba con detenimiento, y el modo como al punto le preguntó cómo suponía que la señorita Darcy pudiera darles un disgusto convencióla de que, de una manera u otra, se había ella acercado a la verdad. A esa pregunta, derechamente le contestó:

—No tiene usted que asustarse. Jamás he oído nada que le agraviase, y estoy por decir que es una de las criaturas mejores del mundo. Es muy favorita de ciertas señoras conocidas mías: de la señora de Hurst y de la señorita de Bingley. Creo haber oído a usted que las conoce.

—Algo las conozco. Su hermano es un caballero agradable, gran amigo de Darcy.

—¡Oh, sí!—dijo Isabel secamente—. El señor Darcy es sobremanera afectuoso con el señor Bingley y se cuida muchísimo de él.

—¿Cuidarse de él? Sí; en realidad creo que se cuida de él en aquello que requiere mayores cuidados. Por algo que me dijo en el viaje aquí, puedo creer que Bingley le debe mucho. Pero debo pedirle que me dispense, porque no tengo derecho a suponer

que Bingley fuese la persona a quien aquél se refería. Todo son suposiciones.

—¿A qué se refiere usted?

—Es a algo que desde luego no querría Darcy que se hiciera público, porque si llegase a conocimiento de la familia de la dama resultaría cosa desagradable.

—Puede usted contar con que no lo mentaré.

—Recuerde usted que carezco de pruebas para suponer que se refiere a Bingley. Lo que me confió fué que se congratulaba de haber librado hace poco a un amigo de cierto casamiento muy imprudente; pero sin mencionar nombres ni otras particularidades, y yo sospeché que se trataba de Bingley sólo por tenerle por joven a propósito para verle en un caso así y por saber que habían estado juntos todo el verano último.

—¿Expuso a usted el señor Darcy las razones que tuvo para su intervención?

—Yo entendí que había algunas objeciones de peso contra la señorita.

—¿Y qué artes usó para separarlos?

—No me habló de sus artimañas—dijo Fitzwilliam sonriendo—. Sólo me comunicó lo que he dicho a usted.

Isabel no arguyó nada y siguió meditando, henchido el corazón de indignación. Tras de observarla un poco, Fitzwilliam le preguntó por qué estaba tan pensativa.

—Estoy pensando en lo que usted me ha relatado—díjole—. La conducta de su primo de usted no

está de acuerdo con mis sentimientos. ¿Por qué había de convertirse en juez?

—¿Tiene usted más bien como oficiosa su intervención?

—No veo el derecho que pudiera alegar el señor Darcy para decidir sobre una inclinación de su amigo y por qué había de determinar y dirigir el modo como éste debía llegar a ser feliz. Pero—continuó, reportándose—no conociendo ninguna de las particularidades no está bien censurarle. No habrá que pensar que en ese caso mediase mucho afecto entre los dos.

—Es natural sospecharlo—aseguró Fitzwilliam—; mas eso aminora muy tristemente el triunfo de mi primo.

Dijo esto último en broma; pero le pareció a ella tan exacta pintura de Darcy que no quiso permitirse una contestación, y por eso, cambiando de pronto el tema, habló de otros indiferentes hasta que llegaron a la abadía. Allí, encerrada en su cuarto en cuanto los dejó su visitante, pudo pensar sin interrupción en cuanto había oído. No cabía suponer que se refiriese el coronel a otras personas sino a aquellas con quienes estaba relacionada; no podían existir dos hombres sobre los cuales pudiese ejercer Darcy tan ilimitada influencia. Jamás había dudado de que éste hubiera intervenido en las medidas tomadas para separar a Bingley y Juana; mas siempre había atribuído a la señorita de Bingley el principal papel y el haberlas ideado. Pero ahora, si su propia vanidad no le hacía errar, resultaba que

él era la causa; que su orgullo y su capricho eran los causantes de cuanto Juana había sufrido y seguía sufriendo todavía. El había disipado para mucho tiempo toda esperanza de felicidad en el más amable y generoso corazón del mundo, sin que nadie pudiera calcular cuánto daño había causado.

Que «había algunas objeciones de peso contra la señorita», tales habían sido las palabras del coronel Fitzwilliam, y esas objeciones serían probablemente que tenía un tío procurador de pueblo y otro negociante en Londres.

«Contra la propia Juana—exclamaba—no había posibilidad de objeción, ¡todo amabilidad y ternura como es! Su entendimiento es excelente; su talento, grande; sus modales, cautivadores. Nada podía decirse de su padre, quien, en medio de sus rarezas, poseía aptitudes que no desdeñaba el propio Darcy y respetabilidad que éste acaso nunca alcanzase.» Cuando pensó en su madre, cierto que su confianza vaciló un poco; mas no pudo conceder que ninguna objeción pudiera ser de peso para Darcy, cuyo orgullo—de ello estaba persuadida—habría recibido más profunda herida con la falta de importancia de los parientes de su amigo que con la carencia de sentido; y quedó al fin convencida en absoluto de que él había sido guiado en parte por el peor género de orgullo y en parte también por su deseo de conservar a Bingley para su hermana.

La agitación y las lágrimas que esto le causó produjéronle dolor de cabeza, y aumentó éste tanto hacia la tarde que, sumada su dolencia con su deseo

de no ver a Darcy, determinó no acompañar a sus primos a Rosings, donde estaban convidados a tomar el te. La señora de Collins, viendo que ella se encontraba realmente indispuesta, no le instó a que fuera, e impidió en cuanto le fué posible que su marido le instara; pero Collins no pudo ocultar su temor de que a lady Catalina le disgustaría que se quedase en casa.

CAPITULO XXXIV

Cuando todos se fueron, Isabel, cual si se propusiera exasperarse todo lo posible contra Darcy, se dedicó a repasar todas las cartas de Juana recibidas desde que se hallaba en Kent. No contenían lamentaciones, ni había en ellas nada que denotase que revivía el pasado, ni noticias de sufrimientos en la actualidad; pero en todas, y en casi todos los renglones de cada una, faltaba la alegría que solía caracterizar su estilo y que, cual procedente de un espíritu aquietado para consigo y dispuesto afectuosamente para los demás, apenas se había nublado nunca. Isabel notaba todas las frases reveladoras de desasosiego con una atención que con dificultad pusiera en la primera lectura. La vergonzosa jactancia de Darcy de la aflicción que había conseguido causar le proporcionaba la más viva idea de los sufrimientos de su hermana. Consolábale algo el considerar que la visita de aquél a Rosings iba a terminar dentro de dos días, y aun más el que den-

tro de quince estaría ella de nuevo con Juana y podría contribuir a la salud de su espíritu con cuanto al afecto es dado el lograrlo.

No le era posible pensar en que Darcy dejaba Kent sin recordar que su primo se iba con él; pero el coronel Fitzwilliam le había manifestado con claridad que no abrigaba de ningún modo proyectos sobre ella, y por más grato que él le fuera, no esperaba considerarse desdichada por su causa.

Mientras meditaba en esto fué repentinamente sorprendida por el sonar de la campanilla de ingreso, y su espíritu se lisonjeó con la idea de que se tratase del propio coronel Fitzwilliam, que ya una vez los había visitado por la tarde y podía venir a enterarse de su salud. Mas esa idea se desvaneció pronto, y hallábase su ánimo muy divinamente afectado cuando, con el mayor espanto por su parte, vió que Darcy entraba en el salón. Permaneció sentado unos momentos, y levantándose luego se paseó a través de la estancia. Isabel estaba sorprendida, mas no dijo una palabra. Tras un silencio de varios minutos, se llegó él a ella, y con ademanes agitados empezó así:

—En vano he luchado. No quiero hacerlo más. Mis sentimientos no pueden contenerse. Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo.

El asombro de Isabel sobrepujó a cuanto puede expresarse. Quedóse parada, sonrojada, indecisa y en silencio. Esto lo tuvo él por suficiente manera de darle valor, y así, prosiguió declarando cuanto

sentía y había sentido hacía tiempo por ella. Se explicaba bien; mas tenía que comunicar otros sentimientos además de los de su corazón, y no fué más elocuente en el tema de la ternura que en el del orgullo. El sentimiento que tenía de la inferioridad de ella, el que al proceder así él se degradaba, los obstáculos de familia que el buen juicio había opuesto siempre a la estimación, fueron cosas en que insistió con un calor que parecía debido a lo que las mismas le afectaban, pero que no cuadraba para recomendar su demanda.

A despecho del disgusto, tan profundamente arraigado, que sentía por él, no pudo ella ser insensible a las manifestaciones de afecto de semejante hombre; y aunque sus intenciones no variaron ni por un instante, entristeciéndose al principio por la pena que le iba a proporcionar, hasta que, resentida por el lenguaje subsiguiente, trocó toda su compasión en ira. Trató, con todo, de disponerse a contestarle con calma cuando lo hiciera. El terminó asegurándole lo firme de su inclinación, la cual, a pesar de todos sus esfuerzos, no había podido vencer, y expresando su confianza en que todo se lo recompensaría el que aceptase su mano. Al decir esto pudo ella percibir que Darcy no ponía en duda una contestación favorable. Hablaba de recelos, de ansiedad, pero su aspecto denotaba seguridad absoluta. Semejante modo de expresarse sólo logró exasperarla más, y cuando él cesó, enrojeciéndosele a ella las mejillas, le dijo:

—En casos como éste creo que es costumbre

establecida manifestar agradecimiento por los sentimientos expresados aun habiendo de devolverlos con desigualdad. Natural es ese agradecimiento, y si pudiera yo experimentar gratitud le daría a usted las gracias. Pero no puedo; nunca he ansiado la buena opinión de usted, y usted lo ha reconocido sin querer. Siento haber ocasionado penas a nadie; mas ha sido inconscientemente de todo punto, y espero que sean de escasa duración. Los sentimientos que según usted dice han retrasado durante largo tiempo mi conocimiento de sus intenciones no será difícil que venzan esas penas tras estas manifestaciones que hago.

Darcy, que estaba apoyado en la mesa, con los ojos clavados en el rostro de Isabel, pareció recibir sus palabras con no menor resentimiento que sorpresa. Su tez palideció de ira, revelando la turbación de su ánimo en todas sus facciones. Luchaba por parecer mesurado, y no abrió sus labios hasta que creyó haberlo conseguido. Ese silencio fué terrible para Isabel. Por último, con voz reprimida con esfuerzo dijo él:

—¿Y ésta es toda la contestación que he de tener el honor de esperar? Quizá pudiera desear que se me informase de por qué con tan escasa prueba de cortesía soy rechazado así. Mas eso es de poca monta.

—También podría yo—replicó ella—averiguar por qué con tan evidente designio de ofenderme y de insultarme me dice usted que le gusto contra su voluntad, contra su juicio y aun contra su modo

de ser. ¿No es ésta alguna excusa para mi falta de cortesía, si es que en realidad la he cometido? Mas yo he recibido otras provocaciones, usted lo sabe. Que mis sentimientos no hubieran sido contrarios a usted, que hubieran sido indiferentes o que le fueran favorables, ¿piensa usted que alguna consideración podría tentarme a aceptar a un hombre que ha sido la causa de disipar acaso para siempre la felicidad de una hermana querida?

Cuando ella pronunció estas palabras Darcy cambió de color; pero la emoción fué pasajera, y siguió escuchando sin tratar de interrumpirla mientras continuaba:

—Tengo cuanta razón hay en el mundo para pensar mal de usted. No hay ninguna que pueda excusar el papel injusto y falto de generosidad que usted desempeñó en eso. No puede usted atreverse a negar que ha sido la principal si no la única causa de separarlos y de exponer al uno a las censuras del mundo por su capricho y volubilidad y a la otra a la burla por lo fallido de sus esperanzas, envolviendo así a ambos en la mayor desventura.

Detúvose aquí y vió con no escasa indignación que él escuchaba con aire que argüía no hallarse nada conmovido por sentimientos de remordimiento. Hasta la miraba con sonrisa de afectada incredulidad.

—¿Puede usted negar que haya hecho eso?—repitió ella.

Procurándose tranquilidad, contestó entonces él:

—No he de negar que hice cuanto estuvo en mi

mano para separar a mi amigo de su hermana de usted, ni que me regocijo del resultado. He sido mejor con él que conmigo mismo.

Isabel desdeñó aparentar que notaba esa fina reflexión; pero su significado no se le escapó, y no fué a propósito para reconciliarla.

—Pero no es meramente en ese asunto—prosiguió ella—en lo que mi disgusto se funda. Su carácter de usted se me había revelado ya en el relato que recibí hace muchos meses del señor Wickham. En esta cuestión, ¿qué puede usted decir? ¿Con qué acto de imaginaria amistad puede usted defenderse, o bajo qué falsedad le es permitido imponerse a los demás?

—Toma usted vivo interés en lo que afecta a ese caballero—dijo Darcy en tono menos tranquilo y con subido color.

—¿Quién que conozca las desgracias que ha sufrido puede dejar de interesarse por él?

—¡Sus desgracias!—repitió Darcy desdeñosamente—; sí, sus desgracias han sido grandes en verdad.

—¡Y por usted!—exclamó Isabel con energía—. Usted le ha reducido al presente estado de pobreza, de relativa pobreza; usted ha marchitado las esperanzas que debía usted saber que le estaban reservadas. Le ha privado usted en los mejores años de la vida de aquella independencia que no le era menos debida que merecida por él. ¡Usted ha hecho todo eso!; y aun es usted capaz de recibir la mención de sus desgracias con el desprecio y el ridículo.

—¡Y tal es—exclamó Darcy, paseando con apre-

suramiento por la pieza—, tal es la opinión de usted sobre mí! ¡Esa es la estimación en que usted me tiene! Doy a usted las gracias por haberme manifestado todo eso con semejante amplitud. ¡Según esos cálculos, mis faltas han sido grandes en verdad! Pero quizá—añadió deteniéndose y volviéndose hacia ella—esas faltas se habrían pasado por alto si su orgullo de usted no se hubiera ofendido con mi honrada confesión de los escrúpulos que durante largo tiempo me impidieron tomar una resolución. Tan amargas acusaciones habríame suprimido si yo con gran política hubiera ocultado mis luchas, lisonjeando a usted con la idea de que me había visto impelido a este paso por inclinación y sin reservas, por mi dictamen, por mi reflexión, por todo. Mas aborrezco el disimulo de toda especie. Ni me avergüenzo de los sentimientos expresados; eran naturales y legítimos. ¿Podía usted esperar que me agradara la inferioridad de sus relaciones de usted, que me regocijase con la esperanza de parentescos cuya condición está tan a las claras bajo la mía?

Isabel se sentía por momentos más irritada; pero aun trató de hablar con mesura al decir:

—Se equivoca usted, señor Darcy, si supone que la forma de su declaración me ha afectado; es decir, si piensa que me habría usted ahorrado el mal rato de rechazarle si se hubiera usted conducido de modo más caballeroso.

Miróla él fijamente al escuchar esto, mas nada dijo, y así, ella prosiguió:

—No pudiera usted haberme ofrecido su mano de manera ninguna que me hubiera tentado a aceptarla.

De nuevo se patentizó el asombro en él, quien la miró con expresión mezclada de incredulidad y molestia. Ella continuó:

—Desde el comienzo mismo, casi puedo decir que desde el primer instante de mi relación con usted, sus modales, que me imprimieron la más arraigada creencia en su arrogancia, su vanidad, su egoísta desdén a los sentimientos ajenos, me parecieron tales que al punto asentaron los cimientos de la desaprobación que los sucesos posteriores han convertido en desagrado firme; y aunque no le hubiera conocido a usted sino hace un mes habría pensado que era usted el último hombre del mundo con quien yo pudiera decidir casarme.

—Ha dicho usted más que suficiente, señorita. Comprendo perfectamente sus sentimientos, y sólo me resta avergonzarme de lo que han sido los míos. Perdone usted por haberla entretenido tanto tiempo y acepte mis buenos deseos de su salud y felicidad.

Y con estas palabras abandonó con rapidez el cuarto, e Isabel oyóle al momento abrir la puerta de entrada y salir de la casa.

La confusión de su mente le era en extremo penosa. No sabía cómo sostenerse, y de pura debilidad se sentó, llorando durante media hora. Su asombro al recordar lo ocurrido crecía a medida que se lo representaba. Que hubiera recibido una proposi-

ción de matrimonio de Darcy; que él hubiera estado enamorado de ella tantos meses, tan enamorado que deseaba casarse con ella a pesar de cuantas objeciones le habían hecho impedir que su amigo se casase con su hermana, y que debieron hacerse sentir al fin y al cabo con igual fuerza en su caso propio, ¡todo eso era increíble! Erale grato haber inspirado afecto tan vehemente. Pero el orgullo de él; su desvergonzada confesión de lo que había hecho con respecto a Juana; su imperdonable descaro en reconocerlo aun sin poder ofrecer justificación, y el modo insensible con que había hablado de Wickham, su crueldad contra el cual no había osado negar, pronto prevalecieron sobre la compasión que la consideración del asombro de él le había excitado por un momento. Continuó con agitadosísimas reflexiones hasta que el ruido del coche de lady Catalina le hizo percatarse de cuán mal se hallaba para recibir a Carlota y se apresuró a volver a su cuarto.



FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

Páginas

CAPITULO PRIMERO	7
Capítulo II	10
Capítulo III	13
Capítulo IV	20
Capítulo V	24
Capítulo VI	28
Capítulo VII	37
Capítulo VIII	45
Capítulo IX	54
Capítulo X	61
Capítulo XI	70
Capítulo XII	77
Capítulo XIII	80
Capítulo XIV	86
Capítulo XV	91
Capítulo XVI	98
Capítulo XVII	111
Capítulo XVIII	116
Capítulo XIX	137
Capítulo XX	144
Capítulo XXI	150
Capítulo XXII	158
Capítulo XXIII	165
Capítulo XXIV	172
Capítulo XXV	180
Capítulo XXVI	186
Capítulo XXVII	195
Capítulo XXVIII	200
Capítulo XXIX	205
Capítulo XXX	215
Capítulo XXXI	220
Capítulo XXXII	227
Capítulo XXXIII	233
Capítulo XXXIV	240



101630249

LOS GRANDES VIAJES MODERNOS

OBRAS PUBLICADAS POR CALPE:

- Ansorge: Bajo el sol africano. Un tomo de 432 páginas, con 123 grabados, 14 láminas fuera de texto y portada a varios colores, 20 pesetas.
- Charcot: El «Pourquoi-pas?» en el Antártico. Un tomo de 478 páginas, con 121 grabados, 43 láminas y tres mapas, cubiertas a varios colores, 20 pesetas.
- Sverdrup: Cuatro años en los hielos del Polo. Dos tomos, con 908 páginas, 35 láminas, 104 grabados y cinco mapas en colores. Cada tomo, 20 pesetas.
- Haviland: De la «taiga» y de la «tundra». (La vida en el bajo Yenisei.) Un volumen de 320 páginas, con numerosos grabados, 15 pesetas.
- Alexander: Del Níger al Nilo. Dos tomos. El tomo I consta de 436 páginas, con 27 láminas y 99 figuras. El tomo II tiene 460 páginas, con 24 láminas, 98 figuras y un mapa. Cada tomo, 20 pesetas.
- Orjan Olsen: Los soyotos. Nómadas pastores de renos. Un volumen de 240 páginas, con 49 figuras, 8 láminas y un mapa, 14 pesetas.

EN PRENSA

- Algot Lange: El Bajo Amazonas.
- Erland Nordenskjöld: Exploraciones y aventuras en la América del Sur.
- Sven Hedin: Transhimalaya.

Libros de la Naturaleza

El contenido de las obras que forman esta serie de libros editados por CALPE es rigurosamente científico y está al corriente de los últimos progresos de las ciencias naturales. Garantía de ello son los autores de esas obras, todos los cuales figuran entre los naturalistas de mayor autoridad en nuestro país.

VAN PUBLICADOS

Los animales familiares, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 13 fotografías en papel estucado.

La vida de la Tierra, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 21 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotografías en papel estucado.

El mundo alado, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 27 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotografías en papel estucado.

El mundo de los minerales, por *Lucas Fernández Navarro*, profesor en la Universidad de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 43 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotografías en papel estucado.

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotografías en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotografías en papel estucado.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 40 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotografías en papel estucado.

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotografías en papel estucado.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotografías en papel estucado.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotografías en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de 1,75 pesetas cada libro y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

CATECISMOS DEL AGRICULTOR Y DEL GANADERO

Editados por CALPE y publicados bajo la dirección de

L. DE HOYOS SAINZ

CON LA COLABORACIÓN DE INGENIEROS AGRÓNOMOS, CATEDRÁTICOS, VETERINARIOS, PERITOS AGRÍCOLAS, AGRICULTORES Y GANADEROS DE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Folleto de 32 páginas muy ilustrados, escritos por nuestros mejores autores especialistas.

Precio de cada Catecismo: CINCUENTA CENTIMOS

De las XV series van publicados los 40 catecismos siguientes

DEL PRIMER GRUPO

- I.— 1. Cómo se mide un campo.—P. González Quijano.
2. Combustibles agrícolas.—Pablo Martínez Strong.
3. Motores de viento.—Federico Doreste Betancor.
- II.— 4. Formación de la tierra laborable.—Juan Dantín Cereceda.
5. El observatorio meteorológico del agricultor.—Hilario Alonso.
6. La predicción del tiempo en agricultura.—N. Sama.
- III.— 7. Accidentes del trabajo en agricultura.—Luis Jordana de Pozas.
8. Arrendamiento de predios rústicos según el Código civil.—Demófilo de Buen.
9. Cómo se piden aguas para riego.—M. Lorenzo Pardo.
- IV.— 10. Los abonos baratos.—José María de Soroa.
11. El barbecho.—Gregorio Matallana Revuelta.
12. Los abonos del trigo.—J. Navarro de Palencia.
13. Cultivo del secano español.—Zacarías Salazar y Moulláa.
14. Cómo se elige un arado.—J. de la Cruz Lapazarán.

- V.—15. Esterilidad de las flores.—Leandro Navarro.
 16. Enfermedades criptogámicas de la remolacha.—
 R. González Fragozo.
 17. Roedores del campo y de los almacenes.—Angel
 Cabrera.
- VI.—18. El lúpulo y su cultivo.—L. Hernández Robredo.
 19. La berza: variedades y cultivo.—Luis de Hoyos
 Sainz.
 20. El garbanzo: Cultivo y comercio.—E. Vellando.
- VII.—21. Poda de la vid.—Joaquín de Pitarque y Elio.
 22. Clorosis de la vid.—J. Marcilla.
 23. El manzano: variedades y cultivo.—Ignacio Ga-
 llástegui.
 24. Melocotonero y albaricoquero.—Vicente Nubiola.
- VIII.—25. La encina: su explotación.—J. Ugarte y L. Vélaz
 de Medrano.
- IX.—26. El algodón en España.—D. Saldaña y Solanas.
 27. El cultivo del tabaco.—R. Vázquez Alvarez.
- X.—28. Cuidados del vino en el primer año.—C. Oliveras.
 29. Los orujos de uva agotados y su empleo.—
 A. Danco Gentile.
- XI.—30. Primeros auxilios al animal enfermo.—C. Sanz
 Egaña.
 31. Cómo se infecta y se defiende el organismo ani-
 mal.—C. López y López.
 32. Vicios redhibitorios de los animales.—G. Saldaña
 Sicilia.
 33. La durina y su tratamiento.—Publio Coderque.
- XII.—34. El caballo de silla.—E. Ponce Romero.
 35. Cómo se elige un caballo semental.—M. Medina
 García.
 36. Incubación artificial de gallinas.—J. Montejo
 Leonor.
 37. El gallinero: modelo y construcción.—B. Calde-
 rón.
- XIII.—38. Elaboración de la manteca.—V. Alvarado y Albo.
 39. La colmena y sus accesorios.—J. T. Trigo.
- XIV.—40. Libros de contabilidad agrícola.—D. Pons Iru-
 reta.

Libros de Aventuras

de los mejores autores clásicos y modernos.

COLECCIÓN DE OBRAS DE ALTO VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO PARA LOS MUCHACHOS, EDITADAS POR CALPE Y TRADUCIDAS CUIDADOSAMENTE DEL IDIOMA ORIGINAL

VOLUMENES PUBLICADOS

- Los tramperos del Arkansas, por Gustavo Almard.—Un tomo. Cuatro pesetas.
- Aventuras del capitán Coreorán, por Alfredo Assollant.—Un tomo. Cuatro pesetas cincuenta céntimos.
- El cazador de ciervos, por Fenimore Cooper.— Dos tomos. Cada uno cuatro pesetas.
- Los tiradores de rifle, por Mayne Reid.—Un tomo. Cuatro pesetas.
- La isla del tesoro, por Roberto L. Stevenson.—Un tomo. Cuatro pesetas.
- Los mercaderes de pieles, por Ballantyne.—Un tomo. Cinco pesetas.
- Salvado del mar, por Kingston.—Un tomo. Cuatro pesetas.
- La marina mercante, por Marryat.—Un tomo. Cinco pesetas.
- El jinete sin cabeza, por Mayne Reid.—Dos tomos. Cada uno cinco pesetas.
- Dos años al pie del mástil, por Dana.—Un tomo. Tres pesetas.
- El último mohicano, por Fenimore Cooper.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- La isla de coral, por Ballantyne.—Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Robinson Crusoe, por Defoe.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- Aventuras de Román Kalbris, por Malot.—Un tomo. Tres pesetas.
- Propiedad del Rey, por Marryat.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- A lo large del Amazonas, por Kingston.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas.
- El Robinson suizo, por Wyss.—Un tomo. Cuatro pesetas.
- Viajes de Gulliver, por Swif.—Un tomo. Tres pesetas.
- El matador de leones, por Gérard.—Un tomo. Tres pesetas.
- David Balfour, por Stevenson.—Un tomo. Tres pesetas.

COLLEGE OF LIBRARIANSHIP

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESÍAS - FILOSOFÍA
CUENTOS - VIAJES - HISTORIA - MEMORIAS
ENSAYOS, ETC., ETC.

Aparecen mensualmente diez números de unas cien páginas, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número. Para la Argentina, \$ 0,25 m/n.

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL O ANUAL
(CUATRO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 960 números publicados desde julio de 1919 a octubre de 1924
contienen obras de

Alarcón.	Flaubert.	Mérimée.
Alfieri.	Fogazzaro.	Molière.
Andreiev.	Fontenelle.	Montesquieu.
Austen.	Fóscolo.	Moreto.
Azeglio.	Garcilaso.	Musset.
Balzac.	Gaskell.	Oscar Wilde.
Baudelaire.	Gautier (Teófilo).	Quevedo.
Beaumarchais.	Gobineau.	Quintana.
Cervantes.	Gogol.	Rojas (F. de).
César.	Goldsmith.	Rousseau (J.).
Condorcet.	Goncourt.	Schiller.
D'Alembert.	Gottfried Keller.	Shakespeare.
Dante.	Guerrazzi.	Siemkiewicz.
Darwin.	Heine.	Sterne.
Daudet.	Hoffmann.	Stevenson.
Dickens.	Hugo (Victor).	Stuart Mill.
Diderot.	Ibsen.	Swift.
Dostoyevsky.	Jorge Sand.	Taine.
Dozy.	Kuprin.	Thackeray.
Eckermann.	Lamartine.	Thierry.
Erckmann-Chatrian.	Maistre (J. de).	Vigny.
Fénelon.	Marivaux.	Voltaire.

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

RIOS ROSAS, 24

Apartado 547